

Reflexiones para iniciar una nueva vida

María Antonia Carrillo Couttolenc

No tenemos derecho al suicidio, porque no importan sólo nuestras desgracias de ahora, sino el esfuerzo que otros hicieron para sortear tragedias mayores.

Estamos comprometidos con ellos y con las mil imágenes que ha puesto en el espejo de las hadas este país al cual, para nuestra fortuna, nos ha tocado darle vida por un instante.

ÁNGELES MASTRETTA

¿POR QUÉ CUENTO MI HISTORIA PERSONAL?

Porque en los momentos más críticos de mi vida he acudido a escribir para mí. Al plasmar en un papel la incertidumbre o el sufrimiento, percibo que han salido de mí, y al objetivarlos, los analizo, busco las razones por las cuales están allí y lo que necesito para que se tornen en certeza o en felicidad. Lo he hecho varias veces en mi vida y el resultado siempre ha sido satisfactorio.

Porque todos tenemos mucho que decir, porque nuestro paso va dejando una huella y, en la mayoría de los casos, siempre hablará de retos y de esfuerzos.

Porque el recordar todo lo que he vivido, tanto dulce como amargo, tanto riesgoso como tranquilo, me lleva a la certeza de que después de las tormentas sale el sol, que de cada tropiezo salimos con más enseñanzas y de que lo que no nos mata, nos fortalece.

Porque es importante manifestar agradecimiento por todo lo bueno que nos ha sucedido al haber nacido en un lugar tan maravilloso como es nuestro país y vivir en esta época tan alejada de los conflictos armados que dejaron huellas profundamente dolorosas. Hemos vivido ya varios decenios sin guerras fratricidas, y eso nos hace producto de una paz que nos permite vivir sin temor. Eso ha sido resultado de la inteligencia de hombres que han vislumbrado que el ser humano florece mejor lejos de las armas y las limitaciones. Hemos disfrutado de paz social, política y económica. Hemos tenido tiempo para crear instituciones que protegen al ser humano, que facilitan su desarrollo físico, mental y espiritual, y gracias a ellas se eleva la calidad de nuestra vida.

Porque hoy, justamente hoy, necesito recordar los mejores momentos de mi vida para analizar qué hice para que sucedieran, ahora que estoy iniciando una nueva etapa. Necesito recordar que todo este desarrollo persiste dentro de mí, que sigo siendo la misma niña libre-feliz de diez años, la estudiosa-esperanzada de los quince, la aguerrida-pensante de los dieciocho, la estudiante-trabajadora de los veinte, la madre-trabajadora de los treinta, cuarenta o cincuenta años, y que si fui e hice, se repetirá. Puedo resurgir, y todo me indica que así será.

Porque todos somos la suma de todos, lo que te sucede a ti me sucede a mí, lo que me sucede a mí, te sucede a ti... Que si yo puedo, tú también puedes.

- Por eso mi nombre: SOFÍA, porque estoy permanentemente en búsqueda del bien, la belleza y la verdad.
- Mi primer apellido: H, de hacer, siempre he estado haciendo...
- Mi segundo apellido: G de; guau! Porque es una expresión de sorpresa grata, y toda mi vida ha sido ir de sorpresa en sorpresa y de maravilla en maravilla.

Sofía Hache Guau

I

¿QUÉ ME DICE LA HISTORIA DE MIS PADRES Y DE SU MUNDO?

Mi padre nació en la Huasteca hidalguense en 1911. Exactamente en Huasca de Ocampo, zona minera por excelencia. A los seis años de haber nacido, su madre murió víctima de la famosa epidemia de gripe de 1917. Quien lo cuida es su abuela materna, que posee una docena de acémilas y traslada de una población a otra productos que se intercambian, se venden o se compran: eran los famosos mercilleros, los que después de las jornadas largas, cuando ya están descansando y casi listos para dormir, empiezan a platicar y platican y platican, y así se van quedando dormidos... Eso hace que mi padre sea un niño que se nutre de la naturaleza en su forma más primitiva, se familiariza con animales, plantas, personas. Las siente cercanas. No le amilanan las caminatas largas o los esfuerzos físicos extraordinarios: llegará a ser un hombre muy fuerte.

La fotografía de mi abuela la muestra blanca, pelirroja y muy hermosa. Las facciones armoniosas de mi padre, blanco, de ojos oscuros, cabello oscuro, podrían parecer de un europeo. Es necesario que recuerde que allí había muchos mineros ingleses que en esa época eran los responsables de la explotación de nuestras riquezas. Las fotos que aún conservamos de nuestros familiares los presentan como hombres y mujeres hermosos.

Quizá lo más notable de mi padre era un extraordinario carácter orientado a la alegría, a la risa fácil, al festejo de lo más simple.

Le gustaba todo tipo de comida, no desdeñaba nada, nunca se quejó porque a algo le faltara o sobrara sal, estuviera muy duro o muy cocido... todo le parecía agradable y siempre se le veía comer satisfecho.

Mi madre nació en la ciudad de Puebla, también en 1911, un mes después que mi padre. E igual que él, quedó huérfana en la misma epidemia de gripe que asoló el país. La historia de mi abuelo paterno es dramática: viudo, con cinco hijos pequeños —mi madre es la de en medio—, que al no poder cuidar de ellos, los lleva con sus parientes ricos en Chalchicomula, ahora Ciudad Serdán, donde poseen una hacienda que, por haberse mudado a la ciudad de México, ceden para que un grupo de monjas administren un convento. Y aquí, en este lugar, se selló el resentimiento de por vida que mi madre mostraba al grupo de mujeres que los cuidaba. Aquí se creó el temor de mi madre a la oscuridad: jamás durmió a oscuras, jamás pudo permanecer en un lugar sin luz, y cuando esto sucedía, ella aseguraba que oía el llanto, los gemidos y hasta los aullidos de sus hermanitos cuando, en las madrugadas, eran bajados por las monjas al sótano, donde había costales de semillas y también ratas y arañas y, desde luego, hacía mucho frío. Allí los dejaban para que aprendieran a controlar esfínteres.

Recuerdo que cuando caminábamos por las calles y veía a una monja, a mi madre se le erizaba la piel, se le ponían los ojos brillosos y empezaba a repetir casi en trance: “No eran buenas personas, no eran buenas personas, sus padres las mandaron allí no sé por qué, pero no tenían vocación para cuidar niños y por eso nos martirizaban... por eso nos martirizaban...”, y todo esto lo repetía dos o tres veces. Era muy dramático percibir tanto sufrimiento...

Si le era posible, se cruzaba la calle para no estar cerca, se limpiaba la nariz y los ojos, y seguíamos caminando. Esta palabra “vocación”, asociada al sufrimiento, marcaría también mi propio camino y me llevaría a tomar una decisión vital más adelante.

De la familia de mi abuelo sabemos que su padre era parte de un grupo de franceses que habían llegado al país, en particular a Puebla, con capitales muy importantes para crear industrias a finales del siglo XIX. El señor francés, mi bisabuelo, cuando atravesó tierra veracruzana, en una feria pueblerina compró a mi bisabuela, porque era una mulata joven, muy alta, muy hermosa y de ojos verdes. (Cuando digo “compró”, algo muy profundo me duele, porque estas transacciones aún ahora, más de cien años después, no han desaparecido. La miseria, la ignorancia y los “usos y costumbres” las aprueban.) Él reconoció a los dos hijos de esta unión: Sirenia y Samuel, y ordenó en su testamento que se les apoyara económicamente durante toda su vida, y también a sus nietos, incluso a mi madre hasta su mayoría de edad. De esta familia, mi madre conservó el apellido, la cercanía de la tía Sirenia y la de una de las primas, hija legítima: la Nena, una hermosísima mujer rubia, blanca, de ojos azules, que se casaría con un político eminente que sería casi toda su vida senador de la República y que definiría parte de mi camino...

Los hijos de aquel francés y la bisabuela tenían mucho de ellos: la tía Sirenia era de tez oscura, cabello negrísimo ensortijado y muy, muy alta. Mi abuelo era de tez blanca, cabello oscuro lacio, y también muy alto. La altura les pudo haber llegado por cualquiera de los lados, materno o paterno.

Mucha de esta información se pasó de boca en boca. Sólo hay algunas fotos de los abuelos; de los bisabuelos, ninguna. Sólo se tenía la referencia de la familia rica, pero aquí se cumplió un principio filosófico: NADIE PUEDE DESEAR LO QUE NO CONOCE y, aunque sea de refilón, mi madre sabía que existían mejores maneras de vivir que sólo ser asalariado y tener nula o poca formación académica o vivir permanentemente en la pobreza.

Así pues, como sucede en la mayoría de las familias, en la mía el mestizaje se manifiesta en todo su esplendor: probablemente ingleses o irlandeses, seguro franceses, mulatos y otros grupos étnicos que incluirán a los habitantes originales de este nuestro país.

El resultado: los cinco hijos de mis padres muestran un blanco, tres morenos claros y un moreno oscuro. Yo quedo entre los morenos claros... Sé que finalmente esto es una bendición, porque nos impide practicar cualquier tipo de discriminación racial basada en el color de la piel.

Muchos de los recuerdos familiares se pierden en el tiempo, porque al principio de la vida de mis padres los conflictos armados y las epidemias que vivió nuestro país en el primer cuarto de siglo afectaron su seguridad, su salud y sus pertenencias. Mi madre recordaba algunos estados de sitio en la ciudad de Puebla, que si bien no vivió directamente, si le platicaban sus mayores, de tal manera que llegaba a hablar de carencias al grado de hambrunas, de actos heroicos, vandálicos, de eventos que pusieron sus vidas en peligro y que milagrosamente sortearon.

Lo que sí sabemos es que mis padres se conocieron en 1936 en el tren que circulaba entre Puebla y México, cuando ambos tenían veinticinco años de edad, y que allí se enamoraron y que lo usaron varias veces más: para irse de luna de miel a Acapulco ese mismo año y, años después, para que mi padre llevara un poco de dinero y mi madre donara algunos aretes y adornitos de oro cuando, según mi padre, "el Tata Cárdenas nos exhortó a cubrir la deuda con las empresas inglesas cuando expropió el petróleo". Mi padre recordaba las filas enormes de "indios guarachudos y jodidos, igual que nosotros, pero con un corazonzote de oro que lo mismo llevaban una gallina, unas monedas o adornitos de oro envueltos en un pañuelo, y eso lo aportaban para que México recuperara parte de las riquezas que nos correspondían..." Escuchar ese tipo de historias, surgidas tan del fondo del corazón, me impactaba siempre. Mi padre era un excelente narrador, no sólo lector de periódicos...

Mis padres sabían leer, escribir y hacer cuentas; eran lectores de noticias, ésa fue siempre una bendición: tener un periódico todo el tiempo en casa. Ése era su acceso al mundo.

II

UN MUNDO MÁS PROMISORIO PARA MÍ

Así pues, mi vida empieza de una manera muy promisorio. Tengo un padre y una madre que supieron lo que significó la palabra orfandad y, al sufrirla, se vuelven más conscientes de la necesidad de que los hijos vivan con sus padres y adquieran valores, se eduquen...

La edad de mis padres incidió directamente en nuestra forma de ser: cuando se casaron, ya tenían veinticinco años y tardaron doce en recibir al primer hijo. Mi madre trabajaba en una fábrica de dulces y mi padre, en una fábrica cementera. Las fotos que conservamos de ellos los muestran como una pareja físicamente saludable: ella era muy esbelta y de rasgos finos, armoniosos, y mi padre un varón fuerte, muy agraciado también. Quizá derivado de la influencia mulata, mi madre tenía un cuerpo muy atractivo, muy delicada de la cintura hacia arriba y muy frondosa de la cintura hacia abajo, de piernas muy bien torneadas, de tal suerte que, a sus setenta y cinco años, algunos varones aún volteaban a admirarla.

Del trabajo de mi padre debo hacer un elogio extraordinario: cuando laboró en la cementera instalada en la ciudad de Puebla, ésta era propiedad de ingleses, y la administración que establecieron —dado que era una empresa que trabajaba veinticuatro horas, los trescientos sesenta y cinco días del año— les exigió establecer reglas de trabajo que premiaban la especialización, el esfuerzo y la cooperación de los trabajadores. Si concluido el

turno normal de un trabajador el que le sucedería no llegaba, le ofrecían su turno de reemplazo y le pagaban un jornal doble; y si el siguiente tampoco llegaba, y tenía que repetir, le pagaban el triple. Y mi padre, en estos casos, nunca desdeñó tener un ingreso séxtuple en un día de veinticuatro horas. Eso fue maravilloso, porque nunca se quejó; al contrario, siempre vio esta situación como una oportunidad para comprar cinco pares de zapatos en lugar de uno solo, o adquirir manjares, como un buen bacalao para la cena navideña, o si juntaba varios o muchos de estos premios, nos podía llevar de vacaciones o aumentar una habitación más para nuestra casa.

Aprendí que mientras más esfuerzo se aplicara al trabajo, mayores beneficios se obtendrían, y esto lo hicimos extensivo a los estudios... y en general a todas nuestras actividades, porque además ¡era cierto!

Esta empresa fue de las primeras en afiliar a sus trabajadores al régimen del Seguro Social y de las primeras en cumplir con las normas laborales, de tal suerte que eran espléndidos con los aguinaldos. Además del pago en efectivo, había una bolsa enorme con dulces, chocolates, embutidos enlatados, algunos licores y frutas secas que eran una delicia.

La diferencia de edades entre el mayor y el menor de mis hermanos es de ocho años, así que mi madre, en un lapso corto, tuvo cinco niños y estaba muy ocupada cuidándonos. Inicialmente, mis padres vivían en la ciudad de Puebla, donde rentaban un departamentito, y cuando empezamos a crecer, empezaron los problemas, porque nunca faltó que algún niño más grande nos golpeará, o que hubiera personas que se quejaran por el griterío de los niños. Así pues, mi madre le pidió a mi padre que comprara un terrenito, aunque fuera lejos de la ciudad, donde tuviéramos un lugar al cual llamar nuestra casa y donde nadie nos dijera: "no hagas ruido", "cállate", "no te muevas". Mi madre le repetía a mi padre: "Por favor, vámonos de aquí, aunque sólo tengamos un cuarto redondo,

pero donde haya un patio donde nuestros hijos tengan donde correr, jugar y sentirse libres". Y así, mi padre compró un terreno que estaba a tres kilómetros de la cementera rumbo a Cholula, y allí empezó a construir a la usanza antigua, habitaciones alrededor de un patio central para que cada uno de sus hijos tuviera su propia habitación. En esta casita nacieron mis tres últimos hermanos.

Hacer una habitación para cada hijo se convirtió en su gusto. Esto se reforzó porque mi padre trabajaba de manera alternada cualquiera de los tres turnos de la fábrica, de ocho a dieciséis horas, de dieciséis a veinticuatro o de veinticuatro a ocho, y cuando le tocaba algún turno que implicara dormir durante el día para descansar, necesitaba una habitación un tanto aislada de la luz y de nuestros ruidos. La excelente condición física de mi padre se debía a que, cuando entraba o salía de trabajar a las veinticuatro horas, tenía que caminar los tres kilómetros que había entre la casa y la cementera. Nunca escuchamos una queja por esta caminata. Mi padre siempre asistió a su trabajo y con frecuencia recibía felicitaciones por registrar una asistencia intachable en uno o varios años seguidos... ¡Esto fue un ejemplo!

Jamás escuchamos una queja de mi padre relacionada con que el trabajo fuera un castigo, algo desagradable o pesado: siempre lo vimos irse contento, y más contento cuando regresaba con su periódico bajo el brazo. Después de cambiarse, se sentaba en el piso de ladrillo, se recargaba en la pared sombreada y nosotros, sus cinco hijos, nos acomodábamos entre sus piernas para escuchar lo que leía en voz alta. Ese mismo periódico después iba a ser leído por nosotros a mi madre mientras planchaba o cosía nuestra ropa y, de esa manera, nos corregía y depurábamos nuestra lectura. La conclusión de este esfuerzo fue que mis hermanos y yo aprendimos a hablar y a leer correctamente desde muy pequeños. Y continuamos este hábito toda la vida.

Mis hermanos, cuatro varones, y yo, vivimos nuestra infancia en la década de los años cincuenta. Entre nuestras edades había

muy poca diferencia, apenas año y medio o dos, y aún nos tocó alimentarnos de una manera extraordinariamente sana, cuando las mejores golosinas eran las frutas frescas o secas; las bebidas en la mesa, agua de limón o de frutas, y la comida incluía ensaladas hechas casi al momento. A esto atribuyo que mis padres vivieran hasta los noventa y cuatro y noventa y siete años, y que nosotros, sus hijos, gocemos de excelente salud. Mi padre no tenía vicios. No fumaba porque decía que con el polvo de la cementera era más que suficiente para lastimarse los pulmones.

Crecimos cerca del río Atoyac, cuando éste aún llevaba agua cristalina y podíamos ver que llevaba camaroncitos y pececitos. Desde luego, era una delicia bañarnos en él, jugando donde el agua nos llegaba apenas a las rodillas. Las arboledas que crecían a orillas del río permitían el florecimiento de la vida silvestre: con frecuencia vimos tlacuaches, armadillos, conejos. En las ramas, pájaros, muchos pájaros, loros, pericos y, algunas veces, aguilillas, y desde luego, aves que ahora ya casi no existen, como los zopilotes, aves carroñeras que limpiaban el medio ambiente. A sus orillas, donde había muchas ranitas, hicimos varios días de campo. Los árboles frondosos nos permitían colgar columpios y hamacas, y podíamos correr tras las pelotas. Cuando era la hora de comer, en la canasta había suficiente comida, agua y hasta golosinas para satisfacernos. Casi siempre, el más pequeño de mis hermanos regresaba dormido en brazos de mi padre. Estos recuerdos me hacen amar aún más la naturaleza y pensar que todavía se pueden rescatar esos tesoros que ahora sólo conducen detritos humanos e industriales.

Había muchas fiestas en la casa. De manera especial recuerdo los cumpleaños, que siempre consistían en comprar un maravilloso postre envinado sabor naranja de la pastelería Salambó. Y celebrábamos todos, los de los hijos y de los padres; aunque no tuviésemos invitados, con nuestra algarabía era suficiente.

Las celebraciones del día del niño, 1º, 5 y 10 de mayo y el 15 de septiembre siempre representaban reuniones familiares, y aunque

sólo hubiera tortas compuestas y, excepcionalmente, refrescos embotellados, nunca pasaron inadvertidas. Tanto en las escuelas como en las casas los medios publicitarios de siempre entronizaron estas celebraciones. Y para nosotros siempre fueron objeto de consumo adicional de comida. Sí, somos una cultura que gira en torno a la comida, a las golosinas y a las manifestaciones de afecto, justamente a través de la abundancia en la mesa. Nosotros no éramos la excepción. La época de “posadas”, desde el 16 de diciembre hasta el 24, el último día del año, el primero, así como el importante 6 de enero, en el que los mágicos personajes hacían acto de presencia —para mis hermanos y para mí hasta los once o doce años—, siempre hubo algo hermoso, aunque fuera algo pequeño: un bat, la pelota, la muñeca, el cochecito, el triciclo, y alguna vez, para el mayor de mis hermanos, un Mecano, aquel juego maravilloso de las mil piezas para ensamblar que incluía grúas, poleas y hasta un motorcito. Mi hermano el mayor jugó y jugó con él y nosotros también; quizá de aquí surgió su interés por llegar a ser ingeniero.

Para nuestra fortuna, nunca llegó ropa como parte de los regalos; ésa, aunque sencilla, llegaba cuando se necesitaba, para eso estaban mi padre, la máquina de coser y las manos industriosas de mi madre.

Las escuelas a las que asistimos siempre fueron oficiales. Mi madre se esforzaba por buscar la mejor, la más exigente, la que nos garantizara el paso al siguiente escalón, y nunca, ninguno de nosotros fue rechazado en ninguna parte, en ninguna escuela, en ninguna institución de enseñanza superior.

Así crecimos, con padres amorosos que lucharon por tener hijos y que se esforzaron por educarlos. Pero, bien analizado, fueron padres viejos para nosotros y eso provocó que, en términos generales, no aprendiéramos a bailar, a cantar, y que nuestra comunicación con los demás fuera a veces muy formal y se nos exigiera una conducta de mayor responsabilidad entre

nosotros: "Tú eres el mayor, debes proteger a tus hermanos menores..." "Tú eres la única mujer, compórtate con seriedad, no deshonres a la familia...", y frases por el estilo que con frecuencia nos creímos.

En este marco de responsabilidades estuvo el hecho de que el desayuno se hiciera antes de ir a la escuela, y que, al regresar, la mesa estuviera lista para comer. Después de esto, se hacía la tarea y, en la noche, antes de irnos a la cama, merendábamos. Estas tres comidas eran actos sagrados. Se realizaban alrededor de una mesa, con uno o con ambos progenitores, y nunca nos faltó el alimento. Siempre hubo leche, huevos, quesos, carne, pan, frutas, verduras y hasta dulces. Esto fue hermoso, lo aprendí, lo repliqué, y ahora lo intentan también mis hijos, cuando la distancia a sus trabajos se lo permite.

De mis padres recibimos muchos y muy hermosos ejemplos de vida.

El patio daba para que fueran felices no sólo cinco niños; también hubo un árbol, plantas floreadas, perros, gatos, pericos y, de vez en cuando, patos, gallinas y hasta un cerdo. A los patos, mi papá les construyó su estanque, y aquel espacio se llamó "la patera", donde nosotros, "panza abajo", desde la orillita, lanzábamos nuestros barquitos de papel, compitiendo para ver cuál duraba más antes de humedecerse e irse a pique. Este espacio sólo funcionaba en época de lluvias, cuando el agua recolectada de las azoteas se depositaba allí para regocijo tanto de nosotros como de los patos. El resto del año, nosotros teníamos que acarrear el agua del sistema de agua potable que tenía la ciudad y que estaba como a medio kilómetro de distancia, justo del otro lado del Puente de México que atravesaba el río Atoyac. Y así, cuando teníamos que acarrear esa agua tan preciada, se armaba la caravana en la que mi padre, mi madre y todos nosotros, hasta el más pequeño, llevaba sus botecitos y nos autoabastecíamos por dos o tres días, hasta que volvíamos a participar en el ritual del "acarreo del

agua para beber". Obviamente, el agua se cuidaba mucho. En la cocina siempre había dos tinitas para los trastes, para el lavado y el enjuagado, y después de esto, el agua se les daba a las plantas, nada se desperdiciaba.

De todo lo que quedó grabado en mi mente y en mi corazón, está el hecho de presenciar cómo mi padre atendió a un pollito que mi madre había criado. Mi madre siempre pensó que los mejores huevos eran los de gallinas criadas en la casa, las que corren, las que escarban la tierra y comen lombrices. Así que compró una gallina que ya tenía varios huevos empollando. Cuando los pollitos empezaron a salir del cascarón, para nosotros era una novedad ver cómo, desde dentro, luchaban para abrirlo y quedaban libres (esto era una metáfora de la libertad). Era maravilloso ver cómo, al quedar liberados, movían sus alitas para secarse y poder moverse. Al mismo tiempo, buscaban qué comer o corrían bajo el ala de la madre en busca de calor. Así, nos encariñamos con el único negrito que había nacido de un grupo de diez. Éste era un pollito insaciable que llenó de tal manera su buchecito que ya no podía ni moverse. Y aquí vino lo impresionante: percibimos la compasión de mi padre por un ser tan pequeñito, aparentemente tan insignificante. Con nosotros como espectadores, le pidió a mi madre una navaja de rasurar nueva, una aguja y un hilo rojo. Le pidió que los hirviera y, luego de lavarse las manazas encallecidas por el trabajo, con toda la delicadeza del mundo, limpió con alcohol al pollito, abrió la piel, vació el contenido del buche, que era arroz quebrado y algunas hierbitas, cosió con todo cuidado, limpió nuevamente con alcohol y puso al animalito en una cajita llena de algodón. Le pidió a mi madre que lo colocara en un lugar oscuro y lo dejara reposar cuando menos toda la tarde y noche. A la mañana siguiente, fue maravilloso escuchar al pollito pianto con desesperación, quizás en busca de su madre o de comida, o ambas cosas. Aquel pollito llegó a ser el gallo preferido de todos nosotros y lo dejamos vivir hasta que murió de viejo.

El recibimiento de mi padre, sobre todo cuando trabajaba el primer turno, era maravilloso. De nuestros perros aprendimos no sólo la fidelidad y el agradecimiento, sino también la alegría que manifestaban cuando mi padre regresaba del trabajo. Desde que mi padre bajaba del camión —y esto sucedía a cien metros—, los perros empezaban a ladrar de una manera diferente a cuando llegaba algún extraño, abanicaban la cola, se arremolinaban en el zaguán y se mostraban ansiosos por recibirlo. Y era conmovedor ver cómo, para cada uno de ellos, tenía una caricia: les pasaba la mano sobre la cabeza, sobre el lomo, les daba un pequeño tironcito en la oreja y, a veces, les sujetaba la cabeza con las dos manos y acercaba la suya a la del perro, y era como si al mirarlo a los ojos le dijera: “A mí también me alegra verte. Yo también te extrañé”; era maravilloso y de allí surgió mi amor, mi respeto por los animales. Si eso era con los animales, con nosotros, sus hijos, el recibimiento era mejor: Nunca faltó el beso, el abrazo, la caricia en la cabecita sudorosa de tanto correr, en la mejilla húmeda por el llanto. Porque también había de eso, por recibir el pelotazo en la cara, porque me pateó en vez de darle a la pelota, porque me caí de aquella rama, o porque mamá me regañó porque hice esto o aquello... Y después de este recibimiento multitudinario, primero de los perros y luego de nosotros, incluyendo a mi madre, empezaba el rito de quitarse el overol de mezclilla, las botas industriales de seguridad, y dejar el torso desnudo porque siempre tenía mucho calor. Entonces dejaba ver su extraordinaria velloidad que le hacía ver como si tuviera un chaleco. Y era cuando se sentaba en el piso de ladrillo rojo poroso, se apoyaba en la pared, también de ladrillo rojo, y alrededor de él sus cinco hijos. Casi siempre cargaba en sus brazos al más chiquito, los demás procurábamos su cercanía y, a veces, hasta la peleábamos, y empezaba la lectura diaria... Y esto también era una forma de arrullarnos.

Las perras nos mostraron el amor por sus cachorros no una, sino muchas veces, cuando percibían peligro porque el lugar del

patio donde los habían tenido se estaba inundando. Oíamos cómo rasguñaba la puerta, y entonces la veíamos con uno de sus hijitos en el hocico, mudándolos, y entonces mi madre se colocaba una protección en la espalda y ayudaba en la tarea. Luego, entre todos los secábamos y les buscábamos un rinconcito dentro de la casa donde estuvieran secos y seguros hasta el día siguiente, cuando se les encontraría otro lugar. Eso era amor, allí aprendimos que conlleva respeto a la vida y responsabilidad, que no hay medida de menor o mayor, sólo es amor. Algunas veces, cuando alguien comentaba: “Trata a sus hijos como si fuera perro”, mi madre siempre defendía a los perros y decía: “No, los perros a veces son mejores que los hombres, así que no hagan este tipo de comparación”, y yo estaba de acuerdo con ella. La casa de mis padres fue rica en amor, en compasión, en responsabilidad.

¿Cómo omitirlo? ¿Cómo no reconocerlo? Mis padres, huérfanos desde pequeños, vencieron la adversidad al amarnos tanto como ellos hubieran deseado ser amados. Eso es ser superiores, superiores a sus propias carencias, a sus propios sufrimientos. De eso me nutrí, nos nutrimos todos, ya sea que tengamos conciencia o no de esas conductas. Por eso estamos aquí, sorteando dificultades y crisis.

Para enseñar a los hijos a no desperdiciar comida, mis padres hicieron lo que tenían que hacer: Mi madre se quejó de que dejábamos media manzana, medio pan, medio plato con comida, medio vaso de leche, porque teníamos que ir a jugar, o algo nos distraía. Así, un domingo, mi padre dijo muy temprano: “Desayunen bien, porque nos vamos a pasear, y por donde vamos no hay comida”. Desde luego, su petición-orden fue medioescuchada o medioignorada, así que, como siempre, dejamos mediasraciones de todo. A mí me llamó la atención que ese día no hubiera canasta con comida y que mi madre, de manera subrepticia, llenara sólo una botellita con agua de limón y la ocultara en la bolsa de su falda.

El paseo consistió en caminar a la orilla de un riachuelo que corría casi paralelo a la antigua carretera federal México-Puebla, entre Puebla y Cholula, y de esa manera estábamos cerca y lejos de la civilización y, por lo tanto, lejos de las tiendas de abarrotes. Las primeras dos o tres horas fueron una delicia: meterse al riachuelo, saltar de una orilla a la otra, ver ranitas y pececitos, escuchar pájaros, verlos de cerca, corretearnos, meternos entre las milpas. Cuando empezamos a tener sed y pedimos agua, la respuesta fue: “Y aquí, ¿dónde la conseguimos? El agua del riachuelo no se puede beber así”. Y cuando alguno de nosotros dijo: “Tengo hambre, quiero comida”, la respuesta fue la misma: “Y aquí, ¿dónde la conseguimos?” El más chiquito de mis hermanos, después de cuatro horas de caminata, ya estaba dormido en los hombros de mi padre. Él, que tenía tres añitos, era el único que había tomado agua de la botellita que mi madre llevaba y que le había dado con el consabido regaño de mi padre: “Madre consentidora, ¿cuándo va a aprender?” Y mi madre sólo se encogió de hombros. Los otros hijos, entre lamentos, una que otra patada a algún terrón de barro, seguimos caminando, y el regreso a casa, justamente al medio día, cuando el sol calienta más, se hizo con sed, con hambre. Se hizo presente la valoración de la comida que dejamos. Hizo que anheláramos lo que habíamos dejado sobre la mesa. Sobra imaginar lo que sucedió cuando, después de cinco horas de caminata, a pleno sol, sin agua y sin alimentos, cuatro chiquillos llegaron a una mesa donde había medias raciones de todo. No comimos, devoramos lo que allí había. Mientras el más pequeño de mis hermanos era depositado en su cama, y mi mamá le acercaba una taza con alimento líquido, mi padre, sentado a la cabecera de la mesa decía: “Eso que sintieron se llama sed y hambre... ¡Recuérdenlo!”

¿Enseñanza especial y particular para mí? También la hubo. Cuando yo tenía casi quince años, mi padre, como era frecuente que lo hiciera cuando quería que le prestáramos toda la atención, nos sentaba en sus piernas y nos hablaba. Aquella ocasión empezó

por decir que quizá fuera la última vez que me cargara, porque ya pesaba mucho y mis huesos se le encajaban en los muslos. Y luego habló con tranquilidad, mucha tranquilidad, con voz pausada, como si lo que decía fuera para él mismo: "Mira, mi hijita, los seres humanos siempre tenemos dos diferentes caminos que seguir, el fácil y el difícil. Para ti, como mujercita, se puede presentar la oportunidad de tener un ingreso fácil, espléndido, rápido, y mientras más joven seas cuando lo inicies, mejor te puede ir, pero como todo lo que no cuesta trabajo, se acaba rápido. Así que, a los veinticinco o treinta años estarás acabada, porque todo fue rápido y fácil y así se acaba. Y cuando digo que estarás acabada, así puede ser: enferma, enviciada, marginada por la sociedad. Pero está el otro camino, el difícil, el que implica esforzarse, aplicarse, estudiar. Este camino requiere más tiempo, pero lo que aquí aprendas, nadie te lo podrá quitar, porque es algo que llevarás en tu mente y en tu corazón: estudios, experiencias, y te durarán toda la vida. El camino fácil puede ser el de prostituta; mientras más joven, más pagarán por ti, pero tu vida será muy cruel. El camino que implica estudio, trabajo, dedicación y esfuerzo, será más sano para ti y para todos. Tú eliges, tú siempre puedes elegir. Nosotros, tus padres, no podemos estar contigo las veinticuatro horas del día para cuidarte y protegerte, así que, estudies lo que estudies, trabajes en lo que trabajes, esfuérate, dedícate y hazlo bien.

Allí, con fuego, quedó marcado mi rumbo. Ésa era la sabiduría de un hombre que a duras penas aprendió a leer, pero cuando lo hizo, leía el periódico todos los días y, además, nos lo leía a nosotros, sus hijos.

Para mis cuatro hermanos varones, el ritual de estar sentados en sus piernas y la explicación era muy similar. Podrían ser delincuentes, quizá ladrones, y su juventud les ayudaría a brincar bardas y escalar paredes, pero "la ley siempre triunfará, y ustedes acabarán en una cárcel especializándose para ser peores, y quizás acaben muertos cuando alguien defienda su vida y

su propiedad de forma violenta. Así que mejor estudien, ¡esfuércense!”

Ése era mi padre, el abuelo de mis hijos, el hombre que ellos recuerdan como el señor que siempre estaba sonriendo y que vivió hasta los noventa y siete años y tuvo una muerte hermosa: sentado en una silla, tomando el sol del medio día y dormitando... Su rostro mostró una enorme paz, sólo se fue quedando dormido.

Mi madre, huérfana descendiente de una familia rica, sólo heredó el apellido y la idea de quién hubiera podido ser, junto con las direcciones de quienes fueron benefactores de su padre y de sus hijos hasta que fueron mayores de edad. Cuando mi madre escuchaba la palabra “bastardo”, hacía movimientos involuntarios de desaprobación y sólo acertaba a decir: “Todos eran hijos; no debiera haber distinción”, pero lo real era que la había... Mi abuelo no tuvo acceso a la riqueza que sus otros hermanos, no fue terrateniente ni banquero ni dueño de empresas textiles. Bueno... ni siquiera tuvo la formación educativa que ellos lograron. Sólo tuvo acceso a limosnas que no elevaron su dignidad. Mi madre y sus hermanos también sufrieron la carencia de una formación educativa que les permitiera enfrentar la vida más fácilmente.

La mayor virtud de mi madre era que sabía leer y escribir perfectamente, y su expresión oral era maravillosa. Desde luego, le encantaba leer y que le leyéramos, y sabía manejar su máquina de coser de manera preciosa, de tal suerte que de allí salieron todos los vestidos, camisas y pantalones de toda la familia, y luego hasta para hacer ajenos. De aquí mi madre siempre tuvo ingresos extras. Siempre tuvo dinero en sus bolsas para que nosotros, sus hijos, pudiéramos ir a la escuela y desechar las ideas de mi padre que, muy a la campesina, decía que los hijos eran una bendición porque ayudarían a la economía familiar, más si eran varones. A una hija con frecuencia se la podía ver más como una carga que como alguien que pudiera ser jefa de familia. Si revisamos lo que aún sucede con los injustos “usos y costumbres”, se perpetúa la

discriminación contra las mujeres que no pueden heredar o dirigir un pueblo machista. Para fortuna de todos, esto tiende y tenderá a desaparecer para que logremos mayor equidad de género.

¿Cómo elogiar a mi madre? ¿Cómo darle las gracias por todo lo que significó para todos nosotros? Mi madre siempre tuvo dinero, porque fue una mujer supertrabajadora, siempre estaba pegada a su máquina de coser, o tejiendo o bordando, además de cumplir con todas las obligaciones domésticas derivadas de cuidar cinco hijos, una sobrina adoptada como hija y un esposo exigente. Ella fue quien decidió, gracias a que contaba con dinero en sus manos: “Mis hijos estudiarán porque no quiero que sean como nosotros: obrero o costurera. Con este dinero los inscribiré en la escuela y compraré su primer uniforme, y serán excelentes estudiantes y no habrá pretexto para decir que no deben estudiar o que no se puede apoyar sus estudios”. Y así, cuando ya tenía el dinero para extraerse todos los dientes cariados y ponerse un puente que le permitiera comer mejor, destinó ese dinero para pagar la inscripción, comprar los uniformes de diario, de gala y el deportivo de mi hermano mayor y la lista enorme de útiles que requeriría para el primer año de secundaria. Su explicación fue: si mi hijo tiene diez de promedio en la primaria, seguramente obtendrá una beca y el papá no tendrá pretextos para decir que sólo puede ser “chicharito”, “morrongo” o “aprendiz de cualquier oficio”. Mi hijo puede ser ingeniero o lo que él quiera... Y así fue. Mi hermano el mayor fue un estudiante ejemplar, que finalmente obtuvo su título de ingeniero en electrónica, expedido por el Instituto Politécnico Nacional. ¡Gracias madre! ¡Gracias, hermano! Nos abrieron brecha.

La capilaridad social estaba funcionando, podríamos tener mejor nivel de vida que nuestros padres. Ellos, con mucho esfuerzo, tuvieron casa, vestido, sustento y trabajo digno. Ellos, lo que buscaban, era que nuestro trabajo fuera más fácil, quizá menos trabajo de “burro” y más “trabajo intelectual”.

Ésa quizás era otra enseñanza cotidiana: mientras menos preparados estén, su trabajo físico será mayor y, quizá, su remuneración no sea tan alta. A mayor calidad y cantidad de estudio, mayor cantidad de trabajo intelectual, la recompensa será mejor y el esfuerzo físico menor.

Toda esta urdimbre de experiencias me iba formando, fue configurando una forma de ver la vida. Casi nunca se mencionaban las palabras bueno o malo, pero sí esfuerzo, reto, resultado, beneficio. Mi madre casi nunca hablaba de su familia rica, pero, cuando alguno de nosotros, aún siendo muy pequeño, obtenía algo relevante en la escuela, lo llevaba con el esposo de la Nena, un político muy prominente que vivía en la ciudad de México y que, con toda delicadeza y gentileza, recibía a la prima pobre de su esposa. Algunas veces, mi madre intentó acercarse a la casa de la Nena, pero sólo tuvo acceso a ella en la fila de los desamparados que cada semana iban a recoger la limosna que les daban. Cuando la Nena llegaba ante mi madre, la saludaba por su nombre, le preguntaba cómo estaba y, después de darle una palmadita en el hombro, le decía: "Sigue tu camino y que Dios te bendiga". Era muy religiosa y muy buena.

El esposo de la Nena nos recibía en su despacho de la avenida Juárez, con tanta generosidad que nos hacía esperar y nos trataba como a todos los que allí estaban en espera de revisar algún asunto importante, porque el señor fue senador de la República por mucho, mucho, mucho tiempo, y en la vida política de México fue notable por la oratoria ardiente que usó en momentos conflictivos de nuestro país para defender la democracia, la libertad, la justicia social. Él era de origen guerrerense, quizá descendiente de negros, pues sus facciones, su altura, lo denotaban. ¡Qué interesante! la Nena, independientemente de su belleza, riqueza y apellido, escogió un descendiente de negros como esposo y padre de sus hijos.

No cabe duda de que él era un político. Los libros de historia así lo refieren, y para mí fue un privilegio haberlo conocido.

Pues bien, la razón por la que lo visitábamos era para mostrarle nuestros avances, y siempre tuvo una palabra de aliento: "Muy bien, sigue estudiando mucho" "Qué bonito que ganaste este concurso de oratoria" "Qué bonito que aproveches la oportunidad que te da la vida, sigue aplicándote mucho" "¡Ah!, ¿así que ganaste el concurso de declamación? ¡Felicidades! ¡Sigue esforzándote!"

Nunca, mi madre, le pidió nada, ¡nada! Sólo llegaba a mostrarle el avance de sus hijos y a que recibiéramos aquellas palabras que sonaban a gloria por venir de quien venían, por el simple hecho de que teníamos acceso a aquel bendito varón, tan sencillo, tan generoso con su tiempo, aunque sólo hubiesen sido cinco minutos, pero los tuvo para nosotros. Nunca nos negó verlo, por muy ocupado que estuviera; sabía que llegábamos de la ciudad de Puebla y tuvo unos minutos para nosotros. ¿Cómo no agradecerlo?

Este conocimiento de él, en otro momento, cambiaría el resto de mi vida.

III

EN BUSCA DE MI PROPIO CAMINO

La zona donde vivimos está muy cerca de la ciudad, separada por el cauce del río Atoyac y unida por el Puente de México, comparte características rurales. Cuando estoy en cuarto año de primaria —tengo diez años y asisto a la escuela primaria federal de nuestra comunidad, ubicada a dos kilómetros de la casa—, mi madre percibe hechos alarmantes: algunas vecinas nuestras, de trece o catorce años, a esa edad ¡YA SON MADRES! Y los padres también son jovencitos de catorce o quince años a quienes los respectivos progenitores casan y obligan a que el joven empiece a trabajar para hacerse responsable de su nueva familia. Mi madre se asusta y actúa. Se informa de una escuela oficial citadina, muy exigente, que requiere cuando menos tres horas diarias de trabajo en biblioteca. Mi madre piensa: “Mi hija, para el quinto año, estará en una escuela de la ciudad y todas las tardes estará ocupada. No estará por aquí esperando que algún noviecito la vea a escondidas”.

Quedé inscrita en una escuela donde, efectivamente, nos exigen cuando menos tres horas diarias de asistencia a una biblioteca, y cerca de la escuela está la Benjamín Franklin, financiada por el consulado de Estados Unidos en Puebla, que pude disfrutar mucho tiempo, hasta la preparatoria.

¡Qué manjar más delicioso! Después de hacer tarea, tenía acceso a libros de todo tipo. Allí nutrí mi imaginación, allí pasé dos años de mi vida, quizá de los más felices. Disfruté libros de

paisajes de muchos países, de arquitectura, de historia, literatura, de arte. Leí libros de anatomía, fisiología, obstetricia, ginecología (no tuve que preguntar cómo nacían los niños ni cómo se hacían, porque consulté ciencias médicas) y fui descubriendo que había mundos más allá de mí, de mi familia, de mi ciudad, de mi país, de este planeta. Estaba participando del universo que hombres con mucho talento descubrieron, imaginaron o construyeron, y yo estaba allí.

Concluí la primaria y la misma historia de mi hermano mayor se repitió conmigo. Cuando mi madre ya tenía dinero ahorrado para algún otro propósito, lo gastó para pagar mi inscripción, los respectivos uniformes de gala, del diario, el deportivo y la primera lista que parecía interminable para las once materias que cursábamos en ese primer año. Desde luego, los planes de mi padre de que yo fuera "lavaplatos en el hotel Regis de la ciudad de México, porque allí trabaja mi tía Cholita y le va muy bien" fueron eliminados cuando por promedio recibí una beca y mi madre le dijo: "¿Ves que hijos tan inteligentes tenemos? Ella también tiene una beca, ahora apoyémosla". Desde luego, algunas noches los oí platicar y mi padre le insistía a mi madre: "Nuestra hija no está tan feíta, se va a casar pronto, no necesita tanta preparación". Y mi madre le contestaba: "Pues por eso mismo, porque no sabemos con quién se vaya a casar, mejor que se prepare bien. No sea que el marido sea difícil, mejor que no sufra, que esté bien preparada, que estudie".

Quiero entender la mentalidad de mi padre, quiero saber qué y cómo pensaba un hombre hace cincuenta años, que en ese momento tenía cinco niños y que por muy trabajador que fuera, tenía un ingreso limitado... Quiero entender a mi madre, que se solidarizó con mi padre en un objetivo común: "Hacer mejores seres humanos que lo que hemos sido tú y yo". Y, cuando lo pienso, los admiro más. Es cuando entiendo que el instinto nos hace ser así, que la inteligencia siempre los acompañó, que el bien pensar

estuvo de su lado y nosotros fuimos sus beneficiarios. Hace que yo misma entienda que cualquier esfuerzo que hice en el pasado, con mis propios hijos, fue fruto de ese esfuerzo visible, tangible, que percibí de mis progenitores. Y es cuando agradezco esa enseñanza.

Así pues, concluí la instrucción secundaria con todo éxito. Aprendí taquimecanografía, ya que fue el taller que solicité y que me tocó gracias a calificaciones altas en el examen de selección y promedio de excelencia en la primaria. En el centro escolar donde estoy inscrita, participo en concursos de oratoria y gano; y lo mismo sucede en los de literatura. Era mi manera de superar mis limitaciones de vestido y calzado. Casi todos los chicos que asistían a esa escuela eran hijos de profesionistas, de personas que tenían recursos suficientes para que los sábados, que no era obligatorio el uso del uniforme escolar, sus hijos mostraran su abundancia: casi se armaban desfiles de moda con lo mejor de su ropa y la presumían abiertamente. Hasta en sábado yo portaba mi uniforme escolar, pero, a final de cuentas, la de los primeros lugares en aprovechamiento era yo, así que nunca un vestido hermoso me resultó indispensable para sentirme bien.

Con cada pequeño triunfo, había la visita al “tío senador de la República”; era maravilloso que hubiera dinero suficiente para costear el viaje de un día al Distrito Federal.

Cuando llegó el momento de decidir mi futuro, mis padres se reunieron conmigo, y mi padre me comunicó su decisión: “Ya me dijo tu madre que quieres estudiar la preparatoria porque quieres ser abogada, pero de una vez te digo que nuestros recursos no alcanzan para eso. Hay otros cuatro hermanos tuyos que también necesitan mi apoyo y además son varones; ellos van a dirigir una familia. Tú no estás tan ‘feíta’, así que lo más probable es que te cases pronto, y ¿para qué gastar dinero inútilmente? Sólo puedo costearte la escuela Normal para que seas maestra de primaria. Piénsalo y me dices, porque o eres maestra o nada”.

Después de oír esa declaración, lloré. Lloré mucho porque recordaba las lágrimas de mi mamá cuando se refería a las monjas que los habían maltratado tanto: “No tenían vocación para cuidar niños, no tenían vocación, no tenían vocación”. Y yo no tenía vocación para ser maestra de primaria. Yo tenía cuatro hermanos varones con los que jugaba beisbol, futbol, me trepaba a los árboles, andaba en las bardas, y hasta usaba guantes de box, aunque siempre salí perdiendo porque sólo era su “costal de entrenamiento”, pero no sabía nada de cuidar niños, de atenderlos, de enseñarles... No tenía vocación. Los niños, para mí, sólo representaban compañeros ideales para juegos y sólo eso.

Pero la compra y la lectura cotidiana de periódicos iba a rendir frutos. Ese mismo día, mi madre me pide que lea el periódico mientras plancha y leo un articulito que decía: “Empleados de SSA, rechazan concursar por beca”. Lo leo con toda atención y en forma resumida decía que, conjuntamente, la SSA, UNICEF y la FAO, ofrecían una beca para formar “técnicos en estadística aplicada a la salud pública”, que apoyaran programas de obras rurales por cooperación que básicamente consistirían en aprovechar la mano de obra de las comunidades rurales para que hicieran sus propias redes de agua potable, pozos, caminos, pequeñas escuelas, pequeños hospitales, etc., allí donde hubiera más mortalidad o morbilidad por enfermedades transmisibles... Para eso servirían las estadísticas. A cambio de la mano de obra, la FAO les dará alimentos del primer mundo. Los estudios se llevarían a cabo en la Escuela de Salud Pública de la ciudad de México, pero los empleados consideraron poco estimulante la propuesta, por lo que nadie se había inscrito para concursar por ella. Cuando acabé de leerla, el corazón me latía aceleradamente. Mi hermano mayor ya estaba estudiando en el IPN de la ciudad de México, también becado. La beca de mi hermano consistía en ir a un comedor y tomar sus tres alimentos diarios, siempre y cuando pudiera llegar hasta allí. Él sólo podía ir una vez, al medio día, pero estaba alquilando un

cuarto con la tía Cholita, la que trabaja en el hotel Regis... Qué coincidencias... Qué maravilloso.

Al día siguiente, mi madre y yo nos presentamos con el periódico en las oficinas de la Secretaría de Salubridad y Asistencia. Cuando pedimos informes, el portero, con risa burlona, nos indica: "Pregunten allí, en Epidemiología". Nos dirigimos a esa oficina y nos recibió un médico, un señor de mediana edad, de lentes. Cuando mi madre le enseñó el diario, él tosió con nerviosismo y preguntó qué queríamos. Mi madre le dice que quizá yo pueda concursar por esa beca. El señor dirige su mirada hacia mí, seguramente reparó en mis zapatos bajitos y mis tobilleras blancas, indudablemente en mi aspecto de niña, y me pregunta, mirándome a los ojos: "¿Por qué crees que puedes concursar por ella?" Recuerdo que, con mucho aplomo, repetí lo que durante la noche había pensado no una, sino muchas, muchas veces: "Tengo quince años y acabo de concluir la secundaria en el Centro Escolar. También estudié taquimecanografía; me gustan mucho las matemáticas; he ganado concursos de oratoria, de literatura y tengo muchos deseos de seguir estudiando. Puedo concursar y, al ganar la beca, viviré en la ciudad de México. Allí tengo un hermano que estudia en el IPN. Sé que puedo. Aquí están los documentos que comprueban mis estudios, mi promedio y los diplomas de mi concursos..."

El señor ya no dijo nada más. Revisó el fólder donde iba toda mi documentación, volteó hacia su secretaria, de nombre Fanny, y le dio una orden: "Por favor, prepare los documentos de la señorita. Va a concursar como representante nuestra por la beca. Si la gana, nos vemos en un año, cuando concluya sus estudios. Ya sabe que trabajará aquí, con nosotros. Que tenga mucha suerte y buen día". El señor recogió unos documentos de su escritorio, volvió a decirle a Fanny que se iba a una junta y salió de su oficina.

Mi madre y yo estábamos anonadadas. No sabía si reír o llorar, pero nunca tuve duda de que si concursaba, ganaría. Si ese

primer paso estaba dado, lo demás sería sencillo. Ese mismo día nos entregaron la propuesta y, al siguiente ya estábamos en las oficinas centrales de la SSA, allá por la calle de Lieja, lista ya para participar en ese concurso.

Presentarme a la SSA, en la ciudad de México, a concursar en un universo de más de cuatrocientos personas —porque la convocatoria era nacional—, no me produjo duda. Yo sabía que podía. Hicimos exámenes de conocimientos, básicamente de matemáticas, expresión escrita y psicométrico, y al final quedamos veinticinco personas que, durante un año, asistimos mañana y tarde a formarnos como personal especializado.

Recordar esto me produce placer, ya que es una alegría saber que uno tiene talentos y que los puede utilizar, a la buena, para ser mejor, para consolidar lo que mi padre me decía meses antes: “Lo que aprendas bien, nadie te lo podrá quitar”. Para ser superiores, sí, para ser hoy mejor de lo que fui ayer, y mañana ser mejor de lo que pueda ser hoy. Eso significa ser superior a uno mismo, día con día. Bueno, eso es lo que entendí también.

¿Que fue una suerte ver la notita? Sí y no, porque leíamos el periódico todos los días, y esa noticia para mí fue un regalo.

Estudiar en 1964 en la Escuela de Salud Pública fue una oportunidad extraordinaria. Allí inició mi vida laboral. Al concluir con éxito mi formación, me presenté en las oficinas de Puebla de la SSA, y el mismo señor que me atendió un año antes, me recibía ahora para decirme: “A partir de hoy mismo iniciamos los trámites para su contratación. Es usted la nueva jefa del Área de Bioestadística, y va a depender directamente de mí, el responsable de Epidemiología”. Esto sucedía a principios de 1965, cuando aún tenía dieciséis años. Desde luego, mi aspecto había cambiado: usaba medias en lugar de tobilleras, y zapatillas de tacón en lugar del zapatito escolar. Mi falda ya no era acampanada como de uniforme escolar, sino recta, y mostraba que dentro había una jovencita.

Mi cabello seguía igual: al hombro, lacio, y con la raya del lado izquierdo. Casi toda mi vida me peiné así; era la forma más cómoda y rápida de arreglarme después del baño matutino.

Era una oportunidad de oro. A los dieciséis años era personal especializado, jefe de un área, con posibilidades de seguir estudiando y cumplir mi deseo de ser universitaria. Ya no tendría que ser maestra de primaria sin vocación. Nunca lastimaría niños; nadie me recordaría con sufrimiento.

Así que me daba tiempo, por ser principio de año, de iniciar mi preparatoria luego, luego. Y la única preparatoria para trabajadores era la nocturna, la de la Universidad Autónoma de Puebla, así que allí acudí a inscribirme.

Aquí viene otro regalo. Nosotros vivíamos entre Puebla y Cholula, más cerca de la primera que de la segunda, y próxima a la casa había una zona textil que tenía a su disposición autobuses de transporte semiurbanos que daban servicio a los trabajadores de esas fábricas cuando concluían los horarios normales: a las diez, diez y media, once y doce de la noche, y que justamente pasaban en la esquina de mi casa.

La preparatoria nocturna estaba al otro lado de la ciudad, hasta la zona de San Manuel, así que era maravilloso saber que tenía asegurado el regreso a mi casa aunque saliera muy tarde de la preparatoria. ¿No es un regalo? ¿No se me puso en charola de plata lo necesario para seguir preparándome? Siempre lo he percibido y agradecido así, como un regalo excepcional.

Esta facilidad para estudiar y trabajar era maravillosa. Me inscribí en la preparatoria e inicié mi conocimiento de otras ideas. La UAP está en plena efervescencia política, tiende a la izquierda. Nunca como en aquella época, poco antes del 68, se abren las ideas de una justicia social, económica y política como la que se vive en Cuba, como la que se conoce en el mundo. La competencia por los viajes espaciales descubre dos potencias, dos sistemas de creencias, la capitalista y la socialista. Bueno, por lo pronto sabemos que

existen. Y conocemos más de la Revolución de octubre de 1917 y de sus héroes, y conozco a muchos más autores, algunos bellísimos, Makarenko, Sholojov, el mismo Soljenitzin.

Mi estatus de trabajadora-estudiante me impide incorporarme a las marchas, a los mítines, a la elaboración de mantas, a los plantones, al cierre de escuelas. Pero, eso sí, soy la novia del representante de los estudiantes y por él me acerco a una ideología que apenas descubro, aunque somos novios sólo de fin de semana porque no hay tiempo, y es cuando él me dice que merezco una mejor forma de vida, que merezco ser estudiante de tiempo completo, que merezco desarrollar todas mis capacidades. "Pero, lástima por ti, porque no te puedes dedicar a hacer grilla todo el tiempo".

Y me indigno: "¿Lástima? ¿Por mí? Lástima de los que ya perdimos cinco meses de clase en aulas, que hemos tenido que tomar clases en los jardines, en las casas de los maestros, a veces en sus consultorios, y no tenemos para cuando retomar el año. Así que me voy a cambiar de preparatoria. Quédate con la toma de las instalaciones. No entiendo cómo vayamos a lograr progreso así, o se estudia o no se estudia".

Busqué, entonces, regresar a la preparatoria del Centro Escolar donde estudié la secundaria. Cuando me entrevisto con el director general, porque busco una autorización excepcional, me dice que se acuerda de mí, que sabe que ya estoy trabajando y le da gusto saber que quiero seguir estudiando. Lamenta que la preparatoria nocturna a la que asistía tenga tantos conflictos, pero que si he estado estudiando, no tendré problemas, que está bien, que puedo regresar a cursar los tres meses que faltan del segundo año, sólo que debo recordar que las clases son a mañana y tarde, de siete a doce y de dieciséis a diecinueve horas, que el programa de estudios es idéntico, y si de verdad he estudiado, no tendré problemas. Y hablo con mis jefes de la SSA y llegamos a un acuerdo: durante los próximos tres meses trabajaré entre semana sólo cuatro horas al día, de doce a dieciséis horas, pero los sábados

lo haré de ocho a veinte horas. Les agradezco esta facilidad y trabajo de manera intensiva.

Y este periodo es precioso. Mi mayor placer lo constituyeron las clases de raíces griegas y latinas y la de ética. Esta última la daba el director general del Centro Escolar, un señor que años después sería senador.

Nunca olvidaré la clase sobre "libertad": la describía, la ponderaba, la entronizaba. Un individuo puede estar físicamente prisionero en una torre o en una mazmorra y seguir siendo libre, porque el pensamiento es lo único que nadie podrá arrancarnos. Nuestras convicciones son nuestras. Y partiendo del pensamiento, de la firmeza del pensamiento, todo lo demás se puede lograr. A través de un pensamiento libre, se puede lograr la verdadera libertad.

Nuestra libertad de elección es el mayor tesoro que tenemos. Hasta podemos tomar una elección que nadie entienda, pero si para nosotros es buena, será buena. Ésa es nuestra libertad.

Y, por otro lado, si nuestra conducta se rige por la ética, estaremos salvados, no importarán nuestras creencias religiosas si por encima de todo está la Ética, y esto también lo creí a pie juntillas.

De esta manera, estudié año y medio en la preparatoria nocturna de la UAP y la terminé en la misma institución donde cursé la secundaria, en el Centro Escolar. Por esta razón, cuando concluye el ciclo escolar, justo al inicio de diciembre, en los tableros de la Dirección descubro una convocatoria para participar en el Concurso Cervantino que organiza el Tecnológico de Monterrey. Las bases establecen varias categorías y me interesa la estudiantil. Los requisitos definen estudiantes que estén cursando la preparatoria o la estén concluyendo en ese ciclo escolar. Me interesa, analizo el enfoque y me parece que si se acerca diciembre, cuando habrá vacaciones tanto en la escuela como en el trabajo, podré dedicarme durante diez días de tiempo completo a integrar mi trabajo.

A Miguel de Cervantes Saavedra empecé a leerlo cuando estaba en la primaria, allá en la biblioteca Benjamín Franklin, donde leí

El Quijote, desde luego en una versión para niños, con ilustraciones hermosas. Mi imaginación se desbordaba y a veces me sentía viviendo junto a los molinos de viento, recorriendo algunos caminos con Sancho y el Quijote. A veces me sentía Dulcinea, el objeto de amor de aquel hombre loco. Todo era posible en la imaginación. También leí sobre la vida de Cervantes, sabía que se sentía más poeta que prosista, y sin embargo, se le conoció más como prosista que como poeta. Y había leído sobre España, así que cuando supe del tema, decidí que podía hacer un excelente trabajo monográfico. Sabía dónde conseguir información, sabía documentarme, sabía cómo integrarla y en eso trabajé. Y lo mejor, tenía esos diez días ya tan cercanos, que no dudé ni tantito en empezar.

Otra vez, como en otras épocas de exámenes, acudo a la comprensión de mi madre y le pido que me permita dedicarme a hacer tareas. No podré ayudar en trabajos domésticos. Ni siquiera lavaré mi ropa, no tendré tiempo ni para eso. Y ella acepta de buen grado, y otra vez me encierro con mis libros, con mi diccionario, con muchas hojas en blanco, leo, integro, escribo, estoy para escribir.

Desde luego, salgo para tomar mis alimentos, para bañarme, a compartir los momentos más hermosos del año con mis queridos hermanos y padres: las posadas, la Navidad, el fin de año.

Para el primer día hábil del año, ya tengo mi trabajo listo. Me dará tiempo de sacar tres copias y engargolarlo. También es el primer día de trabajo. Por la tarde se lo llevo a la directora de la preparatoria y, en un desplante más que grosero, me pregunta quién es mi asesor. Le invento un nombre porque, la verdad, había aprovechado las vacaciones decembrinas para leer, compilar, estudiar y escribir, y ella me recibe con gritos, y dice que lo revisará personalmente, que no aceptará que en nombre de la institución que dirige se envíen "porquerías". Arrebató el documento de mis manos, me pidió que regresara en dos días y, si le parecía bien, lo enviaría.

Cuando salí de la Dirección sentí mucha tristeza. No me parecía justo que me tratara así. Cuando regresé, me informó su secretaria que lo enviaría, que pasara después por la copia del envío.

Eso era en enero, el veredicto se daría en marzo y la premiación se haría en abril, en la ciudad de Monterrey.

Cuando a finales de marzo mi secretaria me informa que me está buscando la directora de la preparatoria, dejo que pasen varios telefonemas antes de contestar. Por un lado, recordaba su mal trato y quería evitarla, y, por otro, tenía la certeza de haber ganado algún premio. Cuando me comuniqué con ella, su tono era totalmente diferente a la vez anterior, ahora sonaba dulce, pausada, y me comunicaba que “habíamos ganado un honroso tercer lugar en un concurso internacional en el que había participantes incluso de España, que era un honor que yo fuera estudiante de su preparatoria”.

Ojalá ella hubiese visto mi cara, sobre todo cuando dijo que “habíamos ganado...”, o que hubiese sabido lo que pensé. Para describirlo, tendría que poner muchos caracteres especiales intercalados con viboritas, murcielaguitos, etcétera.

La premiación fue en abril en la ciudad de Monterrey. Pedí permiso a mis jefes, y hacia allá nos dirigimos mi madre y yo.

Y allí cometí uno de los errores más grandes de mi vida, del cual me he arrepentido varias veces, pero en el momento pensé que había tomado la mejor decisión.

El día de la premiación estaban los integrantes del patronato del Tecnológico de Monterrey, entre los que destacaba el señor Prieto, admirador de la obra de Cervantes y el principal promotor de este concurso. Antes de iniciar formalmente la sesión de entrega de premios, hubo posibilidad de hablar con los asistentes, de presentarnos. El ambiente era impresionantemente formal: cámaras de televisión, un presídium lleno de flores, al fondo del salón una mesa con un buffet apoyado por meseros uniformados. El señor Prieto circulaba entre los premiados, cuando llegó hasta

donde yo estaba, me preguntó cómo me sentía. Le digo que muy emocionada. Me pregunta quién fue mi asesor y le comento que no tuve, que trabajo y estudio. Mi documento fue elaborado durante mis vacaciones de diciembre y no tuve posibilidad de contar con ese apoyo porque todo mundo estaba descansando. Aprecia mi esfuerzo y me pregunta: “¿Te gustaría estudiar en el Tecnológico de Monterrey?” Contesté que ¡NO!, que estoy iniciando Economía en la UAP y que el horario de trabajo, que es de ocho a dos y media me da tiempo para estudiar de cuatro a diez, además soy también apoyo económico para mi familia y no puedo dejar de trabajar.

Cuando regresé a Puebla con mi hermoso diploma, también regresé con una sensación de frustración porque no pude contestar Sí. Cancelé una posibilidad de cambiar de manera muy, muy radical mi vida, pero lo que había dicho en ese momento era cierto: yo era el apoyo de mi familia desde que empecé a trabajar.

Me he preguntado muchas veces qué hubiera sucedido si pido mi cambio del área de Estadística de Puebla a Monterrey, ¿me lo habrían concedido? ¿Hasta dónde hubiera llegado el apoyo del señor Prieto si le comento mis limitaciones, pero con otro enfoque?

Palo dado ni Dios lo quita, y en este caso, yo sola me golpeé.

IV

MI VIDA PLENA DE INDEPENDENCIA Y LIBERTAD

Al año siguiente, en 1967, tenía diecinueve años de edad, ya tenía tres de vida laboral y, otra vez en diciembre, cuando había vacaciones tanto en la escuela como en el trabajo, sentí la necesidad urgente de establecer un diálogo conmigo misma. Estaba por tomar decisiones muy importantes en mi vida y no podía comentarle a nadie, y menos a mis padres, porque temía la crítica, el enojo, el regaño. Pero yo sabía que tomaría decisiones que afectarían el resto de mi vida. Así que acudí a quien conocía todas las dudas, el entorno, el sufrimiento que ya se percibía y que obviamente se podía evitar. Acudí a quien no podía mentir o engañar: a mí misma.

Aquí empecé a confiar en mi inteligencia, en mi sentido común, en que sabría resolver bien mi incertidumbre.

Es importante que mencione que ya era una joven muy atractiva (cualquier muchacha joven lo es por el simple atributo de ser joven), tanto por el aspecto físico como por los resultados tangibles: estudiosa, dedicada al trabajo, a quien le agradaba leer y escribir y, a esas alturas, ya podía platicar casi de cualquier tema y, además, poseía una risa y sonrisa agradables, así que si a eso se añade que laboralmente era jefa del Área de Estadística estatal de un organismo federal, pues resultaba muy interesante, porque cuando hablaba, sabía de lo que estaba hablando. Y también sabía escuchar, y cuando lo hacía, lo hacía con total atención. Entendía

bien de cifras y sabía preparar programas de trabajo, darles seguimiento, evaluar resultados. Estaba bien.

Mis contactos laborales eran amplios. Como parte del área de Epidemiología, mi trato frecuente era con médicos, ingenieros, profesionistas en general y hasta con políticos, porque cuando mis jefes no estaban, a quien le preguntaban sobre campañas de vacunación, apoyo de programas para las comunidades rurales por parte de organismos internacionales como FAO, UNICEF, etc., era a mí. Yo generaba información estadística, conocía tanto planes como avances y, de esta manera, incluso cuando se preparaba algún informe del gobernador y no había nadie que pudiera aclarar dudas, decían: “Que vaya la jefa de Estadística, que lleve papeles de trabajo porque se trata de explicar algunos datos”, y yo iba, feliz, confiada en que sabía lo que iba a decir.

Por este tipo de intervenciones, tenía acceso a varones a quienes les resultaba llamativo que una jovencita de diecinueve años les pudiera resolver dudas o ampliar explicaciones.

Entre mis compañeros médicos había uno que me triplicaba la edad, que tenía ocho hijos y con quien me encantaba compartir la media hora de descanso, de once a once y media. Allí, en la terracita soleada donde íbamos la mitad de los empleados a esa hora (la otra mitad tenía otro horario), disfrutábamos el emparedado, la torta compuesta o la fruta, y me comentaba que sus clientes particulares generalmente eran políticos que requerían un médico muy eficiente y discreto que no divulgara sus vidas privadas, y, sin decir nunca nombres, supe de políticos y líderes obreros que tenían tres o cuatro “casas chicas” en las que las habitantes generalmente eran jóvenes hermosísimas, pero a las que sólo les podía ver la zona enferma; pues el rostro estaba cubierto como si fueran odaliscas. Desde luego, después de revisar aquí y allá, e incluso hasta ayudar a nacer sus críos, se daba cuenta de todo. Incluso de la belleza de las atendidas; de que allí había niños y los choferes eran los responsables de llevarlos y recogerlos de

las escuelas, los que hacían las compras, los que hacían los pagos, etc. Y eso era en 1966, 1967, 1968. Así que sí había esclavismo, encubierto, pero era esclavitud. A mi bisabuela la compraron y a esas habitantes también.

Y como corolario de sus pláticas, me decía: “Tengo una hija de tu edad, a la que le deseo que sea capaz de escoger un muchacho joven con quien poco a poco construya su propia vida, su propio nido y no se deje deslumbrar por una jaula de oro como las que he visto con mis clientes”. Y sus palabras resonaban con mucha frecuencia en mis oídos: “Jaula de oro”, “Jaula de oro”, y claro que recordaba el refrán que decía: “Aunque la jaula sea de oro, no deja de ser prisión”, y la asociación era directita: jaula igual a prisión.

Así pues, con ese marco de referencia, en la casa paterna, donde aún vivía, me senté frente a mi máquina de escribir durante diez días, aduciendo que tenía pendientes escolares y laborales. Escribí y escribí y escribí y, para mi fortuna, contaba con una habitación para mí sola, de la cual salía sólo para lo más indispensable, pues mi madre me apoyaba y no me exigió que ayudara en las labores domésticas. Así pude hacer una catarsis maravillosa. Usé una maquina de escribir antigua, muy antigua, que para mi fortuna, aún conservo.

Al final de mi reclusión, tenía escritas más de doscientas páginas que varias veces leí y releí para estar segura de que eso era lo que pensaba, lo que sentía, que eso que estaba allí escrito era lo que iba a hacer en un futuro inmediato, y a mediano y a largo plazo.

En ellas, yo revisaba mis orígenes, quiénes eran mis padres, mi familia por lado materno y paterno, cómo se habían ido desarrollando, cómo todos sus actos habían definido nuestras vidas de niños, de adolescentes.

Revisaba mis propias experiencias, y cómo me afectaban o me iban afectando. Allí me preguntaba, analizaba la información de

que disponía y llegaba a una conclusión, mi conclusión. Desmenucé acciones, actitudes, resultados, propuestas. Revisé todo lo que me producía alegría, dolor, temor, esperanza y, sobre todo, sufrimiento, e intentaba descubrir cómo evitarlo.

Me sentí muy satisfecha e hice algo de lo que a veces me arrepiento: tomé mis doscientas páginas y las metí al calentador de leña. Cuando me bañé, el agua caliente me hizo sentir purificada. Aún recuerdo lo más importante de las conclusiones:

Primero: daba gracias a mi familia porque me había permitido ser y hacer. Y aun cuando no era muy consciente de todo, percibía el gran amor que mis padres habían expresado en mi formación, tanto física como mental.

Segundo: daba gracias por tener la oportunidad, desde los dieciséis años, de contar con un trabajo especializado, reconocido y que me permitía apoyar a mi familia, seguir estudiando y que elevaba mi autoestima de manera maravillosa.

Tercero: darme cuenta de que este punto previo me acercaba a relaciones masculinas que, en un momento dado, me resultaban atractivas y también muy peligrosas.

Cuarto: definir que no iba a aceptar ninguna propuesta que me desviara de mi objetivo más cercano, visible y concreto: estudiar, seguir una carrera universitaria, trabajar, gozar de independencia económica y continuar con mi desarrollo como ser humano. Estomeda libertad.

Así que las dudas que antes me atormentaban, se disiparon y mis decisiones estaban tomadas:

1. Seguiría trabajando y estudiando.
2. No aceptaría ninguna jaula de oro, por muy amplia y generosa que pareciera; no valdría la pena porque implicaría vivir escondida, vivir al amparo de un "protector", "amante", "dueño", por

muy rico y poderoso que fuera, porque la conclusión sería tener hijos que sufrirían el estigma de ser “bastardos”. Yo sería menos que una sombra. Pensé que mi madre no me había dado vida para que yo estuviera prisionera de los caprichos de otro o de mi propia debilidad. La historia de mi abuela-esclava no podía repetirse en mí. No, imposible. Ella fue esclava a fuerza, yo lo sería voluntariamente.

3. Identifiqué el privilegio que ya tenía al contar con un trabajo excelente, que me permitía seguir mi propio desarrollo; que tenía tiempo suficiente, de dieciséis a veintidós horas diariamente, para seguir estudiando (más los fines de semana).
4. Identifiqué mis propias fuerzas, mis capacidades, mi deseo de seguir siendo yo. Y me sentí poderosa, simplemente porque podía...
5. Agradecí al cielo que se me fueran poniendo en “charola de plata” tantas facilidades para lograr mi desarrollo. Siempre me sentí superprotegida, supercuidada, superprivilegiada, y quizá lo más importante, darme cuenta de lo que estaba haciendo; esto es, ejercer mi propio criterio y autocrítica: ser libre y decidir seguir siendo libre. Y desde este momento, jamás, jamás, jamás, responsabilicé a nadie de lo que yo hiciera, no hiciera o me sucediera. Aquí se marcó mi forma de ser. Aquí fue donde para mí se borraron frases como: “No puedo, no sé, no tengo tiempo, no tengo ni idea”; “Tú tienes la culpa”; “Tú o alguien me la hicieron y me la van a pagar”; “Me estás haciendo sufrir”; “No te puedo perdonar (porque no tengo nada que perdonar, ya que somos como somos y actuamos como actuamos)”.

Cuando me enojo, quizás explote, pero al “ratito” se me habrá pasado y lo habré olvidado... Y eso ha sido maravilloso para mí. Ni en mis peores momentos he pensado en venganzas, revanchas, “guardaditos” o algo por el estilo, no tengo tiempo ni para pensarlo.

Desde luego, no me gusta ser costal de entrenamiento de nadie, y cuando percibo que no puedo hacer nada por evitar agresiones, me alejo; eso sí lo hago con facilidad, y el alejamiento puede ser físico o me concentro en alguna actividad intelectual que elimina la presencia del origen del malestar, y así también me evado. Esta característica me ha resultado extraordinariamente favorable siempre.

Este último punto, el más relacionado con mi futura forma de ser y de vivir la vida, sería el más valioso y el que he aplicado desde entonces: cuando tomo mis decisiones, pienso mucho, le doy muchas vueltas, realizo un análisis completo, reviso los beneficios, me ubico en diferentes escenarios, reviso las dificultades, los posibles resultados, otras alternativas, pero cuando tomo una decisión, confío en que he tomado la mejor y dejo el asunto hasta allí. Ya no dudo y me dedico a actuar.

Así, cuando regresé de vacaciones en enero, ya había tomado mis decisiones. Todo se facilita cuando el jefe-jefe de la SSA, un tanto molesto porque con frecuencia me llamaban para “aclarar datos” en oficinas externas, sobre todo del gobierno del estado, decide que ya no seré yo quien vaya; que si algo se necesita, deberá ir el epidemiólogo o la persona responsable del programa por el que estén preguntando, pero nunca más iré yo. “¿Está claro?”, y por supuesto que lo entiendo y lo acato.

Esta orden propicia que la persona que me estaba proponiendo la jaula de oro, me vea por última vez. Le informo lo que acaba de decidir mi jefe-jefe: para cuestiones de trabajo, siempre habrá quien lo atienda con todo esmero y cuidado. Yo ya no acudiré a sus llamados, no volveré a escuchar sus propuestas y estoy decidida a no aceptarlas; entonces, en un desplante de “galán despechado”, me dice que ha gastado mucho dinero en enviarme flores, que han sido casi a diario, en serenatas que eran semanales, que no sabe cómo convencerme de que sus intenciones son reales. Seré su mujer (una de “sus mujeres”, intuyo), me llevará a una de sus

casas, “la que acabo de construir” —dice—, tendré chofer a mi disposición, ayudará económicamente a mis padres, la única condición era que yo dejara de trabajar y estudiar, que no anduviera en la calle para que cualquier baboso me chuleara, pero podré tener todos los niños que quiera, que él tiene recursos suficientes para atendernos y que nada nos faltará. Sólo me pide que esté todo el tiempo a su disposición (¡otra vez la palabra esclavitud, sólo que disfrazada!). Cuando me río y le digo que no me hace falta nada, que para eso trabajo, se enfurece y me recuerda que tiene mucho poder, muchos recursos, que le pida lo que quiera y me lo dará. “Te puedo dar placas de taxis, las que tú quieras. ¿Deseas un carro? Pídeme lo que quieras y te lo daré. En la joyería X, que se especializa en brillantería, me hacen estupendos descuentos, si algo de allí te gusta, dímelo, te lo puedo dar.” Y, entonces, ante esos regalos preciosos, tentadores, sí, decido que sí puede darme algo. Recuerdo que en una de las calles principales hay una tienda de regalos, la de los tecolotitos, y en uno de los aparadores que acabo de ver hay una cajita transparente en forma de corazón con dos bebés-gemelos de un plástico suave que hace que se vean como reales, de más o menos treinta centímetros de alto, y con muchos chocolates, también en forma de corazón, forrados de papel estaño rojo rodeándolos, y le comento que eso me encantaría como un adiós de su parte y para recordarlo bonito.

Aún veo su cara de sorpresa cuando me escuchó después de decirle: “Gracias por sus ofertas, ha sido muy generoso, pero no puedo aceptarlas. Ha sido un gusto conocerlo, adiós”. Al darme la vuelta y abrir la puerta de salida, escuché un puñetazo sobre su escritorio.

Recordar todo esto, me hace percibir mucha audacia o ignorancia de mi parte, porque este hombre normalmente andaba armado y tenía guardias de seguridad que lo protegían. Por eso creo que esta relación era peligrosa, muy peligrososa. Creo que tuve mucha suerte al tomar mis decisiones, y que no hubieran sido con violencia.

V

ESFUERZO ACADÉMICO

Durante algunos meses tuve miedo. Alguna vez le escuché la expresión: “Si no eres mía, no serás de nadie”. Así que, temiendo que si me encontraba en la calle con alguien —sobre todo con algún jovencito— lo pudiera lastimar; durante meses me abstuve de salir con cualquier inocente que pudiera ser víctima de aquella amenaza.

Eso fue lo que hice, me dediqué a trabajar con todo ahínco, tanto, que cuando percibí que había posibilidades de dejar un trabajo por otro, lo realicé. Ahora trabajaba como analista de ingresos en la oficina federal de Hacienda. Actividad más ligada a la economía, que era materia de mi estudio.

Cuando concluí la preparatoria, tenía la alternativa de estudiar derecho o la recientemente creada Licenciatura en Economía Política. Sería parte de la primera generación en la UAP y me inscribí. La decisión la tomé por la familiaridad con las estadísticas: si sabía hacer e interpretar información numérica, esto era una facilidad que no todo mundo tenía y era una ventaja para mí, tener parte del camino andado... y percibí que la economía requería este enfoque, y no me equivoqué.

¿Y cómo me iba con los muchachos?

Bien. Cuando en 1967 hice mi análisis decembrino, recuerdo la descripción de los harenes y las odaliscas de algunos hombres y decido que quien sea mi futuro novio será alguien que no tenga compromisos con nadie más; alguien a quien yo pueda, de manera

limpia, clara y transparente mencionar como “mi pareja”; alguien con quien no base mi felicidad en la infelicidad de otros o que por otros me sienta infeliz, y de entre muchos candidatos, en el patio donde recibo clases de Economía, están Filosofía y Letras y también Psicología, percibo a varios.

Había alguien de apellido Spinoza que estudiaba Letras y con quien platicaba superbonito sobre ciencia ficción; y había alguien de nombre Arturo que estudiaba Filosofía y me hablaba de su rancho y de sus planes de regresar allí y ser un buen criador de ganado y pensador; y había un chiapaneco de Pijijiapan, y había otros chicos que me encantaban porque eran muy agradables. Pero nunca les permití platicar conmigo fuera de ese patio. Hasta que allá, hasta el otro lado, en el primer patio del edificio Carolino, que alguna vez fue residencia monástica, formado por una fuente central, arquería y salones por los cuatro costados, había alguien de ojos verdes, blanco, de cabello lacio, envaselinado, que se sentaba juntando las plantas de los zapatos y me seguía con la mirada... y esto sucedió no sólo durante varias semanas, sino quizá meses. Hasta que un día, en la librería que estaba a un lado de la puerta principal, “casualmente”, un ex maestro nos presenta y dice de mí: “Te presento a mi ex alumna de la preparatoria, yo le daba psicología social”; y de él: “Te presento a mi ex alumno de la licenciatura y maestría en psicología, actualmente está estudiando el doctorado en la UNAM y da clases aquí, en la licenciatura. Será interesante que se conozcan, que tengan suerte, buenas tardes”. Dio media vuelta y me dejó sin habla, porque estaba claro que esto no fue “casualidad”, ambos prepararon el encuentro. Y ése fue el inicio de una relación que duró treinta y cuatro años; es decir, más de la mitad de mi vida, así que todo lo que sucedería después estaría ligado a este suceso.

Así pues, aplicaba mis decisiones: con todo ahínco trabajar, estudiar y complementar mis conocimientos con todo lo que pudiera leer. Decidía mi vida con absoluta libertad, con la certeza de

no afectar a nadie, empezando por mí misma. Todo lo que antes había escuchado, leído y vivido, me apoyaba.

Cuando empiezo a relacionarme con quien sería mi pareja, le intriga que no tenga novio. Me dice que me ha estado siguiendo y sabe dónde vivo, sabe que trabajo, sabe dónde, conoce mis horarios, lo que estudio, y no se explica cómo una joven tan atractiva no tiene novio, que me ha visto muchas veces en la biblioteca y no se explica cómo puedo pasarme horas leyendo sin ninguna preocupación... (bueno, esto sucede cuando hay vacaciones, paros, huelgas, etcétera).

Le comento un poco sobre mi decisión de dedicarme a trabajar con todo esmero y sacar de la mejor manera mi carrera.

Y el inicio de esta relación coincide con el envío del oferente de la jaula de oro a un estado norteño, donde también será la mano derecha del señor gobernador, así que ya puedo andar con absoluta libertad sin ningún temor. Algunos meses después me entero, por una nota periodística, que cierto “funcionario público sobrevive a accidente automovilístico, pero no corrieron con la misma suerte los más cercanos colaboradores: el señor X y el señor Y”. Y allí estaba el nombre de aquel personaje. Así salió permanentemente de mi vida. La desgracia de algunos puede ser la tranquilidad de otros, según se le vea.

El inicio de esta relación fue maravilloso: él era un joven verdaderamente inteligente, dedicado, brillante. Encontramos muchos puntos en común. La UAP estaba viviendo su etapa izquierdista más notable. Era el triunfo de ideas izquierdistas entre los directivos y, desde luego, entre los estudiantes; el triunfo de las ideas acerca del “amor libre”, según las cuales podríamos vivir como pareja formal sin la atadura de un documento que nos obligara a estar juntos nos gustara o no. Tú no serás de mi propiedad y yo no seré de la tuya. Todos los días estaremos en condiciones de renovar nuestro deseo de estar juntos. Sonaba bonito. Había libertad hasta para pensar y actuar así.

Desde luego, toda la literatura que asimilé en la biblioteca de la UAP fue preciosa, sobre todo la que llegaba de otros lados, pues me permitía ver que había un mundo más allá de mis muros, más allá de nuestras fronteras.

Me fascinaba Simone de Beauvoir al explicar las diferencias entre hombre y mujer y la congruencia entre sus escritos y la libertad con que se amaron Sartre y ella; admiré a Rosa Luxemburgo, guerrillera de la Revolución rusa de 1917, sobre todo en su vida práctica. Al ser amante de un guerrillero, cuando se entera de que él tiene hijos y una esposa, le exige que los atienda; le pide congruencia entre su deseo de ayudar a "otros", pero que primero atienda a los "suyos", e incluso llega a estar pendiente de ellos, que esa responsabilidad se cumpla.

Y los maestros cubanos nos hablan de libertad, nos hablan de revolución, de la esperanza de vivir mejor, de cambiar los lupanares por universidades donde sus jóvenes dejen de venderse a los extranjeros que van a divertirse y embrutecerse los fines de semana.

Las bibliotecas fueron puntos sustantivos en mi vida. Cuando asisto asiduamente a la Benjamín Franklin descubro el mundo físico exterior. Cuando soy lectora en la biblioteca de la UAP, descubro mundos de ideas. Enriquezco mi mundo interior.

Con mi compañero, ya como su novia, empezamos a frecuentar amistades que eran variadas, lo mismo tenían esta ideología que eran totalmente contrarios a ella, o bien sólo eran espectadores, todo podía suceder, menos aburrirnos.

Recuerdo con cariño a un médico, psicoanalista, maestro de la Universidad Nacional Autónoma de México que, cuando platicaba sobre guerrilla, nos explicaba su punto de vista personal: los guerrilleros son los seres más nobles que puede haber. Quieren cambiar el mundo, son los idealistas que creen que sacrificando

hasta su vida pueden mejorar la de otros. Son más que santos, van a padecer hambre, frío, cansancio, van a estar lejos de sus familias. Sólo hay un problema con ellos: la guerrilla está asociada a un ajuste o desajuste hormonal, generalmente la padecen los adolescentes, y cuando las hormonas se equilibren y quieran formar una familia, también por procesos hormonales, regresarán a sus ideas originales de conservar la propiedad privada, empezando por tener su propia casa, su propia esposa y sus propios hijos, y quizás un trabajo muy bien remunerado, sin importar que sea un capitalista explotador el que se lo genere. Finalmente, los tres factores humanos más pedestres los arrastrarán: sexo, dinero y poder. Y aquí se armaba la polémica, los que estaban de acuerdo, los que rebatían, los callados, los acelerados, pero todos interesados en estos temas.

A una de esas reuniones asisten varios amigos que viven en la ciudad de México; comentan que están a punto de ser contratados en una institución de Seguridad Social, donde se está creando un área que seleccionará y desarrollará sus recursos humanos. Ellos, como psicólogos, van para el área de selección de personal. Para el área de desarrollo están aceptando otro tipo de profesionistas, ¡ah!, pero sólo están entrando los “cuates de los cuates”, es difícilísimo pasar. Se requiere de un superpalancón para lograrlo. Y en su descripción empiezan a dar pelos y señales. El nivel mínimo que requieren es licenciatura o, para los empleados de la misma institución, mínimo tercer año de cualquier carrera universitaria... Hmm... Ciudad de México, edificio central, piso tal, y dan nombre incluso de quien está haciendo ese trabajo y además describen sus actividades. Yo escucho, escucho y me empiezo a preguntar si podría hacer algo así, y además estar muy bien pagada, porque también hablan de sueldos, prestaciones, etc., y empiezo a desear estar allí. ¡Suena retebonito!

VI

ESFUERZO LABORAL

Nadie puede desear lo que no conoce... y yo empiezo a conocer y a desear. Justamente estoy cursando el tercer año de Economía, tengo experiencia en el sector salud, manejo estadísticas, sé elaborar programas, sé evaluarlos, he sido instructora en todo el estado de Puebla; casi acaban de describir mi perfil profesional y empiezo a preguntarme acerca del superpalancón...

La última vez que mi madre me llevó con el tío senador de la República fue cuando participé en el Concurso Cervantino del Tecnológico de Monterrey, y ha sido la única vez que el señor me abrazó, ya no sólo me dio palmaditas en el hombro. Y en aquella ocasión, cuando supo que seguía estudiando Economía en la UAP, dijo: "¡Qué bien! Uno de mis hijos estudió esa carrera en la UNAM, así que felicidades, estudia mucho inglés, es una sugerencia; te puede hacer bien. ¡Que nada te detenga!"

Y en 1970, después de contar con esas referencias, pienso que es momento de volver a visitar al tío que, desde que mi madre recuerda, ha sido senador y seguirá siéndolo hasta que muera.

Pido permiso en mi trabajo. Estoy en una oficina federal de Hacienda; voy a la ciudad de México. Llego a la superconocida avenida Juárez y, antes de entrar al edificio, respiro hondo, preguntándome si lo que voy a decir está bien estructurado. Las manos me tiemblan un poco. Me he vestido para parecer mayor de los veintiún años. Me he pintado los ojos y los labios y visto un trajecito formal de dos piezas color azul marino y una blusa

blanca con encajitos en el cuello y las mangas que apenas asoman. Las zapatillas y la bolsa de mano son blancas. Mi cabello, desde que empecé a trabajar, lo he llevado lacio, al hombro y eso no lo cambio, sólo busco que esté bien ordenado.

No olvido que la esposa del tío senador de la República falleció hace tres meses; lo supe por los periódicos y las notas en televisión. Así que lo primero que habrá que decir será sobre la sensible pérdida de una mujer tan extraordinaria como ella y que se comparte su pesar.

Me presento con la recepcionista, una joven de mi edad, cuyo arreglo dista mucho del mío. Ella parecía una modelo recién bajada de una pasarela. Bueno, de que hay recursos, pues hay recursos... y ella está donde los hay.

Ese día la oficina estaba desierta. La sala de espera no tenía la algarabía de todas las ocasiones anteriores. Casi se hubiera escuchado el ruido de una mosca, si la hubiera. Así que, cuando la recepcionista-modelo me pregunta quién soy, de donde provengo, qué deseo, para qué, etc. Le digo que deseo hablar con el licenciado, que procedo de la ciudad de Puebla, le doy mi nombre y le pido que le diga que deseo saludarlo.

Cuando estoy frente a él, percibo a un hombre totalmente diferente al que había visto todas las ocasiones anteriores. Ahora está sentado, casi sumido en su sillón, ni siquiera extiende la mano para saludar; habla lento y bajito. Me recibe con un saludo muy cortés: "Cómo estás, niña? Por favor, siéntate. Ahora, ¿qué me traes? ¿Por qué no viene tu madre contigo?" Le comento que nos enteramos de su pérdida, que la lamentamos profundamente, y que le pedimos al Creador que pronto le envíe la aceptación de una pérdida tan grande. Percibo que se nublan sus ojos, y baja la mirada mientras gira su sillón hacia el ventanal que tenía a su espalda.

Pasan dos o tres minutos en respetuoso silencio. No quiero ni respirar. Cuando vuelve a girar el sillón para quedar frente a mí, me pregunta: "¿En qué te puedo servir?" Y así, sin más vueltas, le

comento que deseo ingresar a la institución de Seguridad Social que está reclutando personal para su área de Desarrollo de Personal. Es muy difícil ingresar, y sólo podré hacerlo si él me hace favor de extender una carta de recomendación dirigida al director administrativo de la citada institución (llevo ya el nombre completo, la dirección, su piso, su número telefónico).

Él me dice: "Con mucho gusto te la extendería, pero mi secretaria está de vacaciones. No tengo papel membretado, y creo que ni plumas para firmar tengo. Lamento no servirte en este momento, pero la semana próxima date una vuelta y quizá ya tenga todo. Déjame el nombre de la persona a quien quieres que se la dirija para ver si es mi amigo. Regresa la semana próxima. Saluda a tu madre y que tengas buen viaje".

Cuando salí, la recepcionista-modelo seguramente percibió mi frustración, porque me invitó un tecito. Me preguntó qué había sucedido, y cuando le platicué la razón de mi visita, me comentó que estaba muy deprimido, que ese día era uno de los pocos en los que se presentaba desde hacía tres meses, pero que tuviera paciencia...

A los ocho días repetí mi visita y, prácticamente, la escena fue la misma; la excusa para no darme la carta también: "No-está-mi-secretaria-no-tengo-papel-ni-pluma-pero-ven-dentro-de-ocho-días..."

La invitación del té se repitió porque mi cara debió ser la misma, sólo que ahora me quedé un ratito más, quizá porque así aliviaba la soledad de la recepcionista-modelo. Le comenté la razón para no darme la carta de recomendación. En esta ocasión me enteré de que usaba papel membretado con el escudo nacional y su nombre resaltado, que sólo usaba plumas de oro grabadas con su nombre y, de manera usual, todo lo firmaba con tinta sepiá. Cuando salí esta segunda vez, hasta supe que la chica estaba esperando reconciliarse con su noviecito, así que le deseé suerte y me despedí.

A la tercera vez, volvió a correr la misma película. La recepcionista-modelo me preguntó por el resultado de la entrevista y, cuando le conté lo de “no-está-mi-secretaria...”, en lugar del té, mi nueva amiga me pidió un favor: “Necesito ir al tocador, ¿puedes contestar el teléfono? Si suena, sólo dices: un momento, por favor, y yo vendré a contestar”.

Cuando se levantó, de manera innecesaria abrió el cajón central de su escritorio y lo dejó abierto, totalmente abierto, y se dirigió a la puerta. Cuando me acerqué, descubrí papel membretado, plumas de oro y el frasco de tinta café sepia, todo en perfecto orden.

Creo que mi nueva amiga dejó ese tesoro abierto para que mi conciencia me permitiera elegir lo que debía hacer, y ella se tardó como una eternidad.

Después de no sé cuánto tiempo, estiré la mano, tomé dos hojas membretadas, las coloqué con todo cuidado en el portafolios, que siempre llevaba conmigo y, a la eternidad siguiente, mi nueva amiga apareció sonriente, preguntado: “¿Sonó el teléfono o me buscó el licenciado?” Yo sólo contesté, como robotizada: “No, no se ofreció nada”.

Cuando salí de allí, me sentí como una ladrona... No como... jera una ladrona!

Pero también percibí algo en la actitud de esa joven. Cuando analicé escena por escena de cómo se había dado todo, percibí que ella me estaba diciendo algo sin palabras.

Cuando llegué a Puebla con mi tesoro, me pregunté qué debería hacer con esas dos preciosas hojas: podían significar mi perdición o una bendición. Y me fui por el lado de la bendición. Estaba aprendiendo a redactar, no en balde había ganado concursos de literatura ni había pasado muchas horas leyendo y, finalmente, el tío senador de la Republica nunca había dicho que no me daría la carta de recomendación, sino sólo que no tenía secretaria ni papel ni pluma ni tinta.

Conseguí una máquina eléctrica, de las más modernas, e hice como treinta borradores, hasta que conseguí el convincente, el que dijera que yo era la persona más apta, por sus características, para ese puesto, y lo describía con todo detalle. Y decía dónde y con quién trabajaría, y describía sin excesos ni mentiras mis aptitudes y actitudes, y de allí se derivaría la idea de ser contratada... Al final, logré mi redacción ideal. Ahora sólo me faltaba hacer la digitación perfecta para no echar a perder ni siquiera una de las dos hojas.

Y lo logré. Digité a la velocidad mínima posible para no equivocarme. Al final, yo misma quedé sorprendida del resultado.

Cuando me presenté en la avenida Juárez, a la semana siguiente, el tío senador de la República había dejado de asistir a su oficina porque estaba enfermo. La depresión le había afectado las vías respiratorias y estaba en su casa, pero yo conocía su casa, aquella donde mi madre había hecho fila junto con los desamparados, donde la Nena le había dicho: "Sigue tu camino". Así que toqué el timbre, el de la puerta de servicio, no el de la entrada triunfal de políticos de primer nivel. Y allí pedí hablar con el licenciado: "Que estaba esperando un documento para firmar". Bueno, eso era desde mi punto de vista, pero ya puestos en ese camino, todo era válido. ¿Quién de su servidumbre sabría si esperaba o no? Quizás hasta lo sacara de su marasmo. Y sucedió el milagro: me hicieron pasar a la planta alta, donde estaban las recámaras, y allí me pasaron a un saloncito y me dijeron: "Por favor espere, le vamos a avisar".

Esperé como media hora, quizá lo estaban despertando, quizá lo estaban ayudando a levantarse de su cama, no sé, pero después de ese tiempo apareció con una bata de lana muy abrigadora y una bufanda que le protegía el cuello. Tenía unos lentes graduados sobre su nariz. Junto a él había una enfermera que le ayudaba a caminar. Su enfermedad se estaba haciendo visible.

En el saloncito donde me hicieron esperar, había una mesita redonda con una cubierta que llegaba hasta el piso. Cuando él apareció, se dirigió a ella y se sentó en uno de los cuatro sillones que la rodeaban, de tal suerte que eso me facilitó, después de saludarlo y desear su pronta recuperación, presentarle mi documento.

Con una mano extendí la carta de recomendación redactada por mí, y con la otra, le acerqué la pluma de oro cargada con tinta café sepia y le dije: "Es la última vez que le ruego a usted que me extienda la carta de recomendación que me permitirá ingresar a esta institución de Seguridad Social. Si usted lo hace, se lo agradeceré toda mi vida. Si me dice que no, lo entenderé y no volveré a molestarlo".

Tomó la hoja, empezó a leerla y percibí una mueca que quería ser sonrisa. El alma me regresó al cuerpo. Supongo que o la leyó cuando menos tres veces o estaba pensando qué decir, porque me pareció que se tardó una eternidad en decir: "Mejor yo no la hubiera redactado, y sí, la persona a la que está dirigida es mi amigo". Enseguida miró la pluma que permanecía extendida hacia él y preguntó: "¿Es una de las mías?" Le dije que no, que la acababa de comprar y que incluso no estaba grabada con su nombre, como sí sucedía con todas las que eran de su posesión, pero además tenía tinta sepia. Cuando estaba firmando, sentí que el corazón se me iba a salir del pecho. Y lo más maravilloso sucedió después, cuando no me preguntó cómo había conseguido la hojita membretada. Me dijo: "Te deseo mucha suerte, infórmame de tu gestión. Que tengas buen día". Sólo acerté a decir "Gracias" y, cuando me extendió su mano para despedirse, me incliné ante él y la llevé a mis labios para depositar uno de los besos con mayor agradecimiento que he dado, y empezó a levantarse para regresar a su habitación.

Cuando gracias a la estrategia de la secretaria-modelo tuve en mis manos las dos hojitas membretadas y percibí que allí estaba la bendición/perdición, una de las ideas que tuve fue llenar la

hojita e incluso alterar su firma y hacer todo el trámite sin que él se enterara. Lo que me detuvo siempre fue la idea de que me estaba arriesgando demasiado al tener esas hojas, como para además transgredir otras normas sociales que podrían incluso llevarme a la cárcel. Aquí, la ÉTICA me funcionó.

Año y medio después de esta escena, el tío senador de la República falleció, y a sus servicios religiosos acudió el presidente en turno, su esposa —la folclorista más sobresaliente que ha tenido el país— y políticos notorios y notables. Cuando lo supe, oré, porque allí, donde estuviera, gozara de la compañía de la Nena, la niña afortunada, la prima rica de mi mamá, la mujer de su vida.

Así se concretó mi ingreso a la tan deseada institución de Seguridad Social. Todo esto sucedió el 29 de abril de 1970, y para el 2 de mayo, ya estaba dada de alta como trabajadora de confianza. De mayo a diciembre, estuve en el Distrito Federal, pero con el cambio sexenal, y para asegurar mi contratación definitiva, debía irme a Querétaro y permanecer allí durante un año. Empiezo justamente el primero de diciembre de ese memorable 1970.

El responsable de la institución en Querétaro es un abogado de apellido Villa-Toro, como de sesenta y cinco años. Recibe mis cartas de presentación y, después de revisarme de arriba abajo y de abajo hacia arriba, como si fuera ganado (poco faltó para que me revisara la dentadura para saber si podía ramonear bien), después de invitarme a tomar asiento, me dice: “Pues bien, señorita Responsable de Desarrollo de Personal, ya sabe usted a lo que viene, ¿verdad?” Le respondo que sí, que mi presencia obedece a un programa nacional, y que como parte de la normatividad vigente, traigo un programa de trabajo perfectamente definido: capacitar a todo el personal de nuevo ingreso, en coordinación con las áreas en donde ingresarán, y actualizar permanentemente a todos los que ya estamos dentro. Yo misma, durante meses, estuve en capacitación, así que tengo conocimientos actualizados y el material de apoyo es excelente.

Estaba describiendo mis actividades, sabía qué tenía que hacer, estaba acostumbrada a trabajar, así que su autoridad no me intimidó.

Pero lo que me dijo después de mi explicación, me llamó la atención, sobre todo viniendo de un abogado: “Quiero que sepa que yo creo que hay tres cosas que se hicieron para violarse: la Biblia, las leyes y las mujeres”.

No estaba lista para escuchar esta declaración, así que adopté una actitud de no haberlo escuchado. Continué con mi explicación y le hice notar que mi ingreso a la institución estaba protegido por el subdirector administrativo, que para mi suerte había permanecido en su sitio a pesar del cambio sexenal y del cambio de director general, y que periódicamente le reportaría mi avance personal en la institución. Le dije que continuaría estudiando hasta concluir mi carrera y que, desde luego, me ponía a sus órdenes para resolver cualquier duda en el terreno laboral.

Su actitud hacia mí, a partir de ese momento y durante el año que trabajamos juntos, fue de un respeto-cortante: pedía autorización para realizar mis actividades e informaba puntualmente de los avances de las mismas. Nunca hubo conflictos.

El 18 de diciembre, a los pocos días de haber llegado, se haría la cena-convivio del señor delegado, sus jefes y responsables de áreas: las médicas, las administrativas, las técnicas... Hasta el dueño del sindicato estatal fue invitado.

Hicieron extensiva la invitación a esposas, esposos, novias, etc. Se acepta la presencia de parejas, así que invito a mi novio. Para esto, él continuaba estudiando el doctorado en la UNAM, en la ciudad de México.

El salón era para más o menos cien personas. Había un grupo de violines para amenizar la velada, circulaban meseros perfectamente uniformados y enguantados. La mesa era ovalada. Mi novio y yo estábamos sentados hasta la otra orillita. La oportunidad del licenciado Villa-Toro se presentó: cuando ya estábamos

todos sentados, se incorporó de su asiento, levantó su copa para brindar por el convivio y, dirigiéndose a mí, dijo: “Me permito presentarles a nuestra más reciente adquisición, que seguramente ya todos conocen. Le quiero conceder el uso de la palabra a la responsable de nuestra nueva área de Desarrollo de Personal, para que sea ella quien ofrezca el brindis por esta celebración. Señorita Sofía, háganos el honor...”

Cabe mencionar que no estaba preparada para tal honor, yo iba a cenar... De haber imaginado eso, a lo mejor hasta me pongo nerviosa, pero, ya estaba allí... Volteé a ver a mi novio y percibí que estaba absolutamente blanco, como papel de cera, y gruesas gotas de sudor empezaron a correr por su frente. Me levanté, recogí mi copa, me acerqué a donde estaba el señor delegado, me coloqué a su lado y, con toda tranquilidad, agradecí el honor tan inmerecido de dirigirme a tan selecto grupo de asistentes. Me seguí con los objetivos de nuestra sacrosanta Institución; rememoré la inteligencia de quienes, a partir de la Constitución de 1917, elaboraron la Ley del Trabajo; luego elogí a los hombres que, a partir de ideas muy evolucionadas, definieron nuestra ley de Seguridad Social; alabé el tipo de administración, la francesa, que se siguió para organizarnos e iniciar lo que después se llamaría servicio civil de carrera, y que nos permite una permanencia y especialización importantes, hablé de logros anteriores, de lo bien que funcionamos, y de la certeza de que trabajaremos mejor, con mayor conciencia, si aplicamos más calidad a nuestras labores diarias, desde el lugar que nos toque; ensalcé el privilegio de trabajar juntos, etc., y así durante más o menos diez minutos, para finalizar deseando que nuestros esfuerzos y el amor a la camiseta siga fructificando en beneficio de quienes servimos. Agradecí la presencia de todos y brindé porque nuestras familias, nuestro trabajo y todo lo que hiciéramos estuviera lleno de alegría, felicidad, prosperidad, buena voluntad y amor. Cuando dije “buena voluntad y amor”, miré a los ojos del señor delegado y allí concluí. Extendí mi brazo, dije ¡salud!, y me llevé la copa a los labios.

Hubo aplausos, y el más efusivo era mi novio. Cuando regresé a mi lugar y movió la silla para sentarme, al oído me dijo: "No puedo creer lo que acabo de presenciar".

Éste fue un momento hermoso. Practiqué correctamente la improvisación, eché mano de todos los recursos que tenía y no sentí miedo, sabía que podía. Y aquí aprendí también que la liebre salta en el momento menos esperado, con cualquier propósito, y que con tranquilidad todo se puede resolver.

Años después, cuando mi pareja recordaba este evento, me confesó: "En aquella reunión creciste ante mis ojos. Eras la más joven de los asistentes y te dirigiste con la mayor propiedad a todos. Allí supe que ibas a lograr muchas cosas en tu vida". Fue hermoso saberlo, fue hermoso saber que podía resolver cualquier reto. Mi autoestima estaba bien.

Allí no podía seguir estudiando economía, y busqué la manera de regresar a la ciudad de México, para ingresar a la UNAM, luego de pasar el examen de ingreso. En 1972, cuando estoy en el área de Productividad, me entero de que hay un concurso para seleccionar personal que integre el área de Sistematización de información. En ese momento ninguna institución educativa tiene en México ni ingenierías ni licenciaturas relacionadas con informática, sistematización de datos de información o algo parecido.

Así que el Instituto de Seguridad Social se moderniza; sus procesos administrativos serán más eficientes, se comprará equipo nuevo y se requerirá personal que desarrolle los sistemas de información. La empresa proveedora formará al personal especializado. Se emite una convocatoria a nivel nacional para integrar un equipo de cincuenta nuevos elementos que reforzarán al personal ya dedicado a estas actividades, y serán los puntales de la nueva infraestructura informática. Me entero y sigo diciéndome: "Yo puedo"; la base es la estadística, sólo que ahora infinitamente más fácil con este procesamiento. Concurso, y esto significa estar tiempo completo durante cuatro meses en capacitación y, al

final de un examen, se quedan los que pasen... y me quedo en el grupo.

Ingresar a esta área era totalmente acorde con mi formación anterior: Se requería personal que pudiera concentrarse en su trabajo de manera total. Disciplinado, orientado a obtener resultados "cueste lo que cueste", y esto significa trabajar muchas horas seguidas, ir adonde te manden. Fue una bendición trabajar así durante muchos, muchos años, veinticinco para ser precisa. De esta área salí para jubilarme por veintiocho años de trabajo.

Recorrí todos los puestos de la escala del área de informática, también denominada sistematización de información: programador en entrenamiento; programador; analista-programador; analista; responsable de proyecto; coordinador de proyectos. Toda mi vida estuve estudiando: lenguajes de computadora, lenguajes de control, procedimientos administrativos, técnicas de capacitación, etc. Conocí plataformas de proceso de datos: microcomputadoras, minicomputadoras, y participé en la desconcentración de procesos, de tal suerte que todo lo que se hacía en el Distrito Federal, se distribuyó en todo el país. Conocí formas de proteger la información, en fin, fue un constante ejercicio mental para estar actualizada y formar parte de esa tecnología de punta que, finalmente, me llevó a ser personal especializado, muy bien tratado económicamente.

Cuando la política nacional de desconcentración de funciones también llegó a nuestra institución recorrí, al igual que mis compañeros de trabajo, todo el país en ese proceso de distribuir responsabilidades, la información propia de cada entidad federativa y, desde luego, los capacité para que supieran cómo hacerlo.

Tuve un excelente trabajo, un excelente patrón, un excelente medio de desarrollo. Esto, también fue una bendición. La recompensa: ciento por ciento de mis ingresos, ahora como personal jubilado.

VII

ESFUERZO FAMILIAR

Mi ingreso a la UNAM en 1972 implicó realizar toda la tramitología correspondiente a una institución ya saturada. Reunir toda la documentación exigida, realizar las filas para obtener ficha para el examen de ingreso, presentarlo, esperar el resultado. Y todo esto se hizo en tiempo y en forma.

Obviamente, sólo puedo asistir por las tardes y mi horario lo permite. Trabajaré de las ocho a las dieciséis horas, y asistiré a la UNAM de diecisiete a veintidós horas; los sábados hay seminarios y materias optativas. Y también hago un trato con mis jefes. Cuando haya vacaciones en la UNAM, asistiré a trabajar también durante las tardes, esto es, de dieciséis a veinte horas. Me parece un trato conveniente. Al principio, cuando la capacitación era intensiva, estábamos meses completos dedicados a eso exclusivamente. Se siguió el camino de capacitación en horas de trabajo. Hubo meses en los que todo el tiempo estaba estudiando. Para mí, era una delicia estar aprendiendo cómo desarrollaríamos nuestro trabajo y, sobre todo, que estaba conociendo tecnología de punta. Por supuesto, esto exigía nociones, y a veces más que nociones, de inglés. Todas las instrucciones se daban a las computadoras en inglés; todos los mensajes se recibían en inglés, las computadoras eran fabricadas en Estados Unidos. Mi formación inicial se orientó a ser programadora de computadoras y se usó el lenguaje Cobol (Common Business Oriented Language).

Nuestras formas de trabajo eran internacionales, así se trabajaba en muchas otras partes del mundo. Y esto implicaba también que fuéramos personal muy bien tratado económicamente.

El servicio civil de carrera aquí era extraordinariamente visible: el grupo de quienes integramos aquella camada, permanecemos prácticamente juntos durante más de veinticinco años, algunos se jubilaron antes, otros después, pocos emigraron hacia condiciones de trabajo diferentes a las nuestras, pero todos fuimos exitosos. Desde luego, habría que redefinir bien qué significa exitoso, pero éramos gente dedicada al trabajo, con objetivos perfectamente definidos, con trabajo bien delimitado, con líneas de mando y de autoridad muy claras. Casi era una estructura militar. También es notable que en estas áreas eminentemente técnicas menos de diez por ciento fuéramos mujeres. En las áreas de captura de datos, lo normal era la proporción inversa: noventa por ciento mujeres, diez por ciento varones.

Cuando ya estaba en la UNAM, decidí iniciar la carrera de Economía desde el principio.

Percibí que enriquecería mis conocimientos con otro tipo de saberes. Mi ideología se amplió cuando llegaron cubanos, chilenos, uruguayos, argentinos, y nos platicaban cómo vivían, o cómo intentaban vivir y cómo resolvían sus conflictos personales y familiares, y allí se percibía un intento por igualar a hombres y mujeres, por formarlos de manera equitativa; se hablaba de justicia cuando una mujer no dependía de un hombre para ser autosuficiente. Se hablaba de una vida equilibrada cuando, al separarse, cada quien seguía su propia vida sin depender del otro.

Pero lo más importante al ingresar a la universidad fue que el trato era absolutamente igual para hombres y mujeres; los maestros tenían absoluto respeto a la dignidad e integridad humanas. Jamás, jamás percibí un trato erróneo por vestirse, peinarse o hablar diferente, y esto entre alumnos y maestros.

Entre los maestros mismos había aspectos interesantísimos: aprendimos a respetar al maestro-genio que llegaba a dar su clase

con los cabellos parados, la ropa totalmente arrugada, a veces con huaraches, pero que bastaba que abriera la boca para conocer la profundidad, la magnitud y la extensión de sus conocimientos, la sapiencia que contenía aquella cabeza de cabellos renuentes a recibir un peine, y quizás hasta agua y jabón; la pasión con que transmitía sus conocimientos era contagiosa, y entonces el aspecto físico pasaba al último punto de evaluación, si es que ésta pudiera darse. En la Escuela de Economía, que posteriormente sería Facultad de Economía, conocí a varios compañeros que a la postre serían políticos renombrados, incluso un presidente de la República. Estudiaban, dormían y vivían allí; allí hacían carteles, desde allí dirigían marchas, allí quizás empezaban a vislumbrar lo que sería su vida futura: querían cambiar el mundo, querían más equidad. Ahora, al verlos en los debates de las Cámaras de diputados o de senadores, recuerdo aquellas pláticas con los compañeros de psicología que describían a los guerrilleros y que ahora la hago extensiva a muchos de aquellos jóvenes: las hormonas los cambiaron, y lograron dinero, sexo y poder. Lo notable es dinero y poder, lo otro es más personal. ¿Qué sucedió, por qué se dejaron absorber por el monstruo al que querían modificar? Al final, se aliaron y buscaron beneficios personales.

Al estudiar, al disciplinarme y asistir durante cinco años seguidos a la UNAM, a la Escuela de Economía, hice un esfuerzo que obedecía a un propósito: lo definí cuando mi padre dijo “Normal o nada”, y lo estaba cumpliendo. Nunca me pesó dedicar todo el fin de semana a estudiar; era parte de mi placer investigar, leer, resumir, escribir.

Pude combinar y coordinar mis actividades de estudiante, ser trabajadora en un área sumamente exigente, en la que había horario de entrada, pero no de salida. Entendí que el trabajo se acaba cuando se acaba; que para el día de mañana no puedes decir: “No acabé porque tenía un pendiente, un compromiso, un problema”. Eso era inadmisibile. Todo el tiempo era como estar presentando

exámenes escolares: alguien fija día y hora para concluir y eso se cumple. Y yo decidí cumplirlo. Estaba siguiendo el modelo de “mientras más trabajos, mientras más calidad le imprimas, mejor te irá”, y eso se iba cumpliendo.

Y a esto tengo que añadir que ya funcionábamos como pareja mi elegido y yo.

Él ya había concluido sus estudios de doctorado en la UNAM; durante algún tiempo siguió dando clases en la UAP y luego estuvo en una institución educativa como asesor de aspectos vocacionales. Como asesor, trabajaba pocas horas a la semana y eso le permitió inscribirse en la Escuela de Ciencias Políticas de la UNAM y estudiar Sociología. Cuando dejó de dar clases en Puebla, empezó a dar clases en la Escuela de Trabajo Social de la UNAM.

Yo ingresé a mi trabajo en mayo de 1970. Mi compañero, de 1970 a 1975, hizo todo lo anterior, y justo cuando estaba dando clases a jóvenes de primer semestre, conoció a una alumna que le movió el tapete: por ella, cambió muchos criterios. Antes de conocerla, el dinero no le preocupa; con mi sueldo y lo que él complementa es suficiente. Nos alcanza para todo, estamos rentando un bonito departamento, estamos estudiando. Cuando no hay muchas tareas para el fin de semana, nos vamos a espectáculos artísticos-folclóricos de primerísima calidad mundial: música, danza, arte, literatura.

Conocemos a argentinos, bolivianos, chilenos, soviéticos, chinos, coreanos; asimismo, recorremos nuestro país. Sabemos de una banda oaxaqueña formada por miles de intérpretes y allí estamos, casi llorando al entender que, a pesar de su enorme pobreza, también hay una enorme sensibilidad y amor a lo bello. Y todo lo disfrutamos y lo gozamos; estamos jóvenes y no importa que, al final, caminemos dos o tres kilómetros, porque no hay manera de regresar a casa.

Alguna vez le sugerí que buscara un trabajo con mayores ingresos, que incluso podría entrevistarme y presentarlo con mi actual benefactor, el que recibió la carta del tío senador de la República

y al que, en algunos eventos, había saludado e incluso de mano. Su respuesta fue interesante: "No quiero ser un burócrata como tú".

Todo está bien, hasta que él empieza a cambiar, casi de un día para otro. Por todo se enoja, por todo se incomoda, su mirada es agresiva, grita, ofende, y cuando le pregunto qué pasa, se enoja más. Así que una tarde, lo enfrento; ya no puedo creer que no esté pasando nada y él por fin se desahoga: "Creo que ya conocí a la mujer de mis sueños. Estoy enamorado de una de mis alumnas" (¡!!¡!!!¡!!!¡!!!¿!?!?!?!?!). Yo no podía creerlo. ¿Yo ya no era la mujer ideal? Pues no, ya no lo era. Yo ya tenía veintisiete años y él se había enamorado de una joven de diecisiete. Él tenía treinta y uno.

Los detalles que me da de su incipiente relación me revelan que así es. Ahora, está dispuesto a entrar a trabajar a la institución donde estoy y, ahora sí, HASTA puede sacrificarse y ser "burócrata". No importa, por el amor de la joven hará cualquier cosa; ella merece un buen nivel de vida; lo va a lograr.

Yo estoy en cuarto año de Economía, mis conocimientos se han incrementado. Mi sentido de la equidad se profundiza. Mi amor a la libertad, también: no quiero a nadie a mi lado a la fuerza. Cuando decidimos vivir sin formalizar legalmente esa unión, supuse que aún en ese marco de referencia no formaría parte de una colectividad donde habría varios padres y madres y los hijos serían de todos, y nuestros bienes también. No, no estoy tan evolucionada. Mi sistema hormonal era más común y corriente.

Estamos en 1975, y cada vez que visito a mi madre, a mi pregunta de "¿cómo estás?" me responde: "Bien, aquí compartiendo durante cuarenta años mi vida con tu padre, y con el orgullo de haber sido mujer de un solo hombre. Allí estaba cumpliéndose el decreto de "tuya hasta que la muerte nos separe".

Entonces pienso y pienso y vuelvo a pensar, ¿cómo renunciar sin que me duela, sin que nadie salga afectado?

Para ese momento, tenemos dinero ahorrado, seis libreros repletos de libros y dos mesitas de caoba talladas que son áreas de

trabajo individual. Las habíamos diseñado y las mandamos a hacer. Vivíamos bien.

Esa noche, la noche de la confesión, no pude dormir. Estaba en la incredulidad total.

Al día siguiente, a la hora de la comida, le pedí que platicáramos.

No quiero compartir mi pareja con otra persona. Te voy a ayudar para que te vayas y empieces bien con ella. De todo lo que tenemos ahorrado, llévate la mitad; llévate tres libreros y una de las mesas. Prepara tu currículum vitae, anéxale comprobantes y, a la brevedad, cuando lo tengas, ofrezco llevarlo al director administrativo. Por mí, puedes empacar tu ropa y tus libros. Cuando lo desees, puedes salir de mi vida.

—Oye, pero no tengo a dónde ir ahora.

—Bueno, no tengo prisa, no soy yo quien quiere irse. Si quieres, puedes quedarte por ahora, pero no quiero que esto se prolongue mucho, yo también quiero vivir mi vida.

Esa misma tarde, como por encanto, tuvo lista toda su documentación, actualizó su información. Estaba bien preparado académicamente: doctorado en psicología y, además, tres años de Sociología, así que estaba bien. Era un buen prospecto.

Al día siguiente, a las 7:50 horas, me aposté en el pasillo por donde todos los días pasaba el director administrativo. Eso lo veía desde el sexto piso del edificio donde yo trabajaba.

Y ese mismo día presencié una situación que me hablaba de la sencillez de ese hombre: estábamos dos personas cerca de un ventanal y, por ese pasillo, en cualquier momento, por las escaleras subiría el personaje que ambas esperábamos. La otra persona a quien yo conocía por algunas revistas, y que padecía enanismo, era conocida como una “gran investigadora en el campo de la fisiología”, y quizá su situación física la había llevado por ese campo de la investigación médica. En cuanto escuchamos pasos y voces, asumimos que llegaba aquel hombre. Ella, mucho más avezada

en esos menesteres, corrió hacia el señor. Es importante mencionar que la estatura de éste era cercana a los dos metros. Cuando tuvo a medio metro a la mujercita, se arrodilló ante ella, quien le extendió una invitación para que asistiera a la boda de su hija, que sería en fecha cercana. Ya no supe qué le contestó, pero se despidió de ella con un abrazo efusivo y un beso en la frente. La señora se despidió, el señor se levantó, sacudió ligeramente el pantalón en la zona de las rodillas y se levantó con gran facilidad. El señor era un atleta y también un buen político.

(En ese momento recordé cuando López Mateos participaba en un desfile y, desde su automóvil descubierto, se dio cuenta de que una anciana burló el cerco militar. Llevaba un ramo de flores para entregárselo y se cayó. Entonces él, felinamente, saltó del carro; ni siquiera perdió el tiempo abriendo la portezuela y corrió a recoger con sus dos potentísimos brazos a la bendita señora que yacía cuán larga era en la cinta asfáltica. Caminó hacia la acera y, con toda delicadeza, la depositó con suavidad, luego de un beso en la frente, en la seguridad de ese espacio. Obviamente, la gente se deshizo en aplausos. Eso era popularidad.)

Cuando me miró a mí, me extendió la mano para saludarme, me preguntó si había algo en lo que pudiera ayudarme y, caminando rumbo a su oficina, le expliqué que una persona muy querida por mí deseaba hacerle llegar su currículum vitae porque tenía mucho interés en ingresar a nuestra Institución. Tomó el fólder con los documentos y me preguntó qué formación académica tenía. "Doctorado en psicología por la UNAM y tres años de la licenciatura en Sociología que aún está estudiando..." Entonces vio los documentos y dijo: "Perfecto, está que ni pintado para un proyecto personal que estoy dirigiendo. Dígale que se presente mañana mismo en esta dirección", y sacó una de sus tarjetas personales, anotó una dirección y finalizó diciendo: "Ojalá todo mundo tuviera una formación académica como ésta. Bueno, pues si esto es todo, es un gusto serle útil", y volvió a extenderme su

mano para despedirse. Obviamente, aunque esperaba un buen resultado, esto rebasaba mi expectativa.

Cuando llegó la hora de la comida, nos encontramos mi compañero y yo, y cuando le platicué el desenlace de la entrevista, que concluyó con la tarjeta personal con la dirección anotada a mano, él tampoco podía creerlo. ¡No dijo nada! Sólo la tomó entre sus manos y lo vi pensativo, muy pensativo.

Al día siguiente estaba integrado a un grupo efectivamente distinguido y selectísimo. Lo formaban varios familiares y amigos del señor, todos egresados de universidades particulares, todos en cargos políticos y de la iniciativa privada, que incluían publicistas de medios televisivos. El objetivo era superinteresante: catorce años antes de una elección presidencial, iban a empezar a construirle una imagen congruente con este puesto. Sobra mencionar que los ingresos de este equipo de trabajo eran de alto nivel, muy alto nivel.

Entonces, mi compañero ya tendría excelentes ingresos y podría hacer realidad sus deseos con "la mujer de sus sueños". Así pues, volvimos a platicar y cuando recibió su primer cheque quincenal le dije: "Bueno, pues ya puedes tomar tu decisión y creo que ¡estás servido!"

Entonces bajó la cabeza y, con mucha tristeza, me confió que ahora estaba en un verdadero dilema, porque sentía que nos amaba a ambas y no sabía por cuál decidirse. Quizá yo representaba la seguridad y ella la novedad.

Para mí todo se complicaba, porque yo asumí que él se iría, y ahora, con esta posibilidad, pensé mucho. Yo no lo había rechazado, no había cambiado, seguía siendo la misma. Quien había encontrado otras perspectivas, era él. Entonces sugerí que lo pensara un mes, que podía seguir en la casa, pero pasado un mes o ella o yo, que no era correcto ni conveniente para una niña iniciar una vida con alguien complicado, y para mí tampoco. O ella o yo, pero ambas, ¡olvídalo!

Ese mes, cuando él vivía conmigo pero que pasaba los domingos con aquella jovencita en el parquecito, en la cafetería o en cualquier lugar, para mí fue una tortura, porque durante siete años había sido mi compañero, habíamos ido a la universidad juntos, nos divertimos y conocimos mucho del mundo juntos; todo lo habíamos compartido de una manera bellísima.

Lloré mucho también por su terrible indecisión, pero el mes se pasó rápido y, de pronto, así como cambió unas semanas antes, volvió a transformarse. Permanecía en la casa. Volvimos a salir juntos. Como si no hubiese sucedido nada. Mientras tanto seguía trabajando con el grupo de la imagen presidenciable a largo plazo.

Pasados algunos meses, le pregunté qué había sucedido con “la mujer de sus sueños”, y me dijo que había resultado ingobernable, insufrible, intolerable, que estaba haciendo un trabajo de investigación entre las prostitutas de La Merced y que de pronto empezó a vestirse como ellas y a hablar como ellas, y cuando se lo hizo notar, se enfureció y le dijo que no entendía el espíritu de investigadora que ella poseía y que, por lo tanto, al actuar como si fuera su padre, decidió mandarlo con cajas destempladas. Sobre todo era un hombre viejo que no entendía a una mujer joven (le llevaba casi catorce años) y así acabó ese sueño para él.

Tiempo después este grupo de “imagen presidenciable” se desintegró: todos los participantes fueron reubicados en la institución. Así, mi compañero se quedaba conmigo, y ahora, sin protestar mucho, como un burócrata. Así permaneció exactamente veinticinco años.

Durante este conflicto, todo mi sufrimiento y mis conjeturas los manejé sola. No podía confiárselas a nadie. Creo que sólo podría escuchar reproches o, peor aún, quizá yo misma no estuviera tan dispuesta a escuchar.

No lo sé, pasados tantos años, si ahora volvería a tomar la misma decisión. Creo que sí. En ese momento tomé las mejores decisiones de acuerdo con mis propios valores, mis conocimientos,

mi convicción del bien. No quería retenerlo a la fuerza; le di todas las facilidades para que se fuera si así lo decidía, y yo sólo esperé... y permaneció a mi lado, o casi, el resto de su vida.

Dos años más tarde tuvimos nuestro primer hijo, y dos y medio años después, nació el segundo y último.

Estos dos hechos fueron dos momentos de los más hermosos de mi vida, porque ambos fueron resultado de decisiones conscientes. Yo tenía veintinueve años cuando nació el primero y treinta y uno cuando el segundo.

Y fue precioso ponernos de acuerdo sobre su educación, lo que haríamos y lo que evitaríamos. Desde siempre, mi compañero decía: "Es importante usar con los niños la 'suave firmeza'. Que siempre perciban tu autoridad o la mía o la de ambos, pero que nunca, nunca, nunca nos vean discutir sobre alguna de nuestras decisiones respecto a ellos, porque les crearemos neurosis. No sabrán a quién obedecer o seguir, o se aprovecharán de esa debilidad. Otra cosa: que jamás el menor 'herede' ropa del mayor, así sean chamarras, suéteres o lo que sea, por muy valioso o útil que pudiera parecer. Y, lo mejor de todo, nunca los tratemos como tarados o retrasados mentales hablándoles como si nosotros lo fuéramos. El bebé puede escuchar perfectamente, y si hablamos con propiedad, así aprenderá, con propiedad. Otra reglita: que nunca el mayor se responsabilice del menor, porque es horrible que te enjareten el consabido mensaje 'cuida a tu hermanito, tú eres el hombre de la casa', o algo por el estilo y, por último, que no se nos olvide: nosotros estamos decidiendo traerlos a este mundo, así que nuestro amor, nuestros actos, llevarán lo que se consideran las características del amor: conocimiento, cuidado, responsabilidad y respeto" (era la definición de Erick Fromm).

Y así fue siempre. Asumimos que éramos los responsables de proveer de todo para que ellos logran su desarrollo total.

Nuestra asistencia a servicios religiosos se reducía a la concurrencia esporádica, pero siempre respetuosa y atenta, suscitada

por actos familiares o amistosos, como un bautizo, una primera comunión, un casamiento. No los buscábamos, no los fomentábamos, no formaban parte de nuestra rutina. Cuando nacieron los hijos, la idea fue: "Que cuando crezcan, adopten las ideas que más les convengan", y así fue. Los hijos decidieron, ya mayores, a punto de casarse, que si sus parejas les pedían unirse por la religión católica, cumplirían sin restricciones todos los requisitos necesarios para satisfacerlas. Así, unos meses antes de casarse, tanto Eduardo como Emiliano, cumplieron al mismo tiempo con el ritual de bautizarse, confirmarse y hacer su primera comunión. Fue su decisión y toda la familia de mi compañero apoyó para que se llevara a cabo este propósito en un ambiente de absoluto respeto y acatamiento a los deseos de las jóvenes: mis futuras nueras.

Nuestra relación familiar estaba saturada de libros, de lecturas, de asistencia a actos culturales maravillosos, como exposiciones especiales en los museos de Antropología e Historia, el Moderno, San Carlos, los corredores de Reforma, etc. Eran de especial gusto, porque así lo habíamos hecho antes, la asistencia a conciertos de música folclórica de todo el mundo: soviéticos, chinos, sudamericanos; de Chiapas, Tamaulipas, Yucatán, etc., aun cuando la señora folclorista número uno, la ex primera dama, ya no lo fuera, había dejado la inquietud y sembrado un gusto por todo lo que ella promovía.

Cuando pudimos, nuestras vacaciones fueron a cualquier playa, en particular había predilección por Mazatlán, La Paz, Cozumel, Acapulco, y a veces a Oaxtepec, Morelos.

La vida con los hijos fue una etapa hermosa, de las más bellas de mi vida.

Los logros de mis hijos eran preciosos y precisos, era la correspondencia perfecta al esfuerzo constante, cotidiano, de ambos lados; al amor de ambos lados, padres e hijos. Nada se descuida, "soy tu proveedor", pídemelo lo que necesites; lo tienes. ¿Tiempo? Lo tienes. ¿Libros? Los que necesites. ¿Uniformes? Aquí están.

¿Apoyo cuando no entiendes el proceso de obtener raíz cuadrada paso por paso? “Trae el Baldor de Aritmética, allí está. Vamos haciéndolo paso a paso hasta que lo recuerde bien y le entendamos juntos, ¿sale? ¡Sale y salió!

¿Calificaciones? Excelentes. Bien, entonces ¡vamos bien! Sigamos así.

—¿Sabes, mi hijo? Estudia, no somos empresarios, no podemos heredarte una empresa. No podemos enviarte al extranjero para hacer un doctorado, así que aprovecha lo que te estamos dando.

—Ya entendí, papá; ya entendí, mamá... en eso estoy.

En la casa se definen perfectamente las funciones, las actividades: nosotros, como padres, tenemos la obligación de trabajar, de aportar recursos para la casa; la obligación de ustedes es aplicar de la mejor manera esos recursos, y se logra a partir de esa comunicación clarita, precisa, indudable.

La señora que nos ayuda en casa, en nuestra ausencia es la responsable de ustedes y de lo que aquí suceda, ¿estamos de acuerdo?

Y así sucede. Hay respeto, hay disciplina.

Cuando van creciendo, se cambian los muchos juguetes por el acuerdo de que ese año, cuando uno tiene once años y el otro nueve, habrá una computadora en casa y será para ellos; empezarán a tomar cursos de computación y así sucede.

Todo es hermoso, y a veces también hay calambres y retortijones: cuando el más pequeño, a los cuatro años dice “quiero ser astronauta”, resulta muy simpático, porque además, como alternativa, quiere ser bombero, presidente de la República, rey mago, o mariachi. Pero cuando el “quiero ser astronauta” lo repite a los once, cuando va a salir de la primaria, y a los catorce, cuando egresa de la secundaria, e insiste a los diecisiete cuando va a egresar de la vocacional, se sienten maripositas en el estómago. ¿Cómo decirle que “aterrice”, que no somos un país que tenga la tecnología para lograrlo y, sobre todo, que no tenemos los recursos

para llevarlo hasta ese punto? Es difícil lograr el razonamiento correcto.

El hijo mayor quiere estudiar sistemas computacionales, y ahora hay muchas instituciones para lograr este propósito, pero él percibe los problemas que hay entre los padres, las discusiones frecuentes por “quítame estas pajas”, los silencios prolongados en la otrora mesa de disfrute a la hora de tomar alimentos, y quiere hacerlo lejos de nosotros, donde evite los ataques epileptiformes bimestrales, que coinciden con los exámenes en la vocacional. Los especialistas dicen que no hay problemas físicos, ni funcionales, que “le demos sus nalgadas” para que reaccione. ¿Nalgadas a un joven de diecisiete años? Había algo más profundo. ¡Claro que percibían lo que estaba sucediendo entre nosotros!

Así que, cuando dice, quiero ir a la Universidad de las Américas, no la que está a tres calles de la casa, aquí en la ciudad de México, sino a la de Puebla, hacemos cuentas y decimos: “Nos alcanza. Como soporte tenemos el dinero que se iba a destinar para el enganche de un departamento. Que se vaya, que estudie donde desea”.

Estamos de acuerdo. Y se va. Y ocupa aquella casita que empecé a construir con recursos a los que, por fin, llamo propios. Construí, después de comprar aquel terrenito que nadie quería y que mi padre insiste en que compre, porque “si tu marido no quiere comprar casa propia, tú cómprate un cacho de tierra al que llames tuyo, de donde nadie te corra. Mira, si no te alcanza, te presto y poco a poco me reintegras el préstamo”. Y le hago caso, lo compro y el padre de mis hijos jamás lo visita.

Aquel criterio de “yo, ¿ser burócrata?”, también aquí se impone: “¿Yo, comprar un terreno en ese lugar tan alejado? ¿Yo, tener una casa? No la necesito. Cuando muera, no me la voy a llevar. Prefiero seguir rentando...” Y así fue siempre.

Cuando el hijo la habita, es un “cuarto redondo de siete por siete”, como aquellas cabañas de Oaxtepec donde tantas veces

estuvimos y donde éramos tan felices, donde podíamos estar hasta diez días seguidos. Nadábamos, trotábamos, caminábamos todos, poníamos hamacas.

Como diría un argentino: era un departamentito de un solo ambiente. Diseñado por un arquitecto, habitable ciento por ciento: baño completo, cocina integral, cisterna, patio de servicio y, lo mejor, un ventanal hacia un jardín de trescientos metros cuadrados con árboles frutales, en una calle arbolada y a cinco kilómetros de la UDLA. Y lo mejor: nuestro.

Cuando el padre lo conoce, se sorprende y dice: "Yo puedo financiar otro tanto igual; que se haga. Y cuando esté listo, se abre la pared y hay espacio duplicado". Y se hace. Tendremos cien metros cuadrados construidos.

Ya estamos hablando de "mis recursos", "tus recursos"; ya no se dice: "los recursos de la familia, y sólo yo decido cómo se gasta", como se hizo durante muchos, muchos años.

Y así, tenemos un hijo en la UDLA y otro en la vocacional del IPN, al que, cuando le pedimos que "atterrice" sus sueños y estudie lo que en el futuro cercano lo acerque a su ideal, dice: "Aeronáutica en el IPN". Y el promedio altísimo le asegura un espacio en esta escuela.

Llega la conclusión de la vocacional, y es invitado a conocer las instalaciones de la UDLA y, cuando conoce los laboratorios de Electrónica dice: "Yo también quiero estudiar aquí. Mira qué laboratorios, mira, esto me acerca a mi sueño".

Entonces ya no son maripositas, ahora son murciélagos dentro y fuera.

¿Cómo decirle a un hijo que sí y al otro que no? ¡Qué decisión tan amarga! Y hago cuentas.

Sí, ahora que me jubile, voy a disponer de esto, más aquello, más los otro, y puedo economizar aquí y puedo reducir estos gastos más allá. Sí, sí puedes estudiar en la UDLAP, y hago cuentas y, si logras una beca, y si... y si...

Hago y hago y hago cálculos, y me doy cuenta de que el padre tendrá que seguir trabajando en la ciudad de México. “Yo puedo aportar el veinticinco por ciento, y el resto es boleto tuyo...”, y recuerdo todo lo que he aprendido. Aunque nos estamos distanciando, lo último que se me ocurre es acabar de fastidiarlo. Quiero estar en paz, que viva su vida lo mejor posible; y yo, después de jubilarme, quiero irme con mis hijos a Puebla. Así, cuando menos entre semana, cinco días tú estás en paz y yo estoy en paz. No hay motivos de agresión y todos en paz.

Y así le hacemos, y es maravilloso.

Pero el infiernito se hace cuando, después de trabajar toda la semana en la ciudad de México, va a Puebla a reunirse “con sus hijos”. Yo soy un cero a la izquierda, sólo existo como estorbo, como motivo de conflicto.

Cuando llega, más o menos a las seis y media de la tarde del viernes, desde que entra por la reja coloca las manos detrás del cuerpo y empieza a notar que todo está fuera de lugar: “La manguera no está enrollada, la escalera está fuera de su sitio, hay hojas de los árboles acumuladas en la entrada, esto está muy sucio”.

Cuando se acerca a la mesa, los hijos ya lo han besado, han intercambiado abrazos, apretones de manos, han tomado la maleta con ropa sucia y la han llevado a su lugar.

Le ofrezco comida. Si hay frijoles aguados, él quiere refritos; si hay refritos, él quiere aguados; si hay de los dos, qué desperdicio; si no hay, qué desconsiderada, a sabiendas de que le agradan, y así, percibo que sus ganas de fastidiar no tienen fin. A todo le pone “peros”, a todo le encuentra motivo de disgusto.

El 14 de enero de 1998 me senté en la salita a media noche. Ellos, después de ver la televisión, de ver programas que les provocan risas, deciden irse a dormir. Yo no puedo acostarme. No puedo aceptar una caricia a sabiendas de que se llama costumbre y que me insulta después de percibir tanto desagrado. Prefiero

estar sola, que él no esté cerca de mí, que se vaya, que se vaya. ¿Cómo decírselo, cómo pedirle que se aleje?

Ya es la madrugada. Entonces escucho que el padre le dice al hijo más joven:

—Por favor, ven a acostarte conmigo. Deja esa cama para tu madre porque, según parece, no quiere acostarse porque estoy yo. Pero que no se preocupe, mañana recojo mis cosas y me voy a mi casa.

Y, entonces, con el mismo volumen de voz, contesté:

—¿Y por qué mañana si hay autobuses toda la noche?

El silencio, que de por sí era profundo, en ese momento se hizo mucho más. Pasaron unos segundos o minutos, y volvió a decir:

—Peeero traigo parte de la colegiatura de los hijos.

(él, veinticinco por ciento; yo setenta y cinco por ciento; ese fue siempre el acuerdo, por eso mis apreturas). Y volví a contestar:

—El dinero no es para mí. Si quieres dejarlo, déjalo; si no, es tu decisión.

—Es que hay que ir al banco mañana...

—Pues que uno de los muchachos te acompañe.

Nunca supe cuántos minutos pasaron desde que este diálogo, escuchado por mis hijos, se llevó a cabo y que su padre cogiera la maleta y, con los pasos más lentos que yo hubiera visto nunca, se dirigiera al zaguán sólo para regresar y decir: "No tengo llaves..." Le extendí las mías, desde allí, desde el sillón de la salita, frente a la TV, sin decir una palabra. Fue otra vez hasta el zaguán, abrió, me devolvió las llaves, salió y se fue.

Los dos años siguientes a este 14 de enero, fueron ricos en acontecimientos.

Sigo con apreturas económicas, me faltan setenta y cinco mil pesos para cubrir bien las dos colegiaturas. Son tres años durísimos en los que hay que pagar dos colegiaturas traslapadas, dos años al principio y dos al final en los que se paga sólo la de uno de ellos. Allí si puedo, pero con dos, está complicado.

El mayor no tramita beca: "No quiero estar presionado, los becarios sufren mucho. Se les exige, y si les falta un punto para llegar al promedio, por un puntito la pierdes y sufres mucho. Por favor, no me pidas que tramite beca, a pesar de mi buen promedio. No quiero otra vez ataques epileptiformes, ayúdame, no me presiones". Y entiendo y ayudo, pero la presionada soy yo.

El hijo más joven intenta tramitar beca, pero tenemos la desgracia de poner como referencia a un familiar que, cuando le preguntan dónde vivimos, dice: "En una zona rica, viven en una zona rica, tiene casa propia, no necesita beca". Eso no lo sé de inmediato, sólo sé que el resultado no llega. Me entero dos años después, cuando de manera "confidencial" me explican el motivo y, entonces, les anexo a mi nueva solicitud, la petición de que realicen una visita personal y verifiquen nuestros datos; que visiten la zona donde vivo, que conozcan mi residencia y las condiciones en que se desarrollan mis hijos.

No es lo mismo vivir dentro de la zona rica, que sólo colindar con la barda de la zona rica. Y nuestros mayores tesoros son el jardín con arbolitos frutales, libros y dos computadoras, una para cada hijo. De allí en fuera, nada extraordinario.

Pero mientras llega la beca, es importante que cuente con setenta y cinco mil para asegurar las dos colegiaturas, y es en ese año justamente, en 1998.

En una cartulina anoto todos mis cálculos, mes por mes, de tres años. Los desgloso y coloco en la ventana el cartel, encima del fregadero, donde paso mucho rato, sobre todo los fines de semana, lavando con agua tibia los trastes del desayuno, de la comida y de la cena, y disfruto la caricia del agua y la idea de que ya tengo ese dinero. ¿Cómo? No sé. ¿De dónde? No sé. Sólo sé que tengo ese dinero en las manos y se acaban mis preocupaciones... Y disfruto la idea, y me gusta lavar los trastes y me pongo una grabadora cerca y coloco mi música predilecta y disfruto todo, el

agua tibia, la idea de la abundancia, la música, casi, casi como que si estuviera en éxtasis.

En eso estoy, cuando un ex jefe me habla por teléfono y me dice que le ha costado mucho trabajo contactarme, pero que hay un trabajo que sólo yo puedo hacer: “¿Estás disponible? Siempre te distinguiste por tu sentido de responsabilidad, sabes documentar sistemas, sabes hacer buen material de capacitación, sabes capacitar y, sobre todo, está tu sentido de responsabilidad. Lo que se te asignaba lo concluías, y eso es lo mejor de ti, tu sentido de responsabilidad. Tengo un proyecto en Lima, Perú. Necesito alguien de mucha confianza que no me falle, y he pensado en ti. No puedo pagarte mucho, pero te puedo pagar por dos personas y, desde luego, tendrás que generar los resultados de dos personas, trabajar doble. ¿Te convendría? Te puedo pagar 125 000 por cinco meses de trabajo. Eso sí, vas por dos y trabajas y rindes por dos, ¿está claro? ¿Lo quieres pensar o me das tu decisión de inmediato? En caso de que lo quieras pensar, tienes hasta mañana a esta hora para decidir, y para que yo también tome otras decisiones con oportunidad”.

Le pedí las veinticuatro horas porque me gustó la idea de comentarlo con mis hijos y con su padre que, en mi ausencia, estaría más cerca de ellos.

Así lo hice. La respuesta a mis plegarias llegó. No sólo los setenta y cinco mil, sino un poco más. Logré el consenso de mis hijos y de su padre que, desde luego, aceptó regresar cada fin de semana a la casita de donde él mismo decidió irse.

Mi estancia de cinco meses en Lima, efectivamente, implicó trabajar desde las nueve hasta la una o dos del día siguiente. Me creí la responsabilidad y le apliqué todo el tiempo, incluyendo sábados y domingos. Cuando esto sucedía, gobernaba el señor Fujimori. La gente aún le admiraba por haber metido en cintura a la guerrilla. El señor Montesinos era respetado, pero más temido que respetado, muy temido. En la calle aún persistía el temor de

hablar con extraños, de hacer grupos de más de dos personas. Así que era mejor no buscar la mirada de nadie, no preguntar a nadie. El camino, cuando más, podía hacerse de dos en dos, nunca más de dos. Todas las transacciones se hacían en dólares, y cada vez que se pagaba cualquier cosa, se exigía identificación y se anotaba de quién procedían.

Pero fue maravilloso. Nunca sentí cansancio, ni un trato injusto o difícil. ¡Yo decidí ir, decidí aceptar el reto! Eso resolvía mi angustia por no tener el dinero de las colegiaturas. Eso era mi salvación, y el hecho de que los hijos pudieran seguir estudiando sin la presión de ser becarios.

Y, lo mejor, me sentía importante. Me habían buscado para ofrecerme el trabajo. Estaban haciendo referencia a mis resultados, a mi historia laboral. ¡Era maravilloso!

Esta etapa, este trabajo, encierra mil enseñanzas y mil motivos para sentirme honrada por la vida, dignificada en mis esfuerzos y en mi amor por los míos. ¿Cómo no sentirme agradecida? Muchos de mis aprendizajes están reflejados en este logro: pensaba en el bien, y todo resultaba bien.

Finalmente, regresé con cien mil. Procuré vivir en casas de huéspedes que eran mucho más baratas que hoteles y, en ese lapso, disfruté la comida vegetariana que, como premio adicional, resultaba más barata que la dieta cárnica.

Desde luego, cuando había algo que celebrar, pues consumíamos lo mejor que se obtenía allá: productos del mar, que además eran baratísimos.

Todos los días caminaba cuando menos seis kilómetros: para llegar a la oficina, para ir a comer, para regresar por la tarde y cuando salía en las madrugadas.

Para las reuniones con funcionarios peruanos se había decidido que primero nos reuniríamos en la oficina y de allí partiríamos juntos.

Parte de los recuerdos que he traído a mi memoria, y que me han producido un agradecimiento enorme, está en percibir una

situación afortunada. Ya mencioné el terror que aún se percibía en la población; sin embargo, decidí que salir de la oficina en la madrugada me permitía dormir en una cama muy merecida, asearme temprano, desayunar lo de todos los días: yogurt, fruta y un poco de cereal, y alistarme para iniciar el día descansada, energizada y plena.

A la semana de estar allí, ya había encontrado una casa de huéspedes que daba al parque San Isidro, un olivar bellissimo, totalmente céntrico, formado por unas veinte hectáreas y que estaba más o menos kilómetro y medio de nuestra oficina.

Para caminar de la oficina a la casa de huéspedes, decidí transitar por la avenida más iluminada que había, así era más seguro.

La primera noche que salí en la madrugada, fui detenida por una patrulla en una zona muy iluminada, casi a cincuenta metros de la oficina.

—Por favor, ¡deténgase! —me ordenaron desde dentro del vehículo.

—Con mucho gusto —respondí, mirando hacia la patrulla.

Se bajó uno de los ocupantes, y percibí que durante el tiempo que me interroga, mantiene su mano sobre un arma que lleva en la cintura.

—¿Qué anda haciendo a esta hora por aquí?

—Soy mexicana, estamos desarrollando sistemas de información para el Ministerio de Salud. La oficina donde trabajo está a media calle de aquí y estoy alojada en el otro extremo del Olivar San Isidro.

—¿Se puede identificar?

—Por supuesto. Aquí está mi pasaporte, una copia de la carta de presentación al ministro de Salud, y si usted gusta acompañarme, le puedo mostrar donde estamos trabajando. Estamos a cincuenta metros de la oficina. Estoy a sus órdenes.

Se acerca al policía que está dentro de la patrulla, algo le dice y regresa conmigo.

—Me parece bien, lléveme a su oficina.

Desandamos los cincuenta metros que nos separan de la oficina. Tengo un juego de llaves porque soy la primera en llegar y la última en salir. Le muestro nuestra área de trabajo donde hay diez computadoras, un cronograma gigante, una sala de juntas donde nos reunimos con los peruanos para el trabajo conjunto, una pequeña cocineta bien surtida, donde hay agua, café, té, galletas, un poco de fruta y muchas tazas.

Le comenté que aquí trabajábamos, a veces diez personas, a veces cincuenta, que concluiríamos en cinco meses, aproximadamente.

El policía revisa muy por encima lo que hay sobre la mesa de trabajo, los hojear.

—¡Qué bien que estemos trabajando juntos! ¡Ojalá que les vaya bien!

Le pregunto si hay algo más que quisiera saber. Dice que no.

Cierro la oficina con llave. Llegamos hasta la calle. Me extiende la mano y dice:

—¡Que tenga buena suerte! Gracias por la información, buenas noches.

Retomo mi camino esa noche, y así, durante los cinco meses que permanecí en Perú, una patrulla cuidó mi regreso de la oficina a mi casa de huéspedes en la madrugada.

Nunca supe si eran los mismos hombres, si era la misma patrulla, sólo sé que caminaba con mucha seguridad el kilómetro y medio que me separaba del deber cumplido diariamente a mi descanso nocturno.

Esos hombres se volvieron mis ángeles guardianes.

¿Cómo no repetir tantos motivos de gratitud?

¡Nunca, nunca, nunca, me he sentido en peligro! Siempre me he sentido protegida, cuidada, benevolentemente apoyada. ¿Puedo dudar?

Y en este punto es importantísimo que mencione mi forma de caminar.

El Centro Escolar donde estudié la secundaria y concluí la preparatoria era semimilitarizada, es decir, teníamos que practicar la marcha todos los días, y tres veces a la semana hacíamos deporte en las preciosísimas instalaciones que tenían desde guardería, kínder, primaria, secundaria, preparatoria, y talleres y de lo mejor, en sus espacios deportivos: gimnasio, alberca, cancha de fútbol, sus pistas...

Por lo tanto, aprender a marchar para desfilas por las calles de Puebla era vital.

El porte era importante: cabeza en alto, hombros hacia atrás, pecho ligeramente adelantado, mirada al frente y las pisadas, era importante que fueran firmes.

Después supe que la actitud corporal dice mucho de cómo somos, y elegí mostrarme segura, activa, decidida y claro que esto siempre me ayudó.

Con frecuencia era necesario caminar de madrugada, sola, porque el trabajo así lo requería. Si era posible, usaba pants, tenis o, cuando menos, zapatos muy cómodos. Y haciendo memoria, ese "caminar derecho" era literal y metafórico. Lo vimos en nuestros padres, así, cuando ambos fallecieron, a los noventa y cuatro y noventa y siete años, tuvieron el privilegio de tener una estructura ósea que describía que vivieron derechos. Adicionalmente, mi madre, respecto a mi peinado insistía: "Que tu frente esté despejada, que se vea limpia, que refleje tus pensamientos".

¿Cómo no agradecer todas estas enseñanzas? ¿Cómo no percibir todos estos privilegios?

La comunicación con mis hijos durante ese periodo fue extraordinaria. Todos los días, en la madrugada, lo último que hacía en la oficina era enviar algún mensaje vía internet, y todos los días disfrutaba uno o dos mensajes de los hijos. Después de aquella época no ha vuelto a suceder con tal frecuencia. ¿Tendré que volver a viajar?

VIII

ACTIVIDAD EN MI COMUNIDAD

Cuando compré el terrenito que mi padre sugirió que adquiriera para que tuviera un lugar al cual llamar “mío”, descubrí que era un terreno de cuatrocientos cincuenta metros que pertenece a una zona ex ejidal que, por estar ya dentro de la ciudad de Puebla, está en proceso de regularización a través Corett (Comisión para la Regularización de la Tenencia de la Tierra). Está a trescientos metros de la Recta, vía que conduce a la UDLA, a doscientos metros del río Atoyac y me gusta.

El terreno aún conserva varios árboles frutales, y así tengo limones, limas, peras y granadas. Está casi abandonado. La familia que lo vende tiene dos años de intentarlo; ya se han deshecho de casi toda la manzana que poseían. “Los bienes son para resolver los males”, y cuando el jefe de familia, que era policía rural, enferma, tienen que vender casi todo para atenderlo. El señor ya falleció, ahora quieren ese dinero para enviar a las nietas a un colegio particular. Así que acordamos el precio y definimos fecha para formalizar el pacto con las autoridades ejidales.

Desde luego, la compra, el trámite y cualquier plan es sólo mío. La declaración tajante de “a mí no me interesa” de parte de mi compañero, como muchas otras similares y cada vez más frecuentes, me dan la idea de que estoy actuando bien.

Pago el terreno con recursos propios, lo legalizo y pienso en la construcción. Un amigo, arquitecto que vivió en la misma zona donde crecimos, me ofrece sus servicios y le comento que me gusta

la idea de las cabañas de Oaxtepec: luminosas, amplias, donde los sillones de día, se vuelven camas en la noche y así hay más espacio para todo, aún cuando el espacio es pequeño. Desde luego, hay espacio para un baño completo, una cocineta y áreas de servicio.

La privada donde compré el terreno, está preciosa. Arbolada, y enfrente, formando una tupida y bellísima cortina, casi toda una manzana cuyo dueño pronto será mi amigo. El mismo se presenta como el Loco.

¿Por qué el Loco? Es universitario, estudió Psicología y conoce a mi compañero. Él fue su maestro. Cuando compró este terreno, inició la siembra de cinco mil arbolitos, "sus hijos", en toda la colonia. No sólo en su calle y las aledañas, también en otras, y cuando se daba cuenta de que por negligencia dejaban morir a uno de "sus hijos", se enojaba y ¡se enojaba mucho! Y si los dañaban, ¡también se enojaba mucho! Por eso era el Loco. Como parte de su familia biológica, él tenía dos niños pequeños, por lo tanto, en su terreno colocó juegos infantiles, y cuando los vecinitos le pedían que abriera su zaguán para jugar allí, él, con todo amor, delicadeza y respeto, les permitía el acceso. Y periódicamente limpiaba las calles para que el agua fluyera bien, sobre todo en época de lluvias. Y estaba pendiente de la seguridad y de las luces y de la energía eléctrica y de la pavimentación de calles. Sí, está loco desde el punto de vista de otros, porque no cobra, porque todo lo que hace es en su tiempo libre, porque no consume alcohol, porque no fuma, porque busca el bien de la colectividad sin estar afiliado a un "ismo". Es diferente, casi santamente diferente. Cuando pienso en todo esto, quisiera que hubiera más locos como él.

Y como la locura también se contagia, pues adquirí un poco de ella y me hice el propósito de solicitar al H. Ayuntamiento de Puebla que, con base en que pagamos impuestos, a sus planes de trabajo, etc., pavimentara algunas calles que hasta mortal resultaba transitarlas cuando llovía. Se formaban verdaderos ríos que podían llegar a arrastrar personas, y había que adivinar dónde había

zanjas o pedruscos enormes. A mí siempre me conmovió ver a madres de familia con un bebé en brazos, jalando a otro pequeñito, cargar bolsas y todavía sortear estos ríos y los chubascos. Sobre todo porque había calles con mucha pendiente por la cercanía al río Atoyac.

En 1999 inicié este trámite. En 2007, después de cientos de vueltas, de redactar cientos de comunicaciones, de llevarlas a cientos de lugares, me di por vencida. Guardé todos los documentos en cajas y, cuando estaba a punto de echarlas a la basura, una tarde de enero tocaron en el zaguán. Una persona preguntaba por mí. Me presenté y le pregunté qué se le ofrecía. Me dice que es un médico, vecino nuestro, que vive en la zona rica, y que le encantaría hablar conmigo, ya que sabe que soy la responsable de la pavimentación de las calles. Intento sacarlo de su error. Le digo que durante ocho años hice trámites que no fructificaron, y que como ya me cansé, ya no estoy haciendo nada en ese sentido. Le comento que en dos ocasiones “hasta salieron reportes de obras concluidas”. Ya no quiero seguir perdiendo mi tiempo.

Me insiste en que él es representante de los vecinos ricos que colindan con los vecinos de este lado, y que pueden aportar de inmediato su cincuenta por ciento si buscamos que se haga en el rubro de “Obras por cooperación”. Desde luego, a él le conviene porque tiene su consultorio y quiere abrir un zaguán sobre una calle que esté pavimentada, no donde haya cráteres. Y me invita a una presentación de los tratamientos médicos que está haciendo, para ese mismo día. Asisto con mucho gusto y descubro nueva tecnología, nuevos conocimientos, una nueva forma de tratar enfermedades. Se inicia el proceso de curación con desintoxicación: limpieza de órganos, aparatos y sistemas (sobre todo del aparato digestivo), reforzamiento del sistema inmunológico y hasta técnicas de rejuvenecimiento.

Me sugiere que no desista del propósito de pavimentar las calles, que él me va a ayudar en todo lo que pueda, quizás hasta

acercándome a contactos que nos faciliten la tramitología. Acepto y reanudo los oficios y las reuniones y las untadas de atole con el dedo de “ahora sí les vamos a hacer caso”, hasta que encuentro a alguien que, efectivamente, nos hace caso.

Se hace el presupuesto, se define casa por casa, dependiendo del frente que cada uno tenga, cuánto nos tocará pagar. Y ya estamos en esto, cuando mi vecina, la señora que me vendió el terreno que adquiriré, empieza a colocar una barda en lo que sería la banqueta. Cuando le comento que lo que está haciendo es incorrecto —porque conozco las colindancias—, se enoja mucho conmigo.

Unos días después, cuando paso por su casa, sale con una cadena y, blandiéndola, me amenaza: “Antes que quitar mi barda, yo te mato”.

¡Ah, caray! No era para tanto, pero hay mucha violencia en esta hija de... ex policía rural que ha golpeado a todo mundo, incluido a mi amigo el Loco. No me gusta, pero tampoco vivo aterrada. Casi lo olvido, pero ocho días después, cuando camino frente a su casa, pasa con su automóvil y lo coloca tan cerca de mi persona que sólo hay como diez centímetros entre mi cuerpo y su ventanilla, y ahora sí, estoy contra la pared. Esta vez siento miedo, porque acaba diciendo: “Lástima que haya testigos, si no, aquí mismo te apachurro”. Ahora sí me asusté. Había intentado atropellarme.

Esa noche no pude ni dormir. Recordé muchas opciones y, al día siguiente, acudí a un gimnasio de taekwondo. Al hablar con el responsable, le expliqué que me urgía tener buena condición física para poder correr. Cuando le expliqué la situación, el profesor Noé, entre otras cosas bellísimas, me dijo lo siguiente mientras tomaba mi mano y me pedía que cerrara el puño:

—¿Ya vio usted qué puños tiene? Se ve extraordinariamente fuerte y potente. ¿Alguna vez los ha usado?

—¡Claro que no! Por supuesto que no. Ni cuando tenía diez años y era costal de entrenamiento de mis hermanos.

—¿Y sus codos? Bien usados pueden ser un arma estupenda. Y su frente, ¿sabe usted que es un hueso durísimo? ¿Y las rodillas? ¿Y los pies?

—Ah, ¡jijo! ¿Así que puedo ser un arma ambulante?

—Pues sí, sólo que está oxidada... o x i d a d a ... o x i d a d a.

—A ver, maestro Mario, empiece a ayudar a nuestra nueva alumna. El maestro Mario es instructor de taekwondo y posee el nivel de cinta negra.

Y así, en poco tiempo, se dieron muchas situaciones. El conocimiento del doctor Romo, la pavimentación de mis calles, la mejoría de mi salud a través de su tratamiento maravilloso, las amenazas, descubrir mi potencial físico, renovarme y enamorarme.

Desde luego, la pavimentación de las calles se dio entre muchas dificultades: no todos cooperaron. La diferencia, finalmente, fue cubierta entre el doctor Romo y mi chequera; mi vecina se amparó y ganó un metro y medio de banqueta, ahora como parte de su propiedad; mejoré mi salud y me enamoré.

(Aún hay muchos pendientes: sueño con tramitar un puente peatonal que facilite el cruce de los muchachos de esta zona que acuden a las escuelas citadinas del otro lado del río Atoyac.

Geográficamente, en línea recta, el kínder, la primaria, la secundaria técnica y las preparatorias están a trescientos metros. Por la vuelta enorme que debe darse, se recorren dos kilómetros o más, y lo menos fácil: hay que caminar por la recta Puebla-Cholula que se ha tomado como pista de carreras. Es un pendiente mío. Sé que se salvarán muchas vidas con ese puente...)

Así que, para octubre de 2008, me percibí libre, exitosa y el proceso de desintoxicación estaba dando resultado. Todo mi organismo se liberó de muchas toxinas y mucho peso (bajé veinticinco kilos, de noventa y cinco a setenta). Se desbloqueó mi sistema circulatorio, las hormonas me funcionaban mejor, tanto, que la imagen de un varón empezó a inquietarme. La posibilidad

de iniciar una nueva vida, de tener una pareja estable no me pareció mala idea. Eso coronaría una buena vida, una vida fructífera. ¡Estoy viva! ¡Estoy viva!

IX

PÉRDIDAS Y NIDO VACÍO

Laboralmente fui una mujer exitosa. Logré aprender, logré producir, logré mantenerme al ritmo de trabajo colectivo. Y mi esfuerzo fue reconocido con una pensión con un excelente nivel de acuerdo con mis capacidades. Todo el tiempo estuve estudiando lenguajes de computadora, lenguajes de control, técnicas para desarrollar sistemas de información, procedimientos administrativos. Y todo esto, simultáneo al trabajo. Así que fue un trabajo excelente que se tradujo en una disciplina constante y una remuneración de personal altamente especializado.

Si no logré más, fue porque en un momento dado estuvo presente mi deseo de atender a mis hijos, sobre todo en los momentos más vitales de su vida escolar. Había que sentar las bases de disciplina, de amor al estudio, aprender a estudiar. Con mucho orgullo he dicho que cursé tres veces la primaria, la mía y las dos de mis hijos. Con ellos hice tareas de español, inglés, matemáticas. Hice énfasis en despertarles el gusto por la lectura. Yo leía algún libro y luego les platicaba algún trocito: así les di a conocer a Borges, les induje a la ciencia ficción, que ahora siguen cultivando. Cuando yo no podía, se les acercó lo que necesitaban: desde los tres años de edad tuvieron maestra de inglés; después, se contrató a un pariente matemático para que les resolviera dudas de ecuaciones. Cuando eran muy chiquitos, se les llevó a cursos de computación en el museo de la Comisión Federal de Electricidad y la Facultad de Administración de la UNAM. Esto fue precioso, porque los

trataron como adultos: una computadora por asistente, minutos de descanso cada hora en los que había galletitas, frutas y refrescos. Todo era totalmente profesional.

Fuimos buenos padres. Les dimos a nuestros hijos lo mejor que tuvimos, lo que supimos, lo que consideramos mejor. Sólo una vez hubo un golpe físico que después produjo sentimiento de culpa; fue dado pensando en su bien futuro. Esto lo lamento infinitamente, porque seguí la línea inadecuada del aprendizaje que yo misma tuve. Lo lamento y pido perdón por ello.

Los resultados hablan de una formación exitosa: ambos egresados de la UDLAP, ambos ingenieros, ambos titulados, ambos con trabajos satisfactorios. Ambos casados con profesionistas idénticas. Ambos con un bebé. ¿Podría pedir algo más como ser humano, como madre? Nada. Ellos están decidiendo su vida.

Las ideas: "Tú no serás de mi propiedad y yo no seré de la tuya. Todos los días estaremos en condiciones de renovar nuestro deseo de estar juntos sin que nada ni nadie nos obligue", las aplicamos muchos años y sonaban bonito.

Como pareja, disfruté la compañía de un hombre inteligente, estudioso, dedicado, un excelente hombre. Entiendo que a quienes más amó en esta vida fue a sus hijos. Y eso fue bueno para ellos. Quizá yo percibí más su amor en la medida de mi docilidad y sometimiento. Cuando protesté y busqué un trato equitativo, surgieron diferencias irreconciliables que nos llevaron a una ruptura que intentamos no afectara a los hijos. De hecho, ambos hijos comentaban que, cuando nos separamos, a ellos les fue mejor. Disfrutaban la semana laboral conmigo porque yo los trataba muy bien, y con el padre, los fines de semana en la ciudad de México eran tratados como "reyes", porque los llevaba a comer pizza con el francés, o a los restaurantes que ellos elegían, sin restricciones económicas. Eso era bueno para ellos. Así entendieron que cualquier decisión que se tomara nunca sería para perjudicarlos o afectarlos. Estuvimos unidos desde 1968 hasta 1998 en que decidimos separarnos. De

enero de 1998, a enero de 2000, cada uno de nosotros vivió en ciudades distintas. Yo en Puebla, ya jubilada, con los hijos que estaban estudiando en la UDLAP, y él en México, aún trabajando.

En enero, el día 4 de 2000, cuando me disponía a regresar a trabajar a la ciudad de México, en una sola tarde recibí cerca de diez telefonemas: eran los hermanos y cuñados del padre de mis hijos, incluso su mamá. Me comunicaban que le habían detectado cáncer en colon y recto. Estaba muy enfermo y necesitaba que “alguien” lo apoyara. Ellos no podían hacerlo porque todos trabajaban y tenían muchas ocupaciones. Su madre, con más de ochenta años, obviamente más que cuidarlo, requería ser cuidada. Desde luego, mi idea nunca fue involucrar a los hijos, porque ellos tendrían que dejar la universidad. Así que regresé con él, a cuidarlo, a intentar todos los tratamientos “objetivos, tangibles, reales” de que disponíamos: quimioterapia, radioterapia, medicina alópata y cirugía.

Una compañera del padre de mis hijos, doctora alópata, ofreció hacerlo partícipe de sus tratamientos que estaban salvando a niños de leucemia, e incluso podría acudir a la casa; el tratamiento incluía la revisión de pensamientos y sentimientos. La respuesta fue tajante: “No creo en lo que ella está haciendo, así que no me interesa”.

Cuando regresé con el padre de mi hijos a cuidarlo, lo hice con la mejor de las intenciones, pensé que si estaba a punto de jubilarse, si sanaba, si cambiaba un poquito, quizá podríamos restaurar nuestra relación familiar y amorosa, sería muy hermoso. Tendríamos todo el tiempo del mundo para nosotros dos. Pero no fue así, y él murió rodeado de toda su familia después de padecer año y medio tan cruel enfermedad. También aquí, como pareja, hice todo lo que pude. Dedicué año y medio de mi vida, tiempo completo, a cuidarlo, a acompañarlo adondequiera que me necesitara, a cuidar que nada le faltara, así fuera alimentación especial, consultas particulares de todo tipo o medicamentos controlados. Lo tuvo

todo. El día que murió, acababa de adquirir la dotación del mes próximo de sus medicamentos, de todos, incluida la morfina.

Como pareja no pude hacer más. Y si bien no se salvó, cumplí con atenderlo hasta sus últimos momentos. Hice lo que humana y amorosamente me correspondía y decidí hacer.

Como hija, procuré cumplir con mi propósito de devolver algo de lo mucho que mis padres me dieron: intenté todo el tiempo que me fue posible apoyarlos económicamente, elevar la calidad de su vida. Siempre encontré la oposición de mi madre a modificar su casa. Cuando después de escuchar quejas durante meses por la escasez de agua, a mi propuesta de hacer una cisterna con bomba, tinacos y las tuberías correspondientes, recibí no una sino muchas declaraciones de rechazo, desde el “no, porque lo albañiles van a generar mucho polvo”, hasta la idea de “tú no mandas en esta casa, es mía y no haces nada nuevo”.

Cuando hice la cisterna, contra la abierta oposición de mi madre, tomé la decisión de pagar toda la mano de obra y de dirección, el material requerido, y un sábado que la visité le entregué las notas de compra, los recibos de mano de obra, de retiro de escombros y le dije en abierto desafío: “Aquí está pagada tu cisterna. Si para el lunes que vienen los albañiles y los de la ferretera que te traerán los materiales, decides que no los quieres, les dices que les regalas todo el material que traen, que se lo lleven, y a los albañiles les dices que tienen su tiempo pagado y que vayan a descansar como un regalo tuyo. Tú decides lo que haces, y ahí nos vemos”.

La cisterna se hizo, y durante los siguientes tres meses que intenté ver a mi madre no me recibió en su casa. Y alguna vez, con sorna, la sobrina de mi madre que vivía con ella salió y me dijo: “Dice que no está, que no la molestes”. A veces así funcionaba mi madre. Tenía su genio.

Cuando mi madre murió, a los noventa y cuatro años, víctima de diabetes, sorda, ciega y casi demente, porque después de haber

Llegado a mil doscientas unidades de glucosa en sangre se transformó en alguien irreconocible... Aún así fue capaz, al morir en brazos de mi hermano menor, de pedirle: "Diles a todos que los quiero mucho..." y expiró. Sí, creo que nos amó mucho, creo que no la comprendimos, que no retribuimos de manera suficiente sus esfuerzos, que no le manifestamos más amor, pero siempre intenté estar cerca de ella, percibiendo cómo los recursos económicos que le proporcionaba sirvieron para llegar directamente a resolver los eternos problemas de dos de mis cinco hermanos que eran los que más le preocupaban y los que más dependían de ella. Intenté cumplir con mi madre, y aquí sí me queda un hueco enorme y un círculo por cerrar.

Mi padre falleció el 22 de octubre de 2008, y esto fue para mí el inicio de mi crisis existencial. Hasta antes de su fallecimiento, yo percibía la necesidad de estar cerca de él. Yo era la responsable, en sus últimos días, de bañarlo, acompañarlo al laboratorio y al control médico periódico. Mi hermano mayor y yo fuimos los más cercanos en su atención. Alguna vez pensé en irme a un viaje largo, y la idea de alejarme muchos días de él me dificultó la decisión.

Cuando mi padre falleció, percibí la libertad absoluta para hacer con mi tiempo lo que yo decidiera. Ya no tendría razón para limitar un viaje de un mes a donde fuera, ya podría hacerlo. Todo estaba resolviéndose a favor de que pudiera iniciar una nueva vida con muchos ciclos cerrados y bien:

- El padre de mis hijos ya no estaba; había concluido su ciclo vital, quizás antes de tiempo.
- Mis dos hijos están perfectamente bien. Con vidas propias, con independencia total. Felices y armoniosos. Poseen casas y autos propios y uno de ellos está creando una empresa relacionada con su profesión. Viajan por el mundo. Son lo que todo padre desea para sus hijos.

- Mis padres ya no estaban. Mi madre había fallecido tres años antes, y el tiempo que mi padre le sobrevivió estuvo bien, y yo también me sentí agradecida por haber podido hacer algo por él.
- Concluí la casa que inició como un espacio de un solo ambiente y, poco a poco, fue creciendo hasta llegar a tener dos plantas y tres recámaras, dos de las cuales permanecen vacías. Su máxima belleza: el jardín y la armonía en que viven tres perras pastor alemán de catorce, trece y cuatro años; tres gatos de cinco años, y tres pericos. Los gatos duermen entre las patas o el cuello de las perras; los pericos a veces se pasean en el lomo de ellas, y los gatos sólo los miran pasar. Ése era mi ambiente, más la calle arbolada y la cortina de árboles que sembró el Loco, el imitable Loco de mi colonia.

Con frecuencia me pregunto por qué decidí construir tres recámaras. Las expectativas nos llevan a construir sueños, fantasías.

Así pues, tenía todo. Casi todo. Estaba en paz. Casi... en paz.

X

CORONACIÓN DE ESFUERZOS Y REINICIO DE UNA NUEVA VIDA

En diferentes momentos de mi vida, tuve el valor suficiente para tomar decisiones que aún ahora me siguen pareciendo inteligentes.

En la ciudad de México aún tenemos en renta un departamento. El mismo donde hemos vivido muchos años. Continúa amueblado. Allí llegamos cuando se realizaban los tratamientos médicos. Tenemos donde llegar, donde estar.

Cuando mi hijo mayor termina su carrera, es muy satisfactorio. El 8 de diciembre de 2000, cuando el padre está en plena decadencia física, ya ha sido intervenido quirúrgicamente, ha recibido quimioterapia, radioterapia, ha consumido todos los tratamientos con “aguas milagrosas”, “medicamentos experimentales que están actuando maravillas”, mi querido hijo presenta su examen profesional. Ha concluido exitosamente. Para el 28 de diciembre, observo que desde las seis está chateando en la computadora. Lo escucho reírse, carcajearse. Como a las ocho, le pregunto qué ha sucedido con su búsqueda de trabajo. Me responde que ha hecho varios intentos. Por un lado, es periodo vacacional, es fin de año, y además las solicitudes que ha hecho han tenido respuestas muy pobres. Le ofrecen menos ingresos que lo que pagamos por colegiatura. No, así no se puede quedar aquí, en Puebla.

—Bien, ¿qué me dices de otras solicitudes? ¿De la ciudad de México...?

—Pues fíjate que me gustaría quedarme aquí contigo a cuidar a papá...

—¿Qué? ¿Cuidar a quién? ¿Cuántas veces te he pedido que lo cuides en las noches? ¿Cuántas has sustituido a la enfermera que viene a cuidarlo por las noches? ¿Cuándo te pedí que fueras a sustituirme en las noches cuando estuvo hospitalizado? ¿Cuántas veces lo has bañado? ¿Cuántas lo has alimentado?

Y yo seguía:

—Por favor, no me digas eso... No te formamos para ser enfermero o cuidador. Acabas de concluir tu carrera, muy cara, por cierto, así que sugiero que la ejerzas. Para el 2 de enero te quiero en la ciudad de México buscando trabajo. Te sugiero que desayunes y meriendes en la casa, llena el refrigerador con fruta, yogurt, leche, algo de carne, huevos. La comida tómala en algún restaurante. Así que haz tu maleta y ¡ahueca el ala!

La respuesta fue terrible: apagó con violencia la computadora, azotó la silla sobre el piso cuando se levantó, y se fue diciendo algo ininteligible entre dientes...

Para el 2 de febrero ya estaba trabajando en una empresa que le pagaba el doble de lo que pagábamos de colegiatura y, obviamente, el doble de lo que le ofrecían en Puebla.

Creo que fue una decisión inteligente...

Durante los dos meses siguientes no vino a la casa, estaba muy sentido porque lo había corrido. Ésa fue la reacción inmediata, pero no tenía tiempo para estar reparando en eso, yo tenía muchas otras preocupaciones: atender al padre canceroso, atender al otro hijo estudiante, atender la casa.

Después que el padre falleció, mi querido hijo mayor regresó todos los fines de semana. Llegaba desde las ocho del sábado, porque: "Mami, tú preparas un desayuno como sólo tú sabes hacerlo... La fruta fresca, el tocino doradito, los huevos en su punto, bueno... hasta el café de grano sabe diferente si tú lo haces... y el pan de Puebla, bueno, mami, no tiene igual..."

Después de desayunar nos vamos a hacer compras, comemos juntos; por la tarde vamos al cine o al teatro. Regresamos, vemos televisión... Al día siguiente desayunamos juntos y se regresa a la ciudad de México.

Pero, junto con las expresiones halagadoras hacia mí, percibo que se queja de las jóvenes con las que trabaja: "Son presuntuosas, fatuas, vanas, interesadas, oportunistas... etc." "¿Todas?", pregunto. "¡Todas!"

Cada vez son más frecuentes sus quejas y crecen los motivos...

Entonces recuerdo que mi cuñada Margarita tuvo un pretendiente que tenía más o menos cuarenta años de edad y, cuando la llevaba al cine, a dar la vuelta a Chapultepec o al teatro, siempre llevaba a la mamá, que tenía como cincuenta y cinco años, o sea que la señora fue madre superjovencita, e incluso alguna vez comenta que, si llegaran a casarse, su madre viviría con ellos, y cuando fueran de luna de miel, ella los acompañaría, porque: "Nunca nos hemos separado". Mi cuñada, para su fortuna, decidió no casarse con este bendito varón que, después de quince años de esto, sigue soltero, acompañado de su santa madrecita.

Y yo no me podía imaginar, ni en broma, una situación así con mi hijo. Así que le comenté que ya estaba inscrita en un club de excursionistas y que cada fin de semana saldría a lugares cercanos: Acapulco, Oaxaca, Michoacán, Toluca, etc. Ya no estaré en la casa los fines de semana. Saldremos el viernes por la noche y regresaremos el domingo por la noche.

Se enojó cuando dije esto, pero creí que lo mejor era que, por un tiempo, se alejara de su "mami". Otra vez pasaron como dos meses y no supe nada de él, ni entre semana.

Como a los cuatro meses me habló para decirme que tenía novia, que deseaba que nos conociéramos. Con ella se casó varios meses después.

Aquí, creo que también actué bien. Fui capaz de permitir la libertad de mi hijo.

Cuando voy recordando todos estos hechos, percibo que, en su momento, implicaron una decisión firme de mi parte, es decir, puedo tomar decisiones.

Mi hijo el joven, en cuanto concluyó con todo éxito su carrera, se tituló y, de inmediato, buscó trabajo en la ciudad de México. A él le urge irse, porque allá vive la novia con quien ya lleva siete años.

Y tarda como dos meses en conseguir trabajo. En ese lapso la joven le exige que se casen o que terminen definitivamente.

Mi hijo me consulta sobre su decisión. No sabe qué hacer. Aún no tiene ingresos propios. Ya ha platicado con la joven, aún no tiene trabajo, pero a ella le urge que se casen: ahora o nunca.

Entonces razono con él: "Mira, ni yo ni nadie puede ayudarte a tomar una decisión tan importante como ésta.

"Si te digo que te cases con ella porque en esos siete años ustedes han disfrutado de una etapa muy hermosa de sus vidas, que vale la pena tomarlos en cuenta, y tus expectativas no se cumplen, puedes culparme por una decisión que, a lo mejor, no te convencía totalmente.

"Si te digo que no te cases, porque si ya desde ahora te está poniendo "la pata en el pescuezo", no acepta razones y está inmersa en su propia decisión, que es muy unilateral, etc., y después descubres que "era la mujer de tus sueños", y por ser mal aconsejado la perdiste, a lo mejor me responsabilizas de tu infelicidad.

"Así que, en este caso, ni el pobre Dios al que le echamos la culpa de todas nuestras decisiones o errores, puede ayudarte. Dentro de todas tus experiencias, de tu conocimiento, tú tienes la respuesta, así que deseo que tomes la mejor decisión". Lo abracé con mucho amor, lo besé, y reiteradamente le dije:

"Eres un joven muy inteligente, tú tienes la respuesta y la decisión. Deseo que sea la mejor y más armoniosa para ambos. Cualquiera que tomes, deseo que sepas que estaré contigo y, si en algo puedo apoyarte, con todo mi amor lo haré".

Finalmente no se casó con ella. Él tomó su decisión.

Recapitulaba: laboralmente recibí la recompensa de una pensión por años laborados, y ésta también fue muy satisfactoria. Me sentía segura, completa, sin preocupaciones económicas.

Y, para complementar estos logros, el 30 de junio de 2008 obtuve mi título de licenciada en Economía otorgado por la UNAM, a través del tercer intento de elaborar una tesis. Esto sucedía treinta y dos años después de haber terminado mi carrera. Esto fue muy hermoso, porque durante todos los años que tardé, nunca dejé de desear ese título: En los tres intentos que hice, cuando revisaban que tuviera ciento por ciento de créditos cubiertos, en los tres momentos me dijeron: "Te faltan materias por cubrir". Y, a pesar de que insistía en que no era posible, que había cursado todas las materias, la voz definitiva establecía: "Tienes que cursar lo que te falta". Ante esto, nunca me arredré. Volví a cursar materias y, aun cuando lo consideré injusto, la parte valiosa era que, al volver a acercarme a la UNAM, me sentía capaz de seguir aprendiendo. También hice tres tesis: una sobre el hambre en México, tan amplia, tan indefinida, que nunca la acabé. La segunda sobre sistemas de información en instituciones de seguridad social, igualmente ambiciosa, amplia e inacabable; y la tercera fue la buena: más realista, de tal manera que pude titularme.

Cuando se hizo la última revisión de estudios, cuando ya tenía fecha de examen profesional, se me permitió exigir, previo pago de procedimiento especial, que se revisaran los archivos de la UNAM donde había información sobre las materias cursadas y acreditadas. ¿El resultado? Tenía materias cubiertas en exceso. Saberlo me concedía la razón. Aún conservo mi constancia de estudios con ciento veinticinco por ciento de créditos cubiertos.

Esto, finalmente, habla de un deseo mantenido y logrado después de treinta y dos años. Primero me jubilé, primero cumplí sesenta años, pero mi primer nieto nació después de presentar mi examen profesional.

Para octubre de 2008 era libre, exitosa, con la posibilidad de reiniciar una nueva vida, y no me pareció mala la idea de tener una pareja estable. Eso coronaría una buena vida, una vida fructífera. Yo podría atender a mi pareja y mi pareja compartiría mi felicidad y mi plenitud.

Ya tenía un candidato: "Mi amigo". ¿Cómo lo percibía? Como una persona extraordinariamente buena. Alguna vez hice una lista de todas sus características y me sorprendí yo misma al anotar más de cien. Excelente persona, inteligente, culto, de muy buen carácter, con capacidad extraordinaria para comprender a los demás, amoroso, tierno, gentil, etc. De alguna forma era mi alma gemela. Lográbamos una comprensión mutua excelente. Todo el tiempo que pasaba cerca de él, era maravilloso.

Desde luego, un hombre de sesenta años (yo tenía cincuenta y nueve) ya tiene una vida hecha. Eso lo entendí desde el principio, y jamás se me ocurrió ignorar esta situación.

Y yo descubro un enorme sufrimiento por el incumplimiento de mis unilaterales expectativas. Me percibo vacía, todas las ilusiones que tejí en torno a una posible pareja se desvanecen. La pareja que pensé podría compartir mi felicidad, mi abundancia, mis logros, no existe.

Y recordaba que mi gurú, mi maestro de filosofía, cuando le dije que estaba dispuesta a tener una experiencia que me retornara a una vida amorosa, me advirtió:

"Querida Saltamontes: nada es bueno ni malo, estamos aquí para aplicar lo que ya hemos aprendido, así que, si estás decidida a experimentar, experimenta; sólo debes convertirte en una observadora salomónica. Si la experiencia te gusta, quédate en ella o repítela; si no te gusta, conclúyela y evítala, pero aprende." Teóricamente, no suena mal.

Y en torno a estas ideas, yo analizaba y seguía sufriendo. ¿Qué hice mal?

¿Por qué no puedo llorar? ¿Por qué siento que se me cierra la garganta y que unos brazos gigantes me oprimen el pecho? Siento

frío, mucho frío, y no encuentro un hombro o unos brazos donde refugiarme.

Pienso en mis hijos. Los percibo tan contentos, tan ajenos a lo que siento, que no me imagino acudiendo a ellos para decirles: “Estoy enamorada y estoy muy mal correspondida”.

¿Cuándo se agudizó el problema? Cuando mi padre murió, el 22 de octubre de 2008. Allí se acabaron todas mis responsabilidades; fue cuando supuse que podría tener una pareja de tiempo completo. Ya podría viajar a donde quisiera, el tiempo que quisiera, con quien quisiera.

Aquí supe que, mientras no entendiera qué había motivado todo lo que sucedió con mi amigo, yo iría por el mundo buscando “una pareja con quien vivir feliz”.

Si no lo entendía, así me fuera a Canadá, a Estados Unidos, o a China, allí me encargaría de buscar y encontrar más y más problemas, porque éstos no estaban afuera, yo los tenía, yo sería la portadora de toda mi desgracia y mi infelicidad.

Empecé a darme cuenta de que mis pensamientos, de manera obsesiva, me conducían siempre hacia mi amigo. Si pensaba veintidós horas al día en él, creo que eran pocas. Aun durmiendo soñaba con él.

Se me ocurrió que si estudiaba inglés, mataría varios pájaros de una pedrada. Me ocuparía, mediría mis alcances reales para aprender bien este idioma obligado para la posibilidad futura de una maestría y, cuando menos por algunas horas, orientaría mis pensamientos hacia otros puntos diferentes a mi amigo.

Y escogí la escuela más cara, la que forma grupos con dos alumnos y la atención es personalizada, por su nivel de exigencia y porque allí mediría mi nivel real. No quería eternizarme en el idioma, pero sí quería aprender pronunciación. Y esto fue maravilloso porque, efectivamente, descubrí que mi nivel era mejor de lo que hubiera esperado. Aun cuando estuve un solo trimestre, salí revalorada ante mis propios ojos. Puedo leer con bastante

facilidad, puedo redactar y, desde luego, mis partes débiles son hablarlo y escucharlo correctamente. Lo mejor de todo, según los maestros que tenía, era que mi capacidad para entender nuevas palabras estaba intacta, o sea que la edad no me ha afectado esta parte del cerebro. Y este descubrimiento fue maravilloso, fue esperanzador para mí, aún puedo hacer muchas cosas a partir de mi entendimiento funcional.

La terapia ocupacional podía servir.

Pero mis niveles de insomnio eran graves, sólo estaba durmiendo dos horas diarias. Me sentía enferma. Llegué a pensar que si algo me sucedía un sábado, cuando no estuviera la trabajadora doméstica, y yo no podía pedir ayuda, me encontraría quizá muerta un lunes, cuando ella regresara.

Mi miedo empezaba a ser real. La soledad empezaba a enfermarme de veras. Y nada de esto salió hacia mis hijos, ni a mis hermanos. Creo que ni siquiera se lo dije a mi amigo. Pensaba que hubiera sonado a manipulación y yo quería que quien me amara, no lo hiciera por lástima.

Y, en parte, aquí está la explicación de por qué nunca le lloré a nadie. Ni a mi pareja ni a mis padres ni la ausencia de mis hijos. No quería que me percibieran débil, no quería mostrarme frágil. No sabía llorar, y no sabía que al no llorar a ninguno de mis muertos ni a ninguna de las ausencias en mi vida, sólo estaba acumulando energía que en algún momento tendría que explotar.

Jamás les dije a mis queridos hijos que me debían algo, jamás les mencioné ni siquiera la palabra gratitud o pedí reconocimiento hacia nuestros esfuerzos como padres. Siempre intuí y acepté que lo que habíamos hecho por los hijos, por satisfacer nuestras obligaciones, había sido resuelto con y por amor.

En febrero de 2009, cuando me di cuenta de todo esto, cuando la depresión tocó fondo, una madrugada de insomnio, de enfermedad, cogí una pistola calibre veintidós, la cargué y empecé a colocarla en varias partes de mi cabeza para decidir dónde debía

ponerla para que el disparo fuera efectivo y no me dejara sólo turulata. En el último momento pensé en mis hijos. Si bien ya no formo parte de sus vidas, sí puedo dejar ejemplo de cómo se resuelven los problemas y, sobre todo, pensaba en cómo me recordarían mis nietos. Decidí que me gustaría más que me recordaran como una mujer estudiosa, trabajadora, la mujer que a los cincuenta y cinco años aprendió a manejar un auto, que viajaba dos veces a la semana de Puebla a la ciudad México, que a los sesenta se tituló, que más adelante, quizás, obtuvo un doctorado y estuvo ocupada hasta sus últimos días. Y esas ideas me sostuvieron y me mantuvieron viva, aun cuando me seguía sintiendo sola, por alguna parte, veía una pequeña luz.

Sigo sin saber por qué siento lo que siento, ni cómo resolverlo... sólo sé que no sé nada, y menos cómo sobrevivir a esto.

Crisis, ¿qué es una crisis?

Después del asunto de la pistola, percibí con desesperación que algo tenía que hacer. No podía seguir enferma, no podía seguir sin saber qué me pasaba.

Mi amiga Gloria, terapeuta, se ha reunido varias veces conmigo e intenta que inicie una terapia. Me dice, en principio, que tengo que sanar y cerrar mis círculos aún abiertos por todas las pérdidas que he sufrido y que están allí, latentes, esperando como un felino para saltar sobre mí y lastimarme. Intenta apoyarme y mi resistencia es tremenda, no entiendo lo que me dice, no lo acepto, no lo asimilo.

Me dice que me repita que he sido una "buenaza porque, a pesar de todas mis pérdidas, aún sigo casi indemne, que otras personas, con menos, quizás estarían peor que yo, quizá más histéricas, más neuróticas, más... más..."

Me sugiere llorar, y no puedo. Dice que tome un cojín y me pelee y llore con él y no puedo. No me salen las lágrimas. Me sugiere que recuerde lo más triste, lo más amargo y no puedo. Sólo llego a sentir un nudo en la garganta y un gran dolor en el pecho, pero no puedo llorar.

Me invita a un curso de musicoterapia y acudo con mucha alegría. Me enseñan a respirar, hacemos algunos ejercicios relacionados con el nacimiento y me conmueve mucho cuando estoy en una colchoneta y, desde una posición fetal, sin meter las manos para nada, debo levantarme.

Era necesario usar hombros, codos y rodillas, pero nunca las manos. Allí descubrí lo difícil que resulta que salgamos del útero para ser libres e independientes. Cuando hice este ejercicio, quedé tan impresionada que, cuando regresaba de México a Puebla, sentí muchos deseos de llorar al darme cuenta de lo que cuesta nacer, y allí volví a pensar que mi madre no me había parido para tener una hija que ante esta situación se venciera y se dejara morir. Allí sentí muchos deseos de entender lo que me estaba sucediendo.

Empecé a recorrer diferentes tipos de psicoterapia sin éxito.

Un día que regresaba de México a la ciudad de Puebla, escuché en la radio que hablaban de codependencia, y me empezaron a describir. Vislumbré lo que era y sentí un gran dolor. Cuando dicen que en el diccionario de psiquiatría se conceptualiza como una enfermedad grave, me detengo en un paradero. El deseo de llorar es enorme, y sólo me quedo en eso, en el deseo de llorar y sigo trabada sin poder hacerlo. Y eso no es para mí una sorpresa, empiezo a desear llorar aun cuando no es con el propósito de "cerrar círculos", sino porque me estoy sintiendo desnuda, estoy empezando a descubrir qué me pasa.

Me inscribo en el taller sabatino de Codependencia y tomo notas. Allí me descubro totalmente. Analizan perfectamente cómo funciona una pareja codependiente, como se intercambian los papeles de víctima, victimario, perseguido, perseguidor, y que, fundamentalmente, la codependencia requiere terapia seria, continua, ya que se está hablando de una falta de autoestima de quienes la padecen, pero sobre todo de quien percibe el deseo de salir de ella. La autoestima la definen como el orgullo interno que uno siente por uno mismo.

Aquí se empieza a bosquejar la idea de que hay que hacer un cambio en la forma de pensar, de actuar, de entender que si algo no me gusta, tengo que cambiar yo, que no puedo esperar que nadie más cambie. Sólo yo puedo ser responsable de mí misma, y soy yo, y sólo yo, quien debe actuar.

Periódicamente converso con mi amiga Gloria, y cada reunión es un aprendizaje extraordinario y acelerado. Así me entero de que hay otras técnicas, que hay otros caminos, que hay muchas alternativas.

Cuando era muy joven, un amigo muy querido me regaló un libro, Psicocibernética, y de éste me llamó la atención la similitud que el autor manejó entre la mente y la computación, así que, además de trabajar durante más de veinticinco años en áreas de computación, es obvio que siempre entendí que si una computadora se hizo a imagen del cerebro humano, y la computadora se podía programar y reprogramar, igual puede suceder con el cerebro.

Si yo controlara mis pensamientos, allí estaría la respuesta a mis súplicas: dejaría de pensaren mi amigo, lógicamente, conscientemente, razonadamente.

Cabe mencionar que alguna vez le dije a mi amigo que lo que estaba haciendo, todas las terapias, tenían un objetivo: saber qué me sucedía para tomar una decisión respecto a su presencia en mi vida. Y esta decisión, sin duda alguna, sería poder mandarlo lejos, muy, muy lejos, y que de esa manera no formaría parte de mi vida, ni para bien ni para mal.

Empecé a participar en terapias.

La primera sesión concluyó en una tarea semanal: llorar para ir cerrando círculos y vínculos aún abiertos e inconclusos.

Debía ponerme en paz con mis muertos: el padre de mis hijos, mi madre, mi padre; con mis ausencias: la nueva vida de mis hijos, el haber dejado mi trabajo de treinta y cuatro años, la ausencia de mi amigo.

Debía otorgar perdón si pensaba que había alguna ofensa de ellos hacia mí; y yo también debía perdonarme a mí misma por cualquier falta que hubiese cometido en su contra o contra mí misma.

Lo más importante era que entendiera que todos habíamos actuado desde nuestros respectivos niveles de conciencia y que ya no había nada que hacer. Sólo pasó y ya. Sólo debía entenderlo, perdonarlo, llorar, llorar, llorar mucho y eso era todo.

Para esa semana leí varios libros sobre el perdón, acerca de curar al niño herido, algo de Jalil Gibrán Jalil.

Y la magia empezó a surgir. Lloré, mucho... lloré y lloré como nunca en mi vida lo había hecho. Mis lágrimas de esta primera semana las percibí como resultado de sentir mucho desconsuelo.

En la siguiente sesión platicamos de mi amigo, cuáles habían sido mis sentimientos, mis emociones, mis expectativas, y cuando trataba de comparar y definir las características de mi amigo y las de una pareja ideal, no pude. Y aún no puedo definir que es una pareja perfecta o deseable para mi punto de vista.

No supe identificar las emociones, no supe para qué sirven. Me descubrí analfabeta emocional. Fue muy doloroso descubrir esta ausencia de conocimientos. Estudiar algo sobre emociones y, sobre todo, permitirme sentirlas, identificarlas, saber que allí estaban.

La tarea para esta semana fue empezar a leer a un autor, repasar mis notas de codependencia y sucedió que no entendí al autor. No lo entendí. Por más que leía y releía, no entendía lo que estaba viendo. Era como si lo que estaba intentando leer estuviera en chino. Meses después leí parte de su obra, más de diez libros, y ahora es uno de mis predilectos: Jorge Bucay.

La peor sesión para mí, estaba por llegar: la cuarta sesión.

Toda fue dedicada a mi amigo. Y llegó la definición: lo que tú viviste fue una fantasía, tu amigo nunca estuvo interesado en ti, te lo dijo desde el primer momento: "No tengo nada que ofrecerte. Todo lo que toco, lo destruyo", y si lo analizas, esto es muy amplio.

Nunca te amó. Si revisas tus apuntes de codependencia, verás claramente la realidad. Lo perseguiste, lo hiciste tu dependiente, lo acosaste, por eso él, por sí mismo, nunca te va a buscar, no eres su prioridad.

Tú creaste tu fantasía, viviste tu fantasía. Y, aparentemente, no quieres abandonarla. Fantasía... Fantasía... Fantasía...

Todo lo que la psicoterapeuta haya dicho después de eso, ya no lo escuché. Estaba bloqueada. Recordaba lo que el padre de mis hijos, como doctor en Psicología, decía acerca de los enfermos mentales:

“En un primer nivel de enfermedad, el enfermo mental crea su castillo, elabora en su fantasía un castillo, lo construye, lo cuida, le pone más o menos almenas, le quita o le pone fosos protectores, lo adorna. Crea su fantasía.

En un segundo nivel de enfermedad, el loco, el pobre y jodido loco va a habitar el castillo. Cuando lo habita, ya perdió tierra. Aquí ya creó y habita su fantasía, está en las nubes, está más jodido.

Y, para acabarla de amolar, empieza a pagar renta, que es lo que le paga al terapeuta, para que, a veces, lo deje habitar su fantasía, o bien lo saque de ella.”

Ya no escuché más, porque para mí fantasía es sinónimo de locura. Y me estaban diciendo: enloqueciste, enloqueciste, enloqueciste.

Para qué buscar más: yo estaba loca, pobre y jodida loca. Jodidamente loca.

¡Qué difícil es aceptar una enfermedad! Obviamente, yo estaba enferma y no lo sabía. Sólo sabía que algo me dolía, pero no era alguna parte de mi cuerpo que pudiera tocar y luego sobar, o ponerle una curita, o ponerle un linimento. Y tampoco podía decir: “Me duele aquí”.

Entonces supe lo que era una crisis.

En esos días, cuando por las tardes iba al centro de la ciudad de México, sobre el Eje Central, descubrí toda la piratoteca existente.

Libros, muchos libros baratos y, entre todos ellos, descubrí un compendio que hablaba de las crisis, que son una oportunidad para crecer, y cómo, al final de una, puede haber dos salidas:

- La locura, y citaban muchos ejemplos de personajes notables y
- El encuentro con la espiritualidad y el crecimiento. Y también citaban personajes notables, algunos tan notables como los Beatles, que después de deambular por la India y otros lugares sagrados, llegaron hasta Huautla para consumir hongos y percibir su divinidad, su ser, su Dios interno.

Y otra vez recordaba que todos los terapeutas que había conocido, a excepción de la que me decía: "Vive la vida, vívela ahorita", me hablaban de la necesidad de que buscara dentro de mí las respuestas a mis preguntas, que buscara mi divinidad interna, mi Dios interno, mi budeidad interna, mi conciencia.

Y no pocas veces, en mi desesperación por querer saber qué me sucedía, levanté las manos al cielo y reclamé:

"¿Dónde estás que no te percibo? ¿Por qué te me niegas? ¿Por qué si he sido una gente ética, que todo el tiempo ha vivido de acuerdo con valores, que supuso que actuó de la mejor manera, que se esforzó por conseguir todo lo que deseaba con trabajo, con estudio, ahora me dicen que te busque? Si es cierto que soy tu creación, y tú como buen creador buscas que sea independiente y libre, ¿por qué ahora siento que debo atarme a ti? ¿Debo hacerlo desde los dogmas? ¿Debo hacerlo sólo por que así voy a encontrar consuelo?

Por favor, concluí muchas veces, ayúdame a pensar bien, a actuar bien, a retomar el camino que antes transité bien: que vuelva a sentirme sana, feliz, abundante, exitosa, porque eso significará que estoy otra vez, sintiéndome bien, íntegra.

¡QUE JAMÁS BASE MI FELICIDAD EN LA INFELICIDAD DE NADIE!

Y vislumbré el cambio. Cuando volví a ver a mi amigo, lo percibí tal como es: tan digno de mi amor como mis queridos hijos, tan merecedor de mi atención como lo fueron mi compañero y mis padres. Tan fuerte y poseedor de tantos valores como yo misma. Ni más ni menos. Y, por eso mismo, tan libre de andar por su propio camino como yo por el mío.

Lo recuerdo con mucho afecto, como a todo maestro al que le toca enseñarnos y luego nos deja aplicar el aprendizaje que buscábamos. Gracias por haber estado en mi vida, como todos los que han sido parte de ella y ya se han marchado. Gracias a su presencia estoy en la R de Revelación.

XI

POSSUNT QUIA POSSE VIDENTUR

En 1972, cuando ingresé al área de informática, nuestro jefe era un ingeniero al que consideraban un genio. Él, con todo su entusiasmo, llegó para modernizar en todos sentidos esa parte vital de la institución de salud pública. La camada que él acababa de seleccionar y estaba formando tenía en promedio veintidós años de edad, y mínimo tres años de una carrera universitaria. Había matemáticos, actuarios, ingenieros de varias especialidades, administradores de empresas y economistas. Abiertamente dijo que buscaba sangre nueva que renovara todo el ambiente de trabajo; buscaba entusiasmo y mucha energía plasmada en muchas horas de esfuerzo y, sobre todo, resultados. Seríamos medidos por resultados tangibles.

Cuando él nos reunió a todos por primera vez, nos dijo que si en ese momento el promedio de vida del mexicano era de sesenta y cuatro años, estadísticamente teníamos la probabilidad de vivir cuarenta y dos años más. Y nos invitaba para que destináramos cinco años de nuestra vida a concluir lo que estábamos estudiando, que recordáramos que el día tenía veinticuatro horas. Bien valía la pena invertir cinco años de nuestra vida y después disfrutar de ese conocimiento. Enriqueceríamos nuestro trabajo, combinaríamos la tecnología de punta con nuevos conocimientos. Lo aplicaríamos a nuestra vida diaria.

Aquella exhortación, aquel cálculo lo llevo presente en mi mente y también en mi corazón. Y lo actualizo: si mis padres vivieron

noventa y cuatro y noventa y siete años y yo tengo sesenta y uno, puedo creer que me quedan por vivir treinta y cuatro o treinta y cinco, y ya no tengo que cursar estudios básicos, puedo partir de más adelante.

Y cuando leo que una mujer ganadora de un premio Nobel de fisiología, con más de cien años de edad aún participa en congresos y está activa, y que un cineasta italiano exitoso tiene ciento un años y dice que seguirá trabajando hasta el último día de su vida, y que una vendedora de periódicos era corredora y tenía más de noventa, pues yo, con sesenta y un años estoy muy joven.

Y caigo en la cuenta de que la vida ha sido muy generosa conmigo y de que hasta el último segundo que viva seguiré eligiendo cómo quiero vivir, cómo quiero pensar, cómo quiero sentir. Yo decido qué tan altos pueden ser mis propósitos. Por el mundo que me ha rodeado, sobre todo el que he conocido el último año, veo que hay hombres y mujeres empeñados en que todos elevemos nuestra calidad de vida, que las expresiones “saber para servir”, o “el que no vive para servir no sirve para vivir” las aplican a todos sus actos, las transmiten con pasión e invitan a seguirlas, vivirlas y compartirlas con todos los demás.

He tenido acceso a personas que, con amor ilimitado, otorgan parte de su tiempo a ayudar a otros, y la caricia que otorgan con sus manos, con sus palabras, con sus miradas, es incondicional. Cuando a mí me la han proporcionado para hacerme sentir que la soledad no existe, que la enfermedad es sólo un manejo inadecuado de emociones, decido integrarme a ese grupo.

Quiero creer que toda la protección de que he sido objeto ha tenido un sentido. Mi familia no puede estar reducida a unos cuantos, cuando he sido formada por muchos.

Yo sólo sé que no sé nada.

Cuando reviso mis ideas, cuando leo el lema de la UNAM, “Por mi raza hablará el espíritu”, descubro que nunca tomé clases sobre esta última palabra y que he leído muy poco sobre ella. Descubro

que hay canciones que dicen “te amo con toda mi alma”, “te llevo en mi alma”, “mi alma sufre por ti”, pero ninguna dice “te amo con todo mi espíritu”, ¿por qué?

Durante sesenta y un años de mi vida sólo creí en lo que mis sentidos establecían como real: si lo puedo oír, ver, oler, gustar, tocar, existe. Si no, estará en el terreno de la buena voluntad y yo decidiré cómo lo manejo. Las bibliotecas fueron el medio para facilitarlos; la primera, la Benjamín Franklin, me describe parte de lo físico y parte del esfuerzo mental. Las de la UAP amplían mis conocimientos en el mundo de las ideas. Estoy cultivando mi mente y su producto: los pensamientos.

Muy a la occidental, muy desde el terreno puramente académico, desde el terreno de una formación universitaria donde la historia, la estadística, las ciencias puras refuerzan el conocimiento adquirido para vivir mejor, allí me ubiqué.

Mi inserción desde muy joven en los conocimientos predominantes del materialismo, reforzados por la tendencia ideológica de la UAP y de la UNAM, fue la pauta que reforzó mi mentalidad.

En el ámbito laboral, mi familiarización con la estadística, y luego toda una vida en el terreno de la informática, me condujeron irremediamente a un manejo mental lógico-rígido, a las expresiones “derecho y obligaciones”, “procedimiento administrativo”, “de la calidad de la información que entra depende la calidad de la que sale”, en resumen: a la causa-efecto.

Unifiqué los valores vividos en el seno familiar con los aprendidos en las aulas escolares. Cuando hablábamos de ética, supe que desde allí debía conducirme. Cuando hablamos de valores, allí encontré mi camino. Si actuaba bien, el resultado sería el bien. Si me equivocaba, el resultado afectaría a alguien y era lo que tenía que evitar. Nunca intenté fincar mi felicidad en la infelicidad de otro u otros. Eso me dio paz desde siempre y me permitió un desarrollo personal basado en una conducta honesta.

Yo sólo sé que no sé nada, se repite con insistencia.

¿Cómo entiendo y aplico las palabras a mi vida?

Con "R" de Revolución, Revisión y Revelación.

Revolución, palabra que lleva implícita violencia en los cambios. Evolución, proceso que conlleva cambios lentos, constantes y lentos. Revolución. R evolución.

Sí he participado en muchas revoluciones. Soy producto de la Revolución industrial que modernizó gran parte del planeta, que estableció quiénes gozarían de más beneficios que otros.

Soy beneficiaria de esos procesos de integración a un mundo industrializado.

Soy beneficiaria de la revolución armada que conmocionó a una nación y estableció nuevos criterios e instituciones de bienestar social.

Soy beneficiaria de una constitución, producto de esos movimientos sociales que proveyeron una identidad propia.

Soy beneficiaria de instituciones creadas al amparo de la Revolución y de las ideas de los hombres que participaron activamente en estos cambios.

Revolución, que aun cuando lleva muchas ideas, la parte más tangible son los productos materiales.

Identifico la primera parte de mi vida, la que descubrí en las bibliotecas, con esta hermosa palabra: R evolución.

Y el hombre entra a una nueva revolución: la tecnológica. El hombre crea extensiones de sí mismo para acercarse el mundo: crea artefactos mecánicos como extensiones de sus manos y piernas y se hace más veloz; hay autopistas y autotransportes. Crea la posibilidad de ver, escuchar y hablar al otro lado del mundo instantáneamente; medios de comunicación como radio, televisión, telefonía.

Para sus procesos mentales, los lógico-matemáticos, desarrolla la electrónica y las computadoras. Y la velocidad del proceso de información es inimaginable. Con esto podemos llegar a la luna y a otros planetas.

Y las predicciones que sonaban a ciencia ficción, en las que en cada casa habría una computadora y en un centímetro cúbico cabría toda la Enciclopedia británica, se quedaron chiquitas.

Y yo formo parte de esta revolución tecnológica... ¡Qué afortunada!

Y aquí encuentro que ya no vemos lo que dicen que existe. Sólo creemos que hay procesos "inalámbricos", sabemos de los bits y de los bytes. La comunicación fluye, los datos fluyen y no porque no los veo, no existen.

Revisión. Re visión.

Descubro ideas. Los hombres tienen una visión diferente a otros seres.

Me nutro de las ideas de hombres y mujeres que han vivido en diferentes épocas, en diferentes lugares. Y aprendo a convivir con otras mentalidades. Y los respeto y los admiro.

Entiendo que la inteligencia es la capacidad de resolver problemas y, de acuerdo con el lugar en que vivimos, los problemas y las soluciones son diferentes, pero allí está la inteligencia. Es nuestra visión del mundo.

Me sensibilizo y aplico a mi vida diaria nuevas ideas. Si dan resultado, las replico; si no, las cambio. Re visión. Esta parte la apliqué a mi vida laboral, a mi vida familiar.

Y esta nueva visión del mundo me lleva, otra vez, a un mundo invisible, intangible, pero no porque no lo percibo con mis sentidos no existe.

¿Qué son miedo, amor, temor, enojo y alegría? Y hasta ahora empiezo a descubrir que son las emociones y que hay como cien palabras, subfamilias de éstas.

Yo sólo sé que no sé nada.

Revelación. Re velación.

¿Qué fue lo que no entendí antes? Yo sólo sé que no sé nada.

Se re vela mi ignorancia. Yo sólo sé que no sé nada.

Aceptar que "sólo sé que no sé nada" es maravilloso; el universo se me re vela.

Me abro a los nuevos descubrimientos que muestran que el agua tiene memoria, y que los trillones de células que componen mi cuerpo contienen información genética e, instantáneamente, reaccionan a las emociones. Y las plantas reaccionan a las palabras y a las emociones, y el amor desempeña un papel determinante en ese contacto. Mucho de esto lo puedo ver, la mayor parte es intangible, pero existe.

Ahora, científicamente, para apoyar estos descubrimientos, está la cuántica, y ya hay quienes trabajan para demostrar que los pensamientos son energía y que ésta viaja, tal como lo hacen la luz y el sonido y que sí percibimos con nuestros sentidos.

¿Podré reescribir mi historia para continuar con una secuencia amorosa, armoniosa, que parta de amarme a mí misma, de conocerme a mí misma, para amar y conocer con plenitud a los demás?

La revolución, la revisión, la revelación continúan juntas. ¿Puedo sustraerme a ideas tan lógicas?

Hay una locución latina con un poder enorme: *Possunt quia posse videntur* (Creen porque creen que pueden), que traducida a un lenguaje más coloquial me dice retadoramente: "No vengo a ver si puedo, sino porque puedo vengo".

Y, a partir de hoy y hasta que mi corazón deje de latir, estará presente junto con las "Res" (Revolución, Revisión y Revelación): la "R de R iqueza, porque he tenido una vida muy rica y continuará siéndolo, y así será, y el estudio constante será mi apoyo.

Las palabras: revolución, independencia y libertad son motor de mi vida, ¿lo puedo negar?

Como corolario, cito a Albert Einstein: "Solamente una vida vivida para los demás vale la pena de ser vivida. Debo esforzarme en servir y dar, en pago de lo mucho que he recibido". Y de eso estoy totalmente segura: he recibido mucho y sé que puedo dar mucho.